

Prof. SIEGMUND GÜNTHER



LA ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

COLECCIÓN LABOR

La época
de los
descubrimientos

Prof. SIEGMUND GÜNTHER



EDITORIAL LABOR, S. A.

Como una viva proyección de las civilizaciones del pasado y de las obras más selectas y características de la época presente, los Manuales de orientación altamente educadora que forman la

COLECCIÓN LABOR

pretenden divulgar con la máxima amplitud el conocimiento de los tesoros naturales, el fruto del trabajo de los sabios y los grandes ideales de los pueblos, dedicando un estudio sobrio, pero completo, a cada tema, e integrando con ellos una acabada descripción de la cultura actual.

Con claridad y sencillez, pero, al mismo tiempo, con absoluto rigor científico, procuran estos volúmenes el instrumento cultural necesario para satisfacer el natural afán de saber, propio del hombre, sistematizando las ideas dispersas para que, de este modo, produzcan los apetecidos frutos.

Los autores de estos manuales se han seleccionado entre las más prestigiosas figuras de la Ciencia, en el mundo actual; el reducido volumen de tales estudios asegura la gran amplitud de su difusión, siendo cada manual un verdadero maestro que en cualquier momento puede ofrecer una lección breve, agradable y provechosa: el conjunto de dichos volúmenes constituye una completísima

Biblioteca de iniciación cultural

cuyos manuales, igualmente útiles para el estudiante y el especialista, son de un valor inestimable para la generalidad del público, que podrá adquirir en ellos ideas precisas de todas las ciencias y artes.

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACION CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

SECCIÓN I
Ciencias filosóficas

SECCIÓN II
Educación

SECCIÓN III
Ciencias literarias

SECCIÓN IV
Artes plásticas

SECCIÓN V
Música

SECCIÓN VI
Ciencias históricas

SECCIÓN VII
Geografía

SECCIÓN VIII
Ciencias jurídicas

SECCIÓN IX
Política

SECCIÓN X
Economía

SECCIÓN XI
**Ciencias exactas,
físicas y químicas**

SECCIÓN XII
Ciencias naturales

SECCIÓN VII :: GEOGRAFÍA

Introducción a la Geografía - Astronomía - La estructura de la Tierra - Las montañas - Volcanes - Ríos y mares - Climatología - Zonas geográficas de la Tierra - Geografía humana - Geografía económica y mercantil - Geografía política - Geografía descriptiva de los principales países y naciones - Historia de la Geografía - Diccionario geográfico

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Astronomía**, por D. JOSÉ COMAS SOLÁ. Con 41 grabados, 24 láminas y 4 mapas.
- Geografía física**, por el Prof. S. GÜNTHER, de Munich, traducción de CARLOS DE SALAS. Con 49 grabados y 12 láminas.
- Etnografía** (volumen doble), por el Prof. M. HABERLANDT, traducción del Prof. T. DE ARANZADI. Con 105 grabados, 18 láminas y 3 mapas en color.
- Historia de la Geografía**, por el Prof. C. KRETSCHMER, traducción de Prof. L. MARTÍN ECHEVERRÍA. Con 15 grabados, 7 láminas y 2 mapas en color.
- La época de los descubrimientos**, por el Profesor S. GÜNTHER traducción del Prof. L. MARTÍN ECHEVERRÍA. Con 15 grabados, 7 láminas y 2 mapas en color.
- India**, por el Prof. STEN KONOW, de la Universidad de Oslo, traducción de CARLOS DE SALAS. Con 38 grabados, 12 láminas y 2 mapas en color.
- Geografía económica** (volumen doble), por el Dr. W. SCHMIDT traducción de MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Con 110 figuras, 16 láminas y 4 mapas en color.
- Geografía de Bélgica**, por el Profesor P. OSWALD, traducción de CARLOS DE SALAS. Con 40 figuras, 12 láminas y 2 mapas en color.
- Geografía de Francia**, por el Profesor E. SCHEU, traducción de Profesor L. MARTÍN ECHEVERRÍA. Con 32 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color. (Diciembre, 1926.)

VOLÚMENES EN PRENSA

- Geografía del Japón**, por el Prof. F. W. LEHMANN, traducción de CARLOS DE SALAS. Con 25 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color.
- Geografía del Mediterráneo oriental**, por el Profesor O. MAULL traducción del Profesor L. MARTÍN ECHEVERRÍA. Con 30 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color.
- Geografía de España** (volumen doble), original del Prof. L. MARTÍN ECHEVERRÍA. Con 60 grabados, 16 láminas y 8 mapas en color.

VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

- Geografía de Portugal**, por el Prof. SILVA TELLES.
- Zonas geográficas de la Tierra**, por el Prof. S. PASSARGE.
- Geografía de Italia**, por el Prof. G. GRIEM.
- Australia y Nueva Zelanda**, por el Prof. R. SCHACHNER.
- Geografía de las comunicaciones**, por el Prof. K. DOVE.

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

75

La época de los descubrimientos

POR EL

Prof. SIEGMUND GÜNTHER

De la Universidad de Munich

Con 20 figuras, 10 láminas
y 2 mapas en color

TRADUCIDO DE LA 4.^a EDICIÓN ALEMANA

POR EL

Prof. L. MARTÍN ECHEVERRÍA

Del Instituto de Segovia

Madera 11



BARCELONA - BUENOS AIRES

EDITORIAL LABOR, S. A.

1926

un
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

ES PROPIEDAD

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I. Antigüedad y Edad Media	5
II. Los portugueses en África y en la India....	29
III. Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo.	58
IV. La primera vuelta al Mundo y la apertura del Mar del Sur.....	80
V. Descubrimientos y conquistas de españoles y portugueses en América	96
VI. La colaboración de los franceses y de los pue- blos germánicos en la empresa de los descu- brimientos	136
Bibliografía.....	155
Índice alfabético	158

Índice

1	Introducción	1
2	El problema de la educación	2
3	La educación en el mundo	3
4	La educación en España	4
5	La educación en América Latina	5
6	La educación en el Caribe	6
7	La educación en el África	7
8	La educación en Asia	8
9	La educación en Oceanía	9
10	La educación en Europa	10
11	La educación en el mundo	11
12	La educación en el mundo	12
13	La educación en el mundo	13
14	La educación en el mundo	14
15	La educación en el mundo	15
16	La educación en el mundo	16
17	La educación en el mundo	17
18	La educación en el mundo	18
19	La educación en el mundo	19
20	La educación en el mundo	20
21	La educación en el mundo	21
22	La educación en el mundo	22
23	La educación en el mundo	23
24	La educación en el mundo	24
25	La educación en el mundo	25
26	La educación en el mundo	26
27	La educación en el mundo	27
28	La educación en el mundo	28
29	La educación en el mundo	29
30	La educación en el mundo	30
31	La educación en el mundo	31
32	La educación en el mundo	32
33	La educación en el mundo	33
34	La educación en el mundo	34
35	La educación en el mundo	35
36	La educación en el mundo	36
37	La educación en el mundo	37
38	La educación en el mundo	38
39	La educación en el mundo	39
40	La educación en el mundo	40
41	La educación en el mundo	41
42	La educación en el mundo	42
43	La educación en el mundo	43
44	La educación en el mundo	44
45	La educación en el mundo	45
46	La educación en el mundo	46
47	La educación en el mundo	47
48	La educación en el mundo	48
49	La educación en el mundo	49
50	La educación en el mundo	50
51	La educación en el mundo	51
52	La educación en el mundo	52
53	La educación en el mundo	53
54	La educación en el mundo	54
55	La educación en el mundo	55
56	La educación en el mundo	56
57	La educación en el mundo	57
58	La educación en el mundo	58
59	La educación en el mundo	59
60	La educación en el mundo	60
61	La educación en el mundo	61
62	La educación en el mundo	62
63	La educación en el mundo	63
64	La educación en el mundo	64
65	La educación en el mundo	65
66	La educación en el mundo	66
67	La educación en el mundo	67
68	La educación en el mundo	68
69	La educación en el mundo	69
70	La educación en el mundo	70
71	La educación en el mundo	71
72	La educación en el mundo	72
73	La educación en el mundo	73
74	La educación en el mundo	74
75	La educación en el mundo	75
76	La educación en el mundo	76
77	La educación en el mundo	77
78	La educación en el mundo	78
79	La educación en el mundo	79
80	La educación en el mundo	80
81	La educación en el mundo	81
82	La educación en el mundo	82
83	La educación en el mundo	83
84	La educación en el mundo	84
85	La educación en el mundo	85
86	La educación en el mundo	86
87	La educación en el mundo	87
88	La educación en el mundo	88
89	La educación en el mundo	89
90	La educación en el mundo	90
91	La educación en el mundo	91
92	La educación en el mundo	92
93	La educación en el mundo	93
94	La educación en el mundo	94
95	La educación en el mundo	95
96	La educación en el mundo	96
97	La educación en el mundo	97
98	La educación en el mundo	98
99	La educación en el mundo	99
100	La educación en el mundo	100

I. Antigüedad y Edad Media

Quien pretenda adquirir una idea precisa de la alta significación de la época de los descubrimientos, no podrá prescindir de examinar, en primer término, las concepciones del mundo durante la Antigüedad y la Edad Media. Solamente entonces podrá conocer exactamente un período durante el cual se desvanecieron los errores heredados, y el mapa de la Tierra adquirió esa fisonomía que en sus rasgos esenciales ha conservado hasta nuestros días.

Hasta las campañas de Alejandro Magno, coincidía el « círculo terrestre » — y esta designación aparece en los antiguos griegos como una realidad —, aproximadamente con la cuenca mediterránea. De los restantes países europeos sabíase muy poco. Al norte del Mar Negro extendíanse las estepas del país de los Sármatas, hasta donde se decía que alcanzaban los montes de los Rhipæos, en la dirección de un círculo paralelo, de los que ya hablan los antiguos poetas, como Alcman, Hesiodo, Píndaro, y donde Esquilo sitúa el nacimiento del Ister (Danubio). Más allá de este muro natural, no interesaba nada. De acuerdo con la escuela pitagórica, a la que pueden agregarse Parménides, Platón y Aristóteles, la doctrina de la esfericidad de la Tierra era corriente en todos los helenos cultos, pero se conservó durante largo tiempo el error de la existencia

de una ardiente zona tropical y dos heladas zonas polares totalmente deshabitadas, inhospitalarias para la humanidad. En las relaciones comerciales, estas quimeras no tenían gran importancia y ya desde los tiempos más antiguos, habían penetrado los fenicios, como audaces navegantes, a través de las Columnas de Hércules, en el Océano sin senderos, para buscar el estaño en el occidente de Inglaterra y el ámbar en las costas alemanas. Este era abundante en las inmediaciones del litoral del Mar del Norte, hasta donde los fenicios pudieron llegar; del Mar Báltico procedían después los preciosos adornos de este material, traídos hasta Mediodía por vía terrestre, siguiendo las tan nombradas « rutas del ámbar ». Todavía más grandes empresas aparecen realizadas por los fenicios, y la opinión moderna se inclina cada vez más a aceptar como verosímil la relación de un viaje de circunnavegación en torno al Africa, promovido por el rey egipcio Necao, porque precisamente el argumento con que Herodoto cree poder combatir esta hazaña, representa para nosotros su confirmación. Hasta los grandes reyes persas se debieron interesar, en su curiosidad, por el problema africano.

Con alguna mayor claridad vemos los hechos marítimos de Cartago, heredera de Fenicia. Una relación de su navegante Hannon, a la que se ha concedido la mayor autoridad y que ha llegado a nosotros en lengua griega, prueba que este jefe salió de Cartago, en el siglo v a. de J. C., para reconocer las colonias establecidas por aquélla en la costa noroeste de Africa, y encontrar lugares a propósito para el emplazamiento de nuevos establecimientos. Hasta dónde llegó, no está averiguado con seguridad. Su escala

más lejana fué una costa escarpada, en la que avanzaba un monte, el « Carro de los Dioses » ; difícilmente puede referirse al Pico de Camerón, sino más acá, según las perspicaces investigaciones de E. Goebels un monte de la costa de Sierra Leona. Las noticias de Hannon llevan el sello de la mayor veracidad. Probablemente, un poco después emprendieron los cartagineses otra expedición, al mando de Himilcón, que nos ha conservado un poeta romano muy posterior, Avienus, en su *Descripción de las costas (Ora marítima)*. Corrientemente se acepta que Himilcón llegó al norte de Francia y Bretaña, pero el señor Blázquez y Delgado Aguilera cree que solamente puede referirse a la Península Ibérica. De todos modos, ambos viajes constituyen testimonios elocuentes de la energía cartaginesa. Hasta un grado muy conocido influyó el espíritu emprendedor de los fenicios sobre los pueblos vecinos de carácter más opuesto, como cuando el rey Salomón se decidió a formar con Hiram, el rey de Tiro, una compañía mercantil para la explotación del país de Ophir. Dónde deba éste buscarse, es asunto sobre el que Keane, Bent, C. Peters y especialmente G. Oppert han expuesto hipótesis más o menos satisfactorias. Primitivamente debió designarse con este nombre parte de la costa de la India y sur de Arabia ; posteriormente concentróse, al parecer, en el sur de África, donde las famosas ruinas de Zimbabie, probablemente, recuerdan este tiempo. En todo caso, era Ophir el punto opuesto a Tarshis (Tartessos) ; esta región española estaba situada en las cercanías de la actual Algeciras. Fué conquistada por Amílcar Barca para los cartagineses, que aquí establecieron importantes explotaciones mineras.

Las guerras de Alejandro ocasionaron una poderosa ampliación del horizonte geográfico, si bien, como puede comprenderse, entran en circulación multitud de cuentos y relatos maravillosos. También sobre el suelo africano llegó muy hasta el Sur, el empuje macedónico, pues el « Libro del Nilo » que, según Partsch ha probado, puede conside-

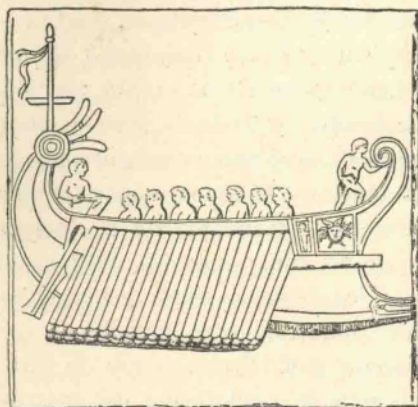


FIG. 1. Trirreme ateniense

rarse como legítimamente aristotélico, reconoce el Alto Nilo « como procedente de unas lagunas ». Con el aumento de disertaciones eruditas sobre temas particulares, no marchan a compás los estudios geográficos y las representaciones cartográficas, siendo el bibliotecario Eratóstenes de Alejandría,

que vivió en el siglo III a. de J. C. y al que, por lo demás, la ciencia debe profundo agradecimiento, el que dió el primer impulso al nacimiento de un error en la configuración de los mapas, que duró hasta mediados del siglo XVIII, consistente en un monstruoso alargamiento del eje de Oeste a Este, que se hacía muy visible en los países mediterráneos. Ya se tenía conocimiento de las lejanas Indias y China y en los siglos I y II después de J. C., comienzan las flotas de mercaderes alejandrinos a traficar con los remotos países de Oriente. Hasta nosotros han

llegado las referencias de un Quersoneso de Oro (Península de Malaca), y de una «Sérica», esto es, país de la seda, donde estaba situado el puerto de Cattigara. Richthofen y el chino Tschau-ju-kua, que recientemente se nos ha revelado, sitúan esta población hacia Tongking. También los chinos mismos eran por entonces comerciantes tan emprendedores como lo fueron después, y traficaban en la isla de Tabropana (Ceylán), que jugaba antiguamente el papel de la actual Singapoore, con griegos, persas, árabes e indios. En la época del nacimiento de Cristo, vivió el comerciante Hippalus, que fué el primero que puso en conocimiento de sus compatriotas los notables vientos periódicos («monzones»), del Océano Indico.

También en Occidente se hizo notar el espíritu de investigación de los griegos. Expulsados por los persas, los focenses habían creado un «emporium» sobre la costa gálica en su colonia de Massilia (Marsella) y ya establecidos aquí aquellos hombres audaces, fueron por esta causa los primeros del mundo clásico que adquirieron conocimiento de los brumosos países de Bretaña y Germania. Desgraciadamente, carecemos de fuentes precisas sobre el massaliota Pytheas, pero sobre este personaje se ha ido produciendo poco a poco una literatura abundante; Müllenhoff, Schmitt, Kaehler, Callegari y muchos otros, trataron de derramar por medio de la crítica la mayor cantidad posible de luz sobre el asunto. Así consta seguramente que Pytheas era contemporáneo de los reyes de Macedonia y que en su profesión de comerciante visitó parajes de las más elevadas latitudes, donde contempló en toda su grandeza fenómenos muy poco conocidos de los griegos: que el Sol brillaba a media noche sobre el hori-

zonte — o que en el apogeo del verano describía este astro solamente un pequeño arco — y allí, finalmente, vió el enigmático juego de colores del «pulmón marino», es decir que, como asegura Gerland, pudo ver la luz polar antes totalmente ignorada para los meridionales. Pytheas llegó a las costas occidentales de Inglaterra y a las del Mar del Norte; respecto al lugar más extremo que alcanzara, describe él mismo una isla Thyle o Thule, acerca de cuya situación se han suscitado numerosas controversias, sin que todavía se haya encontrado una solución satisfactoria. Que se trate de Islandia, como durante largo tiempo se ha creído, parece difícil; más verosímil es que se refiera a uno de los archipiélagos situados más al Sur. Las generaciones siguientes, como carecían de los indispensables conocimientos astronómicos, no consideraron de ningún valor las observaciones recogidas por Pytheas, e incluso, como el famoso Estrabón, eran absolutamente incapaces de comprenderlas.

El Imperio romano tuvo para el conocimiento de la Tierra una significación tan importante como el de Macedonia. En el Sur, sometieron los romanos todo el Africa hasta más allá del gran desierto, conociéndose con ello estos países: hasta en las profundidades del Sahara se han encontrado lápidas conmemorativas con inscripciones latinas. Una expedición enviada bajo el reinado de Nerón para la exploración de las fuentes del Nilo, debió llegar hasta la confluencia de las dos grandes corrientes que lo forman. Al Norte penetraron los romanos, como prueba el «muro de los pictos», hasta las montañas de la alta Escocia; las flotas romanas visitaron la desembocadura de los ríos alemanes de Occidente; en la «Historia Natu-

ral », de Plinio, escritor que encontró la muerte en la gran erupción del Vesubio del año 79 d. de J. C., nos tropezamos con las primeras referencias sobre el mar Báltico y la « isla » de Escandia. Comerciantes « etruscos » recorrieron, a juzgar por las numerosas monedas encontradas, las comarcas habitadas actualmente por alemanes y eslavos, y F. Lindeman ha hallado en una cueva del Jura de Franconia un trozo de balanza con jeroglíficos egipcios. Con excepción de las regiones extremas del Norte y Noreste, la cultura itálica se extendió por toda Europa.

En Asia, las avanzadas romanas entraron en contacto con todas las naciones del interior que les fué posible. Casi se llegó a un rompimiento entre romanos y chinos, pues el soberano del imperio del Medio se proponía atacar, hacia el año 95 d. de J. C., el país del emperador de Occidente An-tu-nu — Antonino Pío —, desistiendo de este proyecto a causa de su estado de salud. La actividad del tráfico comercial se mantenía a pesar de la distancia y del clima de las estepas, y a lo largo de las cordilleras del Tien-chan y del Kwen-lun, se extendían las animadas rutas de la seda. Por las investigaciones de Sewjerzow, Hedin y especialmente Aurel Stein, cuyas excavaciones han revelado un nuevo mundo, se han descubierto las grandes vías de comunicación del comercio asiático, y estas averiguaciones añaden muchas cosas a algunas auténticas relaciones de aquellos tiempos, que han llegado hasta nosotros. Estas relaciones las hizo redactar un comerciante, Maes Titianus, por medio de sus agentes, y hacia el año 60 después de J. C., pudo servirse de ellas el sabio Marino de Tiro, para hacer su representación de toda la Tierra. Recientemente, A. Herman se ha dedicado con buen éxito, a fijar

la situación, según las fuentes chinas publicadas antes por F. Hirth, del sistema de carreteras construido por los emperadores de la dinastía Han. Cuando, en el siglo II, los chinos se retiraron de la cuenca del Tarym y el comercio pasó a manos de los persas, los países de Occidente sufrieron graves perjuicios, pero nunca desaparecieron del todo los hilos de comunicación entre Europa y el Asia Oriental. No se sabe con exactitud si fué un romano o un bizantino quien llegó hasta Si-ngan-fu, entonces capital del pueblo de la seda.

El gran astrónomo alejandrino Claudio Ptolomeo, contemporáneo de los emperadores Trajano y Adriano, fundador del primer sistema universal, desechado 1,400 años después por la reforma de Copérnico, fué también quien trazó una configuración exacta de una gran parte de la zona oriental de nuestro Continente. Asimismo le corresponde el mérito de haber realizado uno de los pensamientos de su antecesor Hipparco (hacia 130 d. de J. C.), reuniendo en tablas según la latitud y longitud todos los lugares conocidos en su tiempo, y estableciendo después sólidamente los principios geométricos de la cartografía. Fué también el primero que elevó la Geografía hasta merecer plenamente el nombre de ciencia. Probablemente, como supone S. Ruge, ya el mismo Ptolomeo proveyó de mapas su gran obra científica. Ese Agathodaemon, a quien hasta hace poco se atribuían estos mapas, es, según J. Fischer, a lo más un simple nombre. Las generaciones siguientes utilizaron desgraciadamente mucho menos esta obra clásica que los pequeños manuales, de ella derivados, como los de Pomponio Mela y Dionisio Periegetes, que en la época de los humanistas fueron los mejores vehículos de la cultura,

El retroceso general que en todas las ciencias se acusa en el siglo iv, envolvió también a la geografía. Los escritos de Etico, el Anónimo de Ravena, y, sobre todo, el de Cosmas Indicopleustes (siglo vi), hacen una impresión sumamente desagradable; hasta las verdades fundamentales, como que la Tierra es una esfera suspendida libremente en el espacio, se fueron perdiendo en la época de los Padres de la Iglesia, solamente por la influencia de consideraciones teológicas. En lugar de composiciones basadas en principios geométricos, como las cartas ptolemaicas, se usaron groseras representaciones sin proyección de ninguna clase; así se hacían ya, según Detlefsen, bajo el gobierno del emperador Augusto, cuyo ministro Agripa dividió la superficie de la Tierra entonces conocida en veinticuatro continentes y siete islas, y estos pedazos se combinaban en un gran mapa mural de forma rectangular. De la cuarta centuria poseemos tres itinerarios, a saber, el de Antonino (trazado de vías con indicación de distancias), el *Itinerarium Hierosolymitanum* y, finalmente, una tosca carta de derrotas, muy famosa, que por un consejero de la ciudad de Augsburgo a quien debemos su conservación, lleva el nombre de *Tabula Peutingeriana*. Por las investigaciones de Elter conocemos con toda seguridad el objeto de estos tres itinerarios, compuestos positivamente con miras administrativas y militares, verdaderos «itinerarios imperiales» aunque luego se utilizaran con otros objetos comunes, como servir para las «peregrinaciones» y para enseñar el camino de Jerusalén. Esta ciudad, el «ombligo del mundo», se representaba durante la alta Edad Media ocupando el centro de las cartas, repletas de particularidades geográficas y etnográficas, que se repe-

tían casi invariablemente. C. Miller ha hecho en sus obras un examen meritorio de este largo período cartográfico de decadencia, si bien han sido rectificadas algunas de sus afirmaciones.

Solamente algunos relámpagos iluminaron estas tinieblas; fueron debidos principalmente al establecimiento de jóvenes razas vigorosas, porque los antiguos portadores de la civilización no hubieran podido llegar más adelante por su propia fuerza. Figuran en estas empresas, en primer término los celtas, y después los germanos de Bretaña. Apóstoles escoceses e irlandeses habían fundado colonias cristianas en las islas Hébridas, Orcadas y Shetland y hasta en la lejana « Islandia ». Según el irlandés Dikuil, el mismo que compuso una obrita de cosmografía, las misiones célticas llegaron a Islandia hacia el año 795 y allí resistieron casi cien años, bajo difíciles circunstancias; entre 870 y 880 debieron retirarse ante los normandos, de los que luego se hablará.

Aun con mayor energía comienza en la más antigua Edad Media a figurar un pueblo extraño, cuyo origen no tenía la menor relación con la civilización occidental. Unas salvajes tribus del desierto, que hasta entonces habían carecido de la más elemental organización social, se hacen con una batalla los herederos de la cultura científica de la Hélade y Roma. En el más amplio sentido de la palabra, los árabes fueron solamente compiladores de ideas, y en el cuadro de la literatura árabe nos encontramos a los descendientes de la península en muy corto número, junto a españoles, marroquíes, egipcios, sirios, mesopotámicos, persas y turanios. Pero todos ellos fueron reunidos en un todo por la comunidad de religión, de cultura y de

lengua literaria ; en todas partes, desde el Océano Atlántico hasta las profundidades de la China, tropezamos con los viajeros árabes, que podían comunicarse sin dificultad, porque las gentes cultas comprendían siempre su idioma. Propiamente, esta lengua se entendía en todas partes, pues el Corán, único código legal de los pueblos islámicos, era comprendido tanto en el Yang-se-Kiang y las Filipinas, como en el lago Tchad y Marruecos.

La astronomía árabe y la geografía matemática se formaron con la traducción y comentarios de los escritores griegos, adquiriendo muy pronto completa independencia. Aunque sus trabajos cartográficos resultaban en la práctica mucho más imperfectos de lo que se podía esperar, en cambio sus diseños eran frecuentemente correctos ; así, en un precioso croquis del siglo XIII, se percibe claramente al Nilo Blanco, saliendo de tres lagos (1). Los pilotos del Océano Indico, como Vasco de Gama observó con asombro, ya sabían, acudiendo a medios primitivos, encontrar su camino según las estrellas ; provistos de una especie de goniómetro, que en principio era del mismo tipo que el « bastón de Jacob » que luego tuvo tanto crédito, medían la necesaria altura del polo y sabían, a lo menos aproximadamente, fijar la latitud a que se encontraban en sus expediciones. Bittner y Tomaschek, han publicado recientemente el notabilísimo libro de navegación *El Mohit* (« Espejo del mar »), que en 1554 dió el almirante turco Seidí Ali como manual a sus tripulaciones, formadas por una multitud de infieles y cuyo contenido se redactó en

(1) Véase KRETSCHMER, *Historia de la Geografía* (COLECCIÓN LABOR), figura 14.

la época de los portugueses, principalmente por la reunión de tradiciones árabes, persas e índicas.

La Geografía árabe, como podemos ver en Massudi, Albiruni, Yaqut, Ibn Hauqual, Edrisí y otros geógrafos árabes, llegó realmente, y ello se comprende, mucho más lejos que los antiguos modelos. El marroquí Ibn Batuta conoció por propia observación el Senegal y el Yenissei; Ibn Gubayr, que hizo tres veces el viaje ritual a la Meca, atravesó toda la cuenca mediterránea. En las regiones extremas de creencias mahometanas, se establecieron centros que fomentaron la cultura arábiga, en Samarcanda, Bukhara y Tus, en Bagdad y Damasco, en el Cairo y Túnez, en Marraquesh, Fez y Córdoba, formándose así una inmensa literatura geográfica, que en nuestros días está todavía enterrada en gran parte en manuscritos; tal ocurre con una noticia de Ibn el Wardí, que desde Lisboa marchó a las ciudades moras, más avanzadas del Mar de Poniente, para allí descubrir nuevos países.

En cierto modo redundaron también estas conquistas en beneficio de la civilización occidental. Por medio de las Cruzadas y de las peregrinaciones, se mantuvo un conocido intercambio de ideas entre Oriente y Occidente, como puede verse por la grandiosa colección de Röhricht, de relaciones de viajes referentes a Palestina. Gentes al mismo tiempo piadosas y atrevidas, se ponían bajo la guía de hábiles « truchimanes » (*turcimanus*, intérpretes), para visitar Tierra Santa, como el caballero del Rhin W. von Harf, que pretende haber realizado un formal viaje a través del Africa, recorriéndola de Sur a Norte. También los mercaderes de las grandes repúblicas marítimas ita-

lianas, Pisa, Génova y Venecia, contribuyeron al esclarecimiento del Oriente; el pisano Leonardo Fibonacci, adquirió conocimiento de la contabilidad en los consulados de Bugía y Cairwan, del nuevo sistema de numeración indico-arábigo, con el cero y el valor relativo de las cifras que poco a poco transformó la aritmética europea. También se elevó la consideración de las profesiones intelectuales, y persecuciones como la de que fué objeto el obispo Virgilio de Salzburgo en la época de los merovingios, porque enseñaba la existencia de los antípodas, no eran ya posibles bajo el gobierno de los emperadores sajones y mucho menos en el tiempo de los Staufén. Un gran número de poetas didácticos de principios de la Edad Media que trataron asuntos de geografía, son de ello testimonio. También los acontecimientos políticos y guerreros de entonces cooperaron a difundir el conocimiento de pueblos y países. La ruptura más resuelta con las doctrinas geográficas de los antiguos fué producida por los acontecimientos de las regiones más septentrionales; pero, desgraciadamente, éstos permanecieron desconocidos para el sur de Europa durante mucho tiempo.

En este respecto, figura como una de las más importantes personalidades de la alta Edad Media el rey anglosajón Alfredo (849-901), quien escribió de su propia mano algunas obras, y a quien en una monografía de Geidel (1904), se celebra con justicia como el primer geógrafo de raza germánica. Los Comentarios de Alfredo a la Historia Universal del sacerdote español Orosio — « alma mater », según Doberentz, de toda una serie de escritos cosmográficos — son uno de los grandes monumentos de la Historia de la Geografía. Además, en su real palacio encontraban

siempre hospitalaria acogida todos aquellos que sabían relatar nuevos viajes y navegaciones. Así, hizo el anglosajón Wulfstan una información acabada sobre el Mar Báltico y países colindantes. Más importante fué todavía la llegada del normando Othario (Otherio), que desde su residencia del Finmark noruego emprendió un viaje costero hasta arribar a la costa de Biarmar (Permier-Rusia). Storm supone que el golfo en que normandos e indígenas, valiéndose de signos, realizaron un lucrativo cambio de productos, es la bahía de Kandalasch, y en este caso, resulta que Othario dobló el cabo Norte; hacia el año 900 quedó por consiguiente probada de hecho la naturaleza peninsular de Escandinavia. Científicamente, recogió por vez primera esta realidad hacia el año 1075 el escolástico Adam de Brema, quien, no obstante haber escrito en latín su libro sobre las Islas del Norte, debe ser considerado como el primer geógrafo alemán. A pesar de esto, Suecia y Noruega quedaron durante un siglo envueltas en tinieblas para los restantes países europeos. Los mapas usuales daban a la península la figura de un triángulo isósceles, con la base paralela a uno de los círculos de latitud, y el primero que mostró que el eje de Escandinavia era de orientación esencialmente meridional, fué el bávaro Jacobo Ziegler, en el primer cuarto del siglo xvi.

Ya Othario es un ejemplo característico del poder expansivo de su pueblo, y pronto vemos que se habla de los normandos en todos los lugares del occidente y sur de Europa. Al propio tiempo dirigieron las quillas de sus navíos hacia el Norte, y allí descubrieron nuevos países, todo un mundo polar, que durante más de cien años conservaron bajo su posesión. En el año 867 desembarcó

Naddodr en Islandia, de donde «papar» o ermitaños irlandeses, regresaron a su patria sin hacer la menor resistencia. Los descendientes de Naddodr colonizaron las llanuras del sur y oeste de la isla, y enviaron sus buques mucho más lejos, creyéndose que en el siglo x Gunbjörn y Snäbjörn llegaron por casualidad a la costa de Groenlandia. Ya con un fin deliberado, fué el viaje que hizo a



FIG. 2. Escena marítima en el tapiz del Museo de Bayeux, que describe las gestas de los normandos

«Gunbjörnsland» en 982, Erik Rauda («Eric el Rojo») con algunos compatriotas. Se estableció allí y envió emisarios a Islandia, diciendo que podían enviar nuevas expediciones a Groenlandia («la tierra verde»), como él la llamó. El reclamo hizo su efecto, y con el tiempo la población germánica, favorecida por el clima de la costa occidental de Groenlandia, fué tan numerosa que se pudieron constituir varios obispados. Nadie ha podido explicar satisfactoriamente cuándo acabaron estas lejanas colonias de los germanos del Norte y quién tenga la culpa de esta desaparición. Recientemente se ha comprobado

que Groenlandia mantenía todavía relaciones con Europa durante el curso del siglo xv; una carta de Claudius Clavus Niger (Swartho) sobre las islas Fünen, hace poco estudiada por el danés A. Björnbo, lo hace suponer sin que ofrezca ninguna duda. En este mapa figura con toda corrección Groenlandia, que se representaba corrientemente como una isla dependiente del continente europeo.

Desde allí, descubrieron los normandos el continente americano 500 años antes que Colón. Adam de Brema fué el primero que señaló estos hechos, y en nuestra época han sido también estudiados aprovechando las fecundas sagas islandesas, donde la realidad aparece velada por la envoltura de poéticos mitos. Reves, Mogk y sobre todo Storm, han hecho una segura exposición del asunto; el trabajo publicado en 1902 por J. Fischer, ofrece una excelente narración de todo lo hasta él conocido.

Del «Landnámabok» del islandés Ari, cuya relación original conoció un cierto Thorkel, resulta lo siguiente: En el año 80, Barni y Ari Marsson que se habían desviado hacia el oeste de la verdadera ruta de Islandia a Groenlandia, hicieron nuevos descubrimientos de territorios de la costa, que recibieron los nombres de Helluland («país rocoso»), Markland («país de bosques»), Winland («país de viñas») y Huitramannaland («país de los hombres blancos»). Hacia allí dirigió Leif, hijo de Erik y heredero de su espíritu emprendedor, una expedición colonizadora; a este hecho se refieren varias tradiciones, como la de que un alemán llamado Thycker o Dietrich, enseñó a los normandos el arte de hacer vino, exprimiendo los racimos de uvas de las vides silvestres. La verdadera relación de esto parece un poco diferente. Leif buscó en 999 el camino

marítimo directo hacia Noruega y lo encontró. Allí adoptó las creencias cristianas y regresó a Groenlandia, pero equivocando esta vez la ruta, volvió a su patria, después de haber tocado antes realmente en Winland. Su padre Erik buscó después este país, pero corriéndose al Sur, tuvo que regresar sin haber conseguido su objeto. Más afortunado fué Thorfinn Karlsevni, que encontró tres islas en el lejano Oeste, pudiéndose creer que se tratara de las ya mencionadas Helluland, Markland y Winland. Sus ensayos de colonización fracasaron, porque los skrälíngaros (enanos; en Groenlandia los esquimales y aquí los indios) constituían una vecindad demasiado peligrosa. Después de tres años regresó a Groenlandia con sus acompañantes, y varias expediciones intentadas después para establecerse en Winland, resultaron infructuosas. La colonización normanda en Norteamérica se redujo a un episodio pasajero.

¿Dónde estaba el país de las viñas silvestres? En ningún caso llegó la acción extranjera muy al interior; una ciudad fantástica de « Norumbega », que se dice haber sido fundada por entonces, pertenece al reino de la fábula, como las estelas rúnicas que se han pretendido encontrar en el Mississipí y otros lugares. Storm, el más profundo conocedor de estos asuntos, es de la opinión que el Winland normando debe identificarse con la península de Nueva Escocia y los navegantes del siglo XVII, encontraron la viña silvestre que crecía espontáneamente en Cabo Bretón. Que los normandos no pudieran mantener mucho tiempo unas posesiones tan expuestas, no puede maravillarnos y ello no constituye ningún descrédito de su positiva habilidad y destreza como navegantes. Su náutica no ocupaba

en verdad un rango inferior. Llegaron hasta el empleo de formales manuales de navegación a vela, de dos de los cuales nos informa Dahlgren ; recientemente se ha ocupado Schück del empleo de velas peculiares, en forma de alas de pájaro ; Thoroddsen habla de una piedra para determinar la situación (piedra-guía), y acaso los navegantes árticos se orientaban ya por la fuerza de atracción de la aguja magnética, problema cuya solución acaso pueda traernos el tiempo.

Mientras tocaban a su fin, poco después del año 1000, estos reales descubrimientos en el Atlántico, la fantasía de los cartógrafos poblaba el vacío de los mapas con toda clase de creaciones. Así surgieron una isla de Santi Brandani (una aldea de Saint-Brandan hay en Normandía), una isla de « Brazil » y hasta todo un archipiélago de Frislandia, probablemente caricatura exagerada de las islas Fär-Oer. A este país se refiere la supuesta relación de los viajes de los venecianos Nicolás y Antonio Zeno, en el siglo xiv, que han despertado tanta curiosidad. Eminentes historiadores, como J. R. Forster, A. de Humboldt, Major, A. E. de Nordenskiöld, se inclinan a conceder una positiva realidad a las cartas de viaje de Zeno, publicadas en 1558 con un mapa; pero la crítica sagaz de Storm ha terminado con esta leyenda, y, principalmente en cuanto al mapa, ha probado que se trata de una mediana imitación de época bastante posterior. La carta danesa de Swartha, que han publicado Björnbo y Petersen, fué suficiente, según J. Fischer, para hacer surgir la leyenda del viaje de los Zeno. Sin duda conoció la falsedad el obispo sueco Olaus Magnus, al trazar el gráfico que ha encontrado en Munich O. Brenner, el primero que asigna

a Islandia su situación exacta. También el inglés Lucas, que ha estudiado recientemente este problema de los hermanos Zeno, se decide por atribuir a esa relación el carácter de suplantación.

Las Cruzadas y el comercio, como hemos dicho, habían cooperado a abrir el interior del Asia. La Palestina libre, se había perdido definitivamente con la conquista por los mamelucos de Ptolemaida, última fortaleza cristiana; pero en cambio, se fomentan nuevas esperanzas fundadas en el imperio mongol, divulgándose que los sucesores del temible Gengis Khan eran soberanos tolerantes y amigos de los extranjeros. En primer término, se formó la creencia de que en algún lugar de la alta Asia, se hallaba un reino cristiano independiente, bajo el gobierno de un rey-sacerdote o «preste» Juan; la curiosísima historia de esta fábula geográfica, ha sido descrita por Oppert. Después de buscar esta mítica personalidad en todos los sitios posibles, fué trasladada finalmente al Africa, donde muy pronto la encontraremos de nuevo. Esta leyenda tiene cierta semejanza con la de la belicosa nación de mujeres de las Amazonas, que se paseó por los mapas desde el Mar Negro hasta el Océano Glacial, fijándose por último en uno de los grandes ríos de América del Sur.

Tanto la sede pontificia como los más poderosos príncipes cristianos, intentaron repetidas veces ponerse en relación con los pretendidos hermanos de religión del Asia. Ya en 1245 fué hacia Karakorum, la capital mongólica, una doble misión compuesta de dominicos y franciscanos. De la primera orden citada, solamente alcanzó su objeto mucho después Andreas de Longjumel. Los franciscanos visitaron primero a Batu Khan, regente de





el mismo fin hizo otro viaje entre 1316 y 1318 Odorico da Pordenone, que en su camino de ida siguió la ruta de India anterior, Ceylán, Sumatra, Java y Borneo, regresando por Thibet y Persia. Menos afortunado fué el español Pascual de Vitoria, que padeció el martirio en 1339; en cambio, un poco después, Giovanni di Marignolli regresó sano y salvo de un viaje por Ceylán, Ormuz y Bagdad, y en 1353 entregó al Papa en Aviñón la respuesta escrita por el Gran Khan.

Un poco antes, aunque con motivo muy distinto al de los demás viajes a Oriente y de todos ellos el de más significación, fué el que emprendió un descendiente de linaje patricio, el veneciano Marco Polo. De los tres hijos de Andrea Polo, Marco, Nic-



FIG. 3. Marco Polo, según un grabado en madera de la Edad Media

colo y Maffeo, los dos últimos hicieron en el año 1260 una expedición al ya conocido estado de los kiptschacos, en el bajo Volga, donde realizaron un notable negocio de piedras preciosas. Siempre marchando hacia adelante, llegaron hasta China, donde empuñaba el cetro real Kublai-Khan, un protector de los sabios, y por consecuencia de los europeos. Kublai despidió a ambos con ricos presentes,

manifestándoles sus deseos de volver a verles, y por el camino indicado, Niccolo y Maffeo estaban de regreso en su casa en 1269, haciendo dos años después un nuevo viaje; esta vez acompañó a sus tíos el hijo del otro hermano, llamado como él Marco. Pasado el Ararat, fueron a Basora y Ormuz, atravesaron la meseta de Pamir y después de tocar por Yarkand y el Lop-Nor, llegaron a China; Prshewalski y Hedin han reconstruido a grandes rasgos la ruta de los Polo. Otra vez fueron los venecianos amistosamente recibidos, y sobre todo Marco Polo fué de tal manera festejado por el emperador, que éste le confirió un alto empleo del Estado, y durante muchos años pudo errar por todos los lugares de China, ya solo, ya acompañado de sus parientes. La circunstancia de casarse una princesa persa con el príncipe mongol soberano de los persas, le proporcionó la ocasión de regresar a su patria al cabo de veinte años, por mar hasta el Golfo Pérsico, y después, por Bagdad y Trebisonda, siguiendo la ruta de las caravanas. Cuando los Polo estaban de regreso en Venecia en 1295, se cumplía un cuarto de siglo de la fecha de su partida.

Poco después, tuvo Marco la desgracia de ser hecho prisionero por los genoveses en la batalla naval de Curzola, y en la cárcel encontró tiempo para dictar a un compañero de infortunio su diario de viaje. Pero esta relación tiene de chocante que ha llegado a nosotros no en italiano, sino en francés antiguo. En italiano, latín y finalmente en alemán no aparece esta relación hasta mucho después, pero de todos modos produjo su efecto. Colón la conocía, como pronto veremos. El mapa-mundi de Fra Mauro prueba que tampoco a él le era desconocida; el primero

que la utilizó en todos sus detalles, fué el cartógrafo piomontés Gastaldi, en el siglo xvi.

Ningún otro europeo, exceptuando—en época muy posterior— algunas de las misiones jesuíticas, pudo disponer de medios tan abundantes y completos para el conocimiento de China, como Marco Polo. Las rutas y postas del correo, los bancos, el uso del gas natural para el alumbrado y el carbón de arder « como una asquerosa piedra negra », todo le es familiar ; en cambio, es extraño que no cite la pesca con cormorán, la imprenta ni la voladura de minas. También desde el punto de vista puramente geográfico, tuvo el libro extraordinaria importancia, abriendo nuevas perspectivas, pues el nombre de Zipango (Japón), que tanta atracción ejerció sobre Colón, es citado allí por vez primera. Errera observa que en la obra de Pegolotti : *Pratica della mercatura* (1340), la relación de Polo fué muy valiosa para la descripción de vías comerciales y hábitos mercantiles de las regiones más lejanas de Asia.

En el siglo xv los viajes asiáticos fueron más raros. La ingenua autobiografía de Juan Schiltberger, de Munich, que ha publicado Langmannel, tiene escaso interés geográfico, a pesar de que su autor, que cayó prisionero de los turcos en Nicópolis y de los tártaros en Angora, vió mucho mundo. El veneciano Niccolo Conti, que quiso llegar hasta la « patria del ave del paraíso », por el norte de Arabia, Persia, India anterior e India posterior, hizo una descripción de su viaje, de la que dió cuenta en 1440 el conocido diplomático de la curia romana Poggio, y que según la opinión de Giardina y Sensburg, contiene seguramente muchas cosas ciertas, aunque su autor solamente pudo conocer por propia observación la India, y acaso también China.

Con esto llegamos al período que ha merecido el título de época de los descubrimientos en su más propio sentido. Para su estudio, han aparecido durante el último decenio un número extraordinario de publicaciones y todavía manan los trabajos de erudición como un río incesante. Entre algunos de los autores que más se han destacado, mencionaremos los nombres de los americanos Winsor y Harisse ; los ingleses Mayor, Yule y Beazley ; los suecos Nordenskiöld, Schwerin y Dahlgren ; los franceses d'Avezac, Marcel y Gallois ; el holandés van Mees ; los portugueses Varnhagen y Cordeiro ; los italianos Hugues, Uzielli y Errera ; los austriacos v. Wieser y Gelcich ; finalmente los alemanes A. de Humboldt, Kunstman, Peschel, S. y W. Ruge, H. Wagner, Ravenstein y Kretschmer. En este respecto es fundamental la obra de Sophus Ruge « Historia de la época de los descubrimientos » (Berlín 1881), que ha influido tanto sobre muchas cuestiones de la presente exposición, aunque, como se comprenderá fácilmente, en el curso de treinta años han variado mucho las antiguas maneras de interpretación, y muchas afirmaciones, aparentemente sólidas, han tenido que ser rectificadas en virtud de los resultados de nuevas investigaciones.

II. Los portugueses en África y en la India

De la Península Ibérica vino el gran impulso marítimo, cuyo resultado fué el descubrimiento y colonización por los europeos de nuevos países allende los mares. Desde el 711, casi toda la Península había caído en manos de los moros ; en el siglo XII avanza la ola de la reconquista y ante ella tuvieron que irse batiendo en retirada. Los reinos cristianos, que nacieron y se fortalecieron en la lucha contra los infieles, llevaron después la guerra al Africa. En primera línea figuró Portugal, que en el año 1405 ocupó la fortaleza de Ceuta — ahora perteneciente a España —, en el estrecho de Gibraltar. En este hecho de armas se distinguió por vez primera el hombre que estaba destinado a mostrar a su pueblo, aunque de una manera pasajera, los nuevos caminos de gloria y de provecho.

El infante Don Enrique, conocido en la historia como el príncipe Enrique el Navegante, nació en 1394, siendo el quinto hijo del rey Juan I. Su valor le proporcionó la dignidad de Gran Maestre de la Orden de Cristo, con la misión directiva en la lucha contra el mahometismo. El plan que formó a este objeto, lo mantuvo siempre presente durante cuarenta y cinco años, como dice Winsor en la

monografía donde estudia la vida de este príncipe en todos sus aspectos con una consecuencia tenaz y una clarísima penetración. Comprendió que solamente por el esfuerzo de su espada no podía llegar a ninguna solución, pero esperaba cumplir sus primitivos proyectos de aplastar el poderío moro en el norte de Africa, cuando pudiera ahogarle por el Oeste y por el Sur. De una parte, debía Portugal, para realizar estos planes, establecerse firmemente en la costa occidental de Africa, y por otro lado, buscar la negociación de una alianza con aquel rey-sacerdote Juan, a quien por entonces se creía encontrar en el Negus de Abisinia. Llevando más adelante sus aspiraciones, pensaba el príncipe Enrique poner en manos de los portugueses las inmensas ganancias del comercio de Europa con la India, pues la ruta por donde hasta entonces se realizaba había sido interrumpida por los pueblos islámicos, ocasionando con ello graves perjuicios económicos. Animado por estos móviles, avanzó poco a poco conforme al plan de su obra, cuya realización le aseguraba su horóscopo astrológico. Muy pronto, hacia 1415, estableció su residencia junto a Sagres, en el promontorio de San Vicente, cerca del puerto de Lagos, dentro de su Gobierno de los Algarbes, y en situación especialmente favorable para sus designios; las rentas de la Orden le aseguraban la ejecución de sus pensamientos. En la «Crónica de Guinea», de Azurara (nuevamente publicada y traducida por Beazley y Prestage), podemos informarnos de una manera auténtica sobre los comienzos y progresos de esta empresa.

El arte de la navegación había hecho en el siglo XIV algunos adelantos, y hábiles marinos se pudieron arriesgar poco a poco a alejarse de la peligrosa navegación de las

costas; este proceso de emancipación se verificó con mucha prudencia. La historia del compás, que conviene naturalmente considerar en primer término, ha sido examinada en tiempos recientes con toda minuciosidad por Breusing, Wiederman, Porena, H. Vogel y especialmente por A. Schück (muerto en 1918), y sabemos actualmente que no existe ninguna relación apreciable entre las antiquísimas descripciones chinas de la «guía magnética», la que después encontramos entre los árabes y la aguja imantada de los países occidentales que ya hemos indicado que conocían las gentes del Norte. Desde finales del siglo XII nos encontramos con algunas alusiones aisladas sobre este instrumento de Guyot de Provins, Alejandro Neckam, Jaques de Vitry, y posteriormente de Roger Bacon y de Brunetto Latini, el maestro del Dante. La más antigua forma de brújula («buxola», cajita), poco utilizada realmente por los navegantes, consistía en el empleo de un compás flotante, o un aparato como el que en 1254 describe el caballero francés Pierre de Maricourt en una carta a su amigo Syger de Fontancourt *Epistola ad Sygerum* (de aquí el desatinado nombre de Petrus Adsigerius). Probablemente fué un amalfitano (¿acaso Gioja?) el que introdujo su mejora, colocando una especie de rosa náutica a manera de disco, en cuyo centro de gravedad se apoyaba la aguja magnética (calamita), con lo que se hacía posible la lectura directa de la variación del ángulo. Es difícil que se conociera hacia 1400 la declinación o error de la brújula, y la mayor parte de las determinaciones hechas por entonces, como la que conocemos por el caballero de Maricourt, serían completamente equivocadas. En la década siguiente, por el contrario, ya debían tener concien-

cia de la diversidad de los meridianos magnético y astronómico los constructores alemanes de los compases de sol examinados por A. Wolkenhauer y G. Hellmann; en un ejemplar de Viena (1463) resulta una declinación occidental igual a 10° . Por consiguiente, parece que todavía durante mucho tiempo continuaron los navegantes dirigiendo su rumbo por la observación de las estrellas, mejor que con el compás, y las antiguas conjeturas acerca de las cartas de marear de la Edad Media, que las admirables colecciones de Th. Fischer y A. de Nordenskiöld han hecho accesibles a todo el mundo con gran abundancia, deben ser rechazadas en virtud del estudio de H. Wagner y del examen cartométrico de Steger. La carta de Marino Sanudo (1311) — más exactamente según Kretschmer, de Pedro Vesconte — carece todavía de red de círculos, que encontramos por primera vez en las cartas marinas de Angelus Dalorto (no Dulceri, 1325) y Giovanni da Carignano (1340). Italianos y catalanes, sobre todo los habitantes de Baleares, son dignos de encomio como autores de dichos mapas, en los que con gran habilidad unían las diversas porciones de la proyección cilíndrica, en la forma que ya conocían Marino de Tiro y Ptolomeo, aun cuando carecían de la escala correspondiente. La red de círculos era un aditamento, pero no un elemento integrante de los mapas, que se distinguían frecuentemente por la fidelísima reproducción del contorno de las costas.

De todos los recursos indicados dispuso la naciente marina portuguesa. Pero aun no se podía determinar exactamente la posición geográfica; la resolución, por medio del astrolabio, del problema de medir la altura del polo en los buques desorientados, era todavía bastante incierta.

Hasta qué punto trajo estas mejoras la acción directa de Don Enrique, o si llegaron mediante extrañas influencias, no consta con seguridad. El astrónomo Jaime de Mallorca, que acaso sea el judío Jahuda Cresques (?), convertido al Cristianismo, debió ser llamado por el príncipe a su corte de Sagres.

Don Enrique encomendó a sus marinos la tarea de explorar las costas occidentales de Africa, avanzando hacia el Sur cuanto fuera posible, pues más allá del desierto no había llegado todavía ningún portugués. Ya hacia fines del siglo XIII nos encontramos con una relación, aunque no parece que ofrezca completa autoridad, en la que se dice que los genoveses Vivaldi y Usodimonte, llegaron en un viaje comercial hasta Guinea; los eruditos franceses defienden la tesis de que entre aquella costa y el Continente conocido, mantenían relaciones mercantiles marinos atrevidos de la ciudad de Dieppe, lo que no se ha probado rigurosamente. En la carta de Pizigani, que procede de 1367 a 1373, aparece Cabo Bojador como «Caput finis Africae» y este punto extremo fué alcanzado hacia 1345 por un monje español, quien también tenía conocimiento de la existencia de las islas de las Cabras o Azores. Estas islas se encuentran dibujadas en varias costas, pero parece que el primer reconocimiento debió hacerse por orden de Don Enrique. En el mapa antes mencionado de Dalorto y en el portulano llamado de los Médicis, de 1351, se reconoce, además de las Azores y Madera — las «islas de la madera» — la proximidad de Portosanto y las Canarias, las últimas de las cuales eran referidas por los eruditos a las «Islas Afortunadas» que Ptolomeo sitúa a 0° de longitud. Pronto entraron los europeos en contacto directo

con las Canarias. Se supone que fué el primero un cierto Lancelot Moricelli, quien levantó un castillo sobre una de las islas, la que desde entonces se llama Lanzarote. En este archipiélago vivía una rama civilizada del tronco bereber, los guanches, que las modernas fantasías han querido relacionar hasta con los germanos. Estas gentes valerosas defendieron durante varias décadas su independencia contra los intentos de conquista «cristiana», esto es, contra los caballeros franceses, los cuales después de haber agotado sus recursos, solicitaron la ayuda de la corona de España, ofreciendo el archipiélago como feudo. La guerra de exterminio fué comenzada por Bethencourt en Lanzarote en 1402, y en 1496 pasaba a poder de España la isla de Tenerife, la última que se mantuvo libre.

Las primeras expediciones del príncipe Enrique carecieron de resultados apreciables, y hasta 1431 no fueron exploradas las Azores por Gonzalo Velho Cabral. El Cabo Bojador no fué doblado hasta mucho después, por las fuertes corrientes que allí se formaban y por extenderse por aquellos lugares el temible Mar Tenebroso. Se tenía por una positiva realidad que las frías aguas procedentes del Polo se mezclaban con las masas acuáticas de aquellas regiones, mucho más calientes, formándose una espesa niebla que se hacía aún más impenetrable por el polvo del desierto acarreado por los vientos de Levante. También se creía ordinariamente, aunque ya había sido muy discutido por Alberto Magno, en el dogma aristotélico de la inhabitabilidad de la zona tórrida. Por fin, en 1434, el joven Gil Eanes, para reconciliarse con el príncipe, con quien había caído en desgracia, dobló el cabo fatídico y desde entonces amontonáronse los progresos. Vemos en

1434 a Alfonso González en Río d'Ouro y el trópico ; a Nuño Tristão en 1441 en Cabo Blanco, y en 1443 llegó el mismo a la bahía de Arguim, fundándose una compañía mercantil para el desarrollo del comercio en estos países. Dos años después descubrió Diniz Dias el Cabo Verde, cuya abundante vegetación destruyó definitivamente la leyenda de la zona « abrasada ». Varias veces se hicieron también tentativas de penetrar en el interior. Buscábase capturar negros, para después transportarlos a Portugal, no con objeto de maltratarlos, sino para que pudieran servir como intérpretes de los mensajeros. Con tal objeto fué João Fernandes, quien regresó con importantes noticias después de una permanencia de siete años entre los beduinos del Sahara. Después que Alvaro Fernandes llegó casi hasta Sierra Leona, el punto extremo de las navegaciones cartaginesas, se dirigió, en 1457, Diego Gomes al río Gambia, que había encontrado en 1446 Tristão Fernandes, remontando la corriente hasta la plaza mercantil de « Comtor », en el interior, que mantenía un tráfico animado con las costas mediterráneas. El último gran descubrimiento del tiempo de Don Enrique, fué el de las islas de Cabo Verde, cuyo descubridor, según una interpretación, fué el ya mencionado Gomes en unión del genovés Da Noli y según otra opinión — sostenida especialmente por Rackl — el italiano Alvise Cadamosto. Sin duda fué éste quien naufragó en la costa de Sagres en 1445, siendo presentado personalmente al príncipe, y entrando por último a su servicio ; su diario de viaje, que ha llegado a nosotros, parte en su relación original y parte en una traducción, no deja la menor duda de que su autor llegó a esas islas — donde vivían un gran número de palo-

mas silvestres — pasando de allí a la desembocadura del Senegal. Pero según S. Ruge y de Senna Barcello, el verdadero descubridor no fué Cadamosto, sino Da Noli.

Cuando Enrique el Navegante cerró sus ojos en el año 1460, pudo ya considerar realizada una parte considerable de la obra prodigiosa que se había propuesto y, a la verdad, muy pronto se notó una interrupción en la prosecución de la empresa, que de haber seguido mucho tiempo, muy fácilmente hubiera sido peligrosa. Ciertamente que Alfonso V, el sucesor del rey Juan, mostró al principio buena voluntad para continuar el camino señalado con tan buenos resultados, y a excitaciones suyas navegó, en 1462, Pedro de Cintra a lo largo de la costa montuosa de Sierra Leona. Solamente que, luego, la situación del erario público obligó al rey a detenerse y aun así se valió de modo que en 1469 concedió al gran comerciante Fernão Gomes un monopolio mercantil, a cambio de una contribución en marfil y la obligación de hacer explorar todos los años una determinada extensión de costa. De acuerdo con esta condición, João de Santarem y Pedro de Escovar, guiados por el famoso piloto Alvaro Esteras, reconocieron hasta el año 1471 toda la costa de la alta Guinea, hasta las desembocaduras de los ríos Níger y Camerón. Sin dificultad fué atravesado el Ecuador y el punto más meridional conocido fué el Cabo de Santa Catalina, situado a 1° 51' de lat. Sur.

La empresa de los descubrimientos entró en una nueva fase cuando subió al trono Juan II, hijo de Alfonso y soberano de enérgica condición. Una bula papal le concedió el título de «Señor de Guinea», y como tal, ordenó que cada navío portugués se proveyera de hitos de piedra grabados con las armas reales, los «padrões» (pilastras de armas),

para ser colocados en determinados lugares de la costa como señales de dominio. En nuestros días han sido encontrados dos de estos monumentos, sobre cuya significación histórica se han ocupado Cordeiro y Scheppig; uno de ellos es actualmente propiedad del «Museo náutico», de Berlín. Procede del año 1485, en el que según recientes documentos, que se conservan en el famoso Archivo Nacional de Lisboa (Torre do Tombo), tuvo lugar el segundo viaje de Diego Cão. Parece que este personaje hizo dos expediciones africanas, 1482-1483 y 1484-1486, la segunda de las cuales ha alcanzado un punto preferente en la historia de los descubrimientos, porque según opinión general, en ella debió tomar parte un famoso joven alemán.

Martín Behaim, descendiente de una familia de antigua nobleza, nació en Nürenberg, en 1459. Está comprobado que como aprendiz de mercader residió algún tiempo en Malinas y Amberes, y que después marchó a Lisboa, donde fijó su residencia. No consta claramente cuáles fueron los motivos de este viaje, aunque no debe participarse del criterio de extremado escepticismo a que llega E. G. Ravenstein, el autor de la más reciente biografía de Behaim. Hay algunas razones para conjeturar que como los jóve-

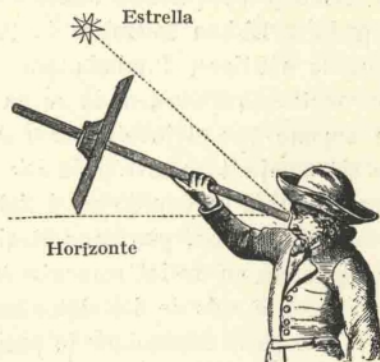


FIG. 4. Determinación del lugar, por medio del bastón de Jacob

nes de las familias principales, había recibido instrucción privada del gran matemático y astrónomo Juan Regiomontano (Müller, de Königsberg en Franconia ; 1436 a 1476), quien residió durante cuatro años en Nürenberg (1471-1475). Todavía carecemos de auténticas explicaciones sobre este particular. Tampoco sobre la importante cuestión de cómo y porqué fué nombrado Behaim a poco de su llegada a Lisboa miembro de la Comisión de sabios en asuntos náuticos, fundada por el rey Juan II («Junta dos mathematicos»), nada se ha resuelto con seguridad; se supone que el joven recién llegado era muy experto en el manejo del «bastón de Jacob» o «bastón de Cruz», que ya había inventado en el siglo xiv el judío provenzal Leví ben Gerson, pero que Regiomontano convirtió por vez primera en un instrumento de gran utilidad práctica, que durante más de dos siglos había de ser indispensable requisito para determinar la posición geográfica de cada lugar; solamente se opone a esto el hecho de que todavía un decenio después, los tratados del arte de navegación no sepan nada del «bastón de Jacob». Es verosímil la sospecha de Gelcich, de que tal nombramiento obedeció a que Behaim llevó a Portugal el primer ejemplar de las famosas *Ephemerides* de Regiomontano, por las que la cuestión más importante para los marinos, el cálculo de la latitud por la declinación solar al Mediodía, encontraba la solución mejor y más sencilla. Las relaciones usuales pasan sencillamente sobre este asunto y se limitan a indicar que Behaim supo ganarse la confianza de las gentes ilustradas de Portugal y por esta causa fué agregado como piloto a la expedición que Cão dirigió a la baja Guinea, y que después de su feliz regreso recibió una

alta recompensa. El comerciante alemán ingresó como caballero en la Orden de Cristo; su ciudad natal le erigió, en 1890, un hermoso monumento, obra del excelente escultor Roesner, donde aparece Behaim con el hábito de caballero de la Orden.

Todos estos datos biográficos, no cabe negarlo, descansan en terreno poco firme. Contra la admisión de Behaim en la Orden Militar, se pronunció Scheppig, porque para el ingreso se exigía el celibato y está demostrado que Behaim era esposo de una portuguesa descendiente de una familia alemana (Hurter). Ravenstein pone en duda hasta el viaje al África; el hábil hombre de negocios no se proponía más que deslumbrar a sus compatriotas, y nunca emprendió el camino del largo viaje por el que le celebra la posteridad equivocada. Esta interpretación aparece como la reacción contra la tendencia anterior; acaso se había concedido hasta ahora una confianza excesiva a las afirmaciones de Behaim, que por eso mismo corren el peligro de ser desechadas totalmente. El modo de ser la vida en Nürenberg, donde se reunían hacia 1490 los más poderosos y expertos comerciantes del imperio alemán, no ha sido caracterizado exactamente por Ravenstein; no parece verosímil que cayeran en baladronadas tan burdas, gentes que mantenían una relación tan animada con los puertos del Sur, y entre quienes corrían todas las noticias de algún interés. Difícil sería asimismo que el emperador alemán hubiera confiado a un charlatán semejante una misión diplomática de importancia; como recientemente ha averiguado R. Stauber, y sabemos también, por lo que dice una carta del crítico de Nürenberg Jerónimo Münzer, que en el año 1493, des-

empeñó Behaim un papel de relieve como « Deputado de nosso rey Maximiliano ». En resumen y prescindiendo de las obscuridades que pueda haber en la historia del hombre de Nürenberg, tenemos la firmísima convicción de que Behaim tomó parte en el segundo viaje de Cão como compañero de éste.

Los navíos equipados por ambos para este viaje, cruzaron el golfo de Guinea, descubriendo de paso la pequeña isla de Annobón — actualmente de España — y a partir de Cabo de Santa Catalina, navegaron hacia el Sur, a lo largo de la costa. A la desembocadura de un caudaloso río, el que Behaim llama « Río de patrón », mientras los indígenas lo conocían por Zaire, fué emplazada la primera fita y penetraron un trecho río arriba. Era el poderoso Congo, donde los habitantes salieron amistosamente al encuentro de los extranjeros. La segunda fita fué puesta en Cabo Agostinho y la tercera en Cabo Negro ; ésta es una de las que se han encontrado en las proximidades de la bahía de Walfisch. Después de diez y nueve meses, la flotilla entraba de regreso en el Tajo.

Vuelto nuevamente a Portugal, vemos que Behaim, después de haber vivido algunos años en las Azores al lado de su suegro, emprendió al comenzar el último decenio del siglo xv un viaje a su patria, donde le reclamaba el arreglo de los asuntos de su herencia. Próximamente permaneció un año en Nürenberg, y allí ejecutó, por encargo de los tres « principales magistrados » de la ciudad (Burgomaestres) Nüssel, Volckamer y Groland, su célebre « manzana terrestre », considerada como el primer globo terráqueo, pues la Antigüedad solamente los conoció en forma esquemática. Este globo se encuentra actualmente en el

Museo Germánico, de Nürenberg; las copias existentes, como indica H. Wagner, no pueden ser consideradas como

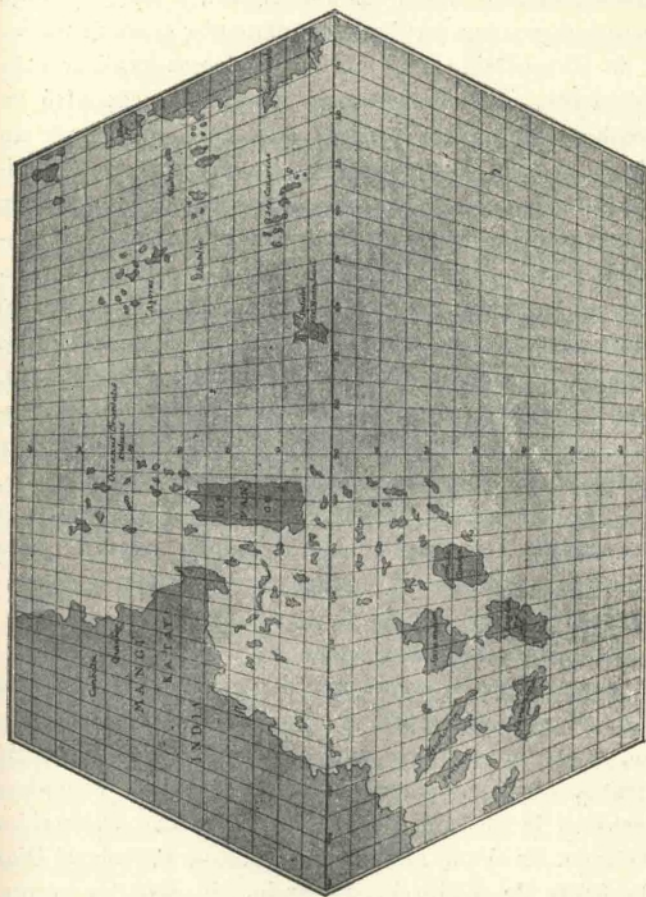


FIG. 5. El Océano Atlántico en el mapa-mundi de Martín Behaim, del año 1492

totalmente despreciables. Como obra de arte de gran valor, nos da el globo una buena idea del estado de conoci-

tos cosmográficos de un hombre culto en el año del descubrimiento de América. Sin duda que se encuentran, especialmente en la representación de África, defectos de todo género que pueden servir de fundamento a las acusaciones de Ravenstein, pero que nos podemos explicar suficientemente, considerando que Behaim no encontró en Nürenberg material científico, y es difícil que para un viaje de negocios llevara consigo las notas de su expedición. En todo caso, las actas municipales nos informan de que las autoridades de su ciudad natal tuvieron su trabajo en gran estima y hasta que instruyó a un joven mecánico en la técnica del globo, lo que más tarde desarrolló un formal género de industria, que se hacía en uno de los arrabales de la ciudad hasta muy entrado el siglo XVIII. Después de haber regresado a Portugal y las Azores, desaparece Behaim totalmente de nuestra vista y solamente sabemos de él que en una visita ocasional que hizo a Lisboa, murió en esta capital el año 1507. Un hijo suyo intentó reanudar las antiguas relaciones de familia, pero no pudo aclimatarse en Alemania, donde, por otra parte, se ha conservado el apellido Behaim hasta nuestros días.

Tampoco encontramos después a Diego Cão, probablemente porque los reyes portugueses tenían el principio de hacer volver a la obscuridad a los hombres de que se servían, acaso para evitar que adquirieran una influencia excesiva. Afortunadamente, tuvo el rey Juan verdadero acierto en la elección de continuadores del descubridor del Congo. En el año 1486 dirigió el rumbo Bartolomé Díaz a la bahía de Walfisch, doblando, sin saberlo, porque había sido arrojado por una tempestad, el «Cabo de las Tormentas» («Cabo Tormentoso»), al que el rey asignó

el nombre, que ha perdurado, de «Cabo de Buena Esperanza» («Cabo de Boa Esperanza»). Este hecho daba la seguridad de que alrededor de África se encontraba el camino marítimo hacia la India, y pronto esta aspiración debía ser realizada.

La perspicacia del rey acogió la segunda parte del plan del príncipe Enrique, de establecer una alianza con el rey cristiano de Abisinia, para emprender de común acuerdo una ofensiva contra los mahometanos. Un primer intento fracasó, pero en 1487, al tener conocimiento del éxito de Díaz, enviósse a Alfonso de Paiva y Pedro de Covilhao, dos mensajeros muy a propósito para este objeto. El segundo se dirigió a pie, después de la muerte de su compañero, por El Cairo, Suez y Adén a los grandes mercados del oriente de la India y embarcando de nuevo pasó al África oriental, llegando hasta Sofala, punto más meridional de su viaje y regresando felizmente a la capital de Egipto, desde donde pudo enviar noticias importantes a Portugal. En un nuevo viaje, llegó hasta Ormuz y por último a Habesch, meta de su actividad. Allí aparece como una especie de prisionero de Estado, tratado con toda clase de consideraciones, pues Rodríguez de Lima que llegó a Choa como embajador treinta y ocho años después, encontró todavía a Covilhao viviendo en plena libertad, pero poco inclinado a abandonar Abisinia. Podemos aceptar con plena seguridad, que un atrevido viaje de exploración apresuró radicalmente la resolución de emprender una expedición directa a la India.

En 24 de octubre de 1495 murió Juan II, después de haber cumplido un papel tan importante, iniciándose una larga decadencia. Esta se hallaba en relación con el descu-

brimiento de América, que mientras tanto habíase realizado, y por el que resurge la rivalidad entre España y Portugal. Para su arreglo, se acudió al más alto arbitraje de la Cristiandad en aquella época, y tras la bula del papa Alejandro VI, se llegó al Tratado de Tordesillas, por el que la superficie de la Tierra repartíase entre los dos reinos ibéricos. Al oeste de un meridiano, el que pasa 370 leguas al oeste de Cabo Verde, extendíase la parte española y al este del mismo la portuguesa. A la verdad, los conocimientos matemático-geográficos de la época, no llegaban a tanto como para hacer efectiva una delimitación semejante, y así el mapa-mundi portugués que describe Hamy, del año 1502, tiene dos equivalencias diferentes y la carta española de Alonso de Santa Cruz dada a conocer por Dahlgren, presenta tres meridianos cero. De todos modos, fué la primera vez que se hizo una partición de la Tierra, tomando como base un punto preciso.

El único hijo de Juan II, había desaparecido del mundo antes que su padre y así correspondió la corona a su primer hermano Manuel, duque de Beja, a quien se designa con el título de « El Grande » y con más justicia « El Afortunado ». Menos genial que su antecesor, tenía una visión clara de las cosas, mostrándose como gobernante enérgico o prudente, según lo exigían las circunstancias. En Vasco de Gama, un noble nacido en la provincia de Alemtejo hacia 1469, encontró el hombre que debía llevar a feliz término la obra hacía tiempo comenzada.

Los trabajos que ha publicado Hümmerich en 1898, con motivo de la celebración del cuarto centenario del gran acontecimiento histórico, han aclarado mucho este asunto, hasta entonces bastante confuso ; este autor asegura que

las « Lendas da India » de Correa, consideradas ordinariamente como la mejor fuente histórica, no merecen esta fama, y que el « Roteiro » que redactó uno de los que tomaron parte en la expedición, constituye una descripción mucho más verídica. El rey Manuel entregó a Vasco de Gama, el hombre de su confianza, a quien, por lo demás, ya había escogido Juan II para este fin, cuatro navíos, de los que uno solamente debía ser empleado para el transporte de provisiones. Como lugarteniente de Vasco, figuraban su hermano Paulo de Gama y Nicolao Coelho ; la tripulación se componía de 150 individuos, encontrándose a bordo intérpretes que conocían el árabe y la lengua bantú. La escuadra salió del Tajo el 7 de julio de 1497, siendo al principio dispersada por una tempestad, pero se reunió de nuevo junto a las islas de Cabo Verde, dirigiéndose entonces a lo largo del arco de la costa occidental de Africa. El 4 de noviembre tocaron en la bahía de Santa Elena, donde hubo un pequeño encuentro con los hotentotes, y después de una larga lucha contra vientos contrarios, doblaron « El Cabo ». Siguieron adelante la ruta de Díaz, y el 16 de diciembre pasaron junto a la última fita de armas que se había emplazado. De nuevo tuvieron que luchar contra los vientos y la corriente violenta de las Agujas, y hasta la fiesta de Nochebuena no pudieron alcanzar un saliente de la costa que ningún europeo había tocado todavía, al que se puso el nombre del día (*dies Natalis Domini : Port Natal-Durban*). Los buques se detuvieron el 11 de enero de 1498 en una excelente rada, a saber, la bahía de Delagoa. Aquí pudieron entenderse con algunos individuos de raza amarilla, pues los intérpretes eran incapaces de comunicarse con los negros. Cuando

alcanzaron el 22 de enero el Zambeze, entraron en una región más accesible de la costa donde dominaban los árabes, pero en la que al mismo tiempo reinaba un clima malsano. El primer contacto directo con los árabes ocurrió en Mozambique, donde se promovió una contienda que tuvo que ser resuelta por las « bombardas » (cañones de los buques). Mejor fueron recibidos los expedicionarios en Mombasa y Melinda, donde llegaron el 14 de abril, y en este último lugar recibieron prácticos para hacer el viaje del Océano Indico, gentes que incluso, como sabemos, podían medir en cierto modo astronómicamente la situación de los navíos.

El 20 de mayo estaban los portugueses a la vista de Calicut, cuyo príncipe brahman, llamado Zamudín o Zamorín, gobernaba un pueblo heterogéneo de hindos — los belicosos naires —, mahometanos y cristianos — nestorianos, tomasitas —. Pronto comprendió Gama que tenía que habérselas con un enemigo, decidiéndose a abandonar el puerto de Calicut, pero no sin haber recogido un rico cargamento y hasta haber erigido una fita en una de los islotes de la costa. También fracasó un ataque del sultán de Goa contra los portugueses, y éstos dejaron sanos y salvos la costa de Malabar, y sin duda porque entonces tenían los monzones en contra, emplearon más de tres meses en el viaje hacia Melinda, luchando difícilmente contra el hambre. El 7 de enero de 1499 llegaron de nuevo a Melinda, cuyo soberano les dió como acompañante a un moro principal.

Todavía en el viaje de vuelta a la patria corrieron algunos peligros. El navío «Raphael», que ya venía muy estropeado, hacía una vía de agua y hubo que entregarlo

a las llamas. Hacia el 20 de febrero doblaban la punta meridional de Africa, y en seguida se dispersaron los buques que quedaban ; así Coelho con el « Berrio », llegaba el primero a Lisboa el 4 de julio. Vasco de Gama tuvo que abandonar su buque almirante, el « Gabriel », en Cabo Verde y dirigirse a las Azores, donde tuvo la desgracia de ver morir a su hermano Paulo, que iba gravemente enfermo. Hacia mediados de septiembre, después de una ausencia de veintiséis meses, aparecía de nuevo ante las costas de su patria, regresando con poco más de la tercera parte de la tripulación primitiva. Pero la notable y difícil empresa, estaba realizada ; se cumplían ochenta y cuatro años desde que Enrique el Navegante había enviado las primeras avanzadas a la exploración del africano Mar Tenebroso. También los provechos materiales de la expedición, eran considerables, pues según una relación alemana, cubrieron los gastos de la « armazion » ; después de la venta de las mercancías acarreadas no solamente pudo indemnizarse el costo de la expedición, sino que todavía resultó un beneficio a pesar de las averías de los buques.

Para comprender exactamente el aspecto financiero de las expediciones índicas, es preciso conocer la calidad



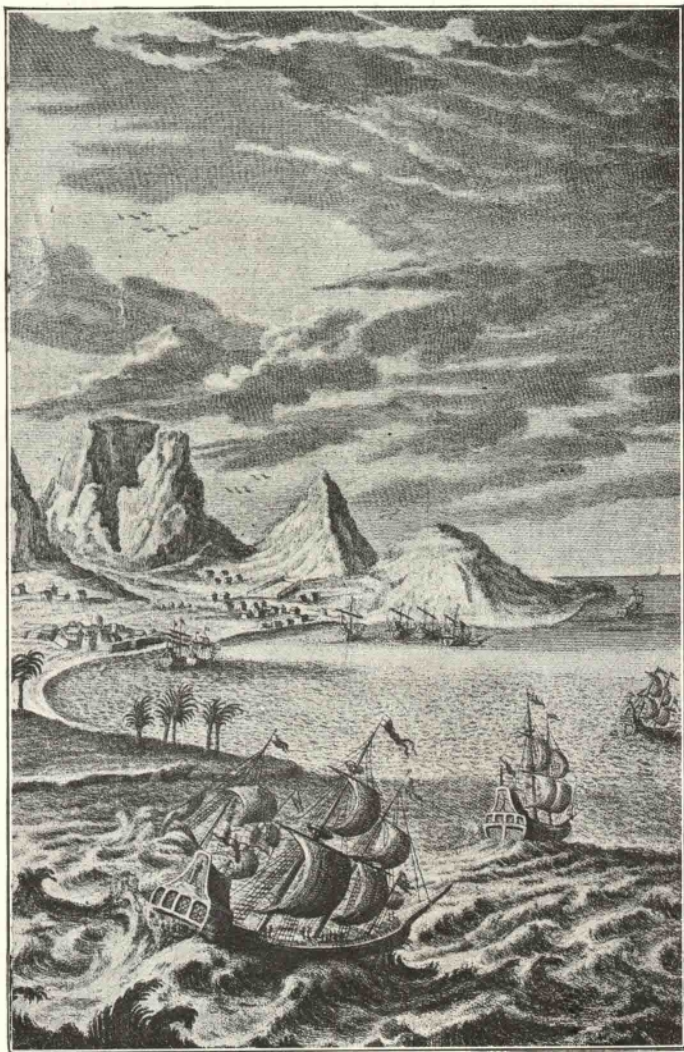
FIG. 6. Marca de la soberanía portuguesa

de los artículos en que consistía este tráfico. Los buques se cargaban de perlas, piedras preciosas, oro y sobre todo especias. Los hombres modernos no podemos darnos cuenta de la significación dominante que tenían las especias en la alimentación de nuestros antepasados, pero la historia de la civilización nos informa acerca de cuán fuertemente se condimentaban los platos que entonces se presentaban a la mesa. Altamente instructivas son a este respecto las cuentas de las bodas de Jorge el Rico, regente de Baviera, con Yadviga de Polonia, que se hicieron famosas por su suntuosidad. Cuando Gama regresó de su segundo viaje, del que pronto nos ocuparemos, descendió el precio de la pimienta hasta una tercera parte, y como los grandes comerciantes disponían a su arbitrio de todos los artículos, tuvo el rey que limitar sus desmesuradas ganancias. Así se comprende que los venecianos, cuyos buques casi exclusivamente se habían dedicado hasta entonces a hacer el comercio de especias, pusieran en juego, cuando empezó a organizarse la concurrencia portuguesa, toda clase de intrigas contra ella. Lunardo Cà da Masser, que permaneció en Lisboa de 1504 a 1506 como comisionado de la Señoría, pero en realidad para informarse de la importación de especias, hubo de ser tratado como espía. Y, efectivamente, desde este momento comienza la decadencia comercial de Venecia y con ella la de la gran República.

Portugal siguió avanzando resueltamente en el nuevo camino. Vasco de Gama, a consecuencia de la razón de Estado que conocemos, quedó provisionalmente relegado a una situación de honrosa indiferencia y hasta se le recompensó tardíamente, pues como prueba Cordeiro, este



Vasco de Gama, grabado extraído de la obra *Le Comte Amiral Vasco de Gama*, por D.^a Maria Telles da Gama.



El Cabo de Buena Esperanza. Grabado de la *Physica sacra*, de Scheuchzer

hombre meritísimo no fué elevado a la dignidad de conde hasta 1519, concediéndosele entonces las dos ciudades de Vidigueira y Villa dos Frades. En su lugar, fué nombrado inmediatamente Pedralvares Cabral, que en el mes de marzo salió con una gran flota para la India; en 1501 le siguió una segunda escuadra al mando de João da Nova. De la desviación de Cabral en el Océano Atlántico, ya hablaremos particularmente y la consecuencia de esta dilación fué que no se llegó a Melinda hasta el 2 de agosto de 1500. Su propósito de concertarse pacíficamente con el Zamorín de Calicut fracasó, pero esto mismo ocasionó que el rajá de la ciudad de Kochin, situada más al Sur, se mostrara favorable a este proyecto, cerrando con Cabral un buen negocio, en el que también participó su colega da Nova. Ambas flotas regresaron a Portugal con un rico cargamento, aunque notablemente disminuído por las averías: pero los informes geográficos fueron de tan insignificantes resultados, que hasta se pone en duda el descubrimiento atribuído a Cabral. Da Nova halló el islote solitario de Santa Elena, que el historiador Barros se imagina colocado por la Providencia precisamente en este lugar, para hacer posible el abastecimiento de aguas y provisiones a las expediciones de la India.

Los esfuerzos portugueses excitaron contra ellos todo el poderío del Islam. El comercio arábigo en el Océano Indico y Mar Rojo amenazaba desaparecer, y especialmente el sultán mameluco de Egipto, temeroso de una fuerte disminución en las abundantes rentas que representaban los impuestos de tránsito, acudió al medio singular de dirigirse a la autoridad del Papa, para contener al rey Manuel. Pero esto fué completamente en vano y no pro-

dujo otro resultado que el rey hiciera particulares preparativos para la cuarta expedición a la India y que ésta fuera puesta bajo la dirección del caudillo más prestigioso, o sea Vasco de Gama. De esta expedición, que salió en febrero de 1502, poseemos una relación original completamente auténtica, debida a la pluma de Tomé Lopes, que iba como contador en uno de los navíos. No se trató entonces de establecer pacíficas relaciones comerciales, sino que el objeto de la expedición era marcadamente belicoso, más acentuado aún por el carácter de Gama, quien recurrió a exterminios innecesarios, como la destrucción de unos buques llenos de peregrinos que iban a la Meca. Por buenas o malas, fueron abarrotados los navíos portugueses rápidamente y el valor del cargamento con que regresó la flota, en 11 de octubre de 1503, era extraordinario. Al mismo tiempo se organizaron los preliminares de un verdadero plan colonizador, por la disposición de factorías fortificadas para la dominación de la costa occidental de la India, y desde este punto de vista hay que considerar todas las empresas realizadas en el tiempo de Don Manuel. Las batallas y los sitios, pasan a primer término. El elemento geográfico tuvo solamente una significación accesoría. Así basta a nuestro propósito hacer una sucinta narración.

La primera factoría fortificada fué fundada en Kochin y en 1503 se sostuvo por el heroísmo espartano de Duarte Pacheco contra el ataque del señor de Calicut, cuya capital fué al año arruinada por Lopo Soares por un bombardeo. Para asegurar la preponderancia política portuguesa, aparece en 1505 Francisco d'Almeida, investido de la dignidad de virrey, quien, llegó con veinte navíos y

el ejército correspondiente. Consiguió destruir la alianza arábigo-índica, y una flota indígena, a la que se unieron los contingentes de las dinastías indígenas, fué decisivamente derrotada por el virrey en 1509, junto al puerto de Diu. La mezquina y astuta política de Don Manuel no vió con agrado que uno de sus vasallos ganara un puesto tan preponderante, y por esto fué llamado d'Almeida a Portugal con todos los honores, pero no volvió a su tierra patria, porque en un desembarco ocasional en la costa occidental de Africa, fué asaltado repentinamente por los hotentotes, y pereció con once de sus oficiales. Era sin duda, de todos los hombres de guerra de la época gloriosa de Portugal, el más honrado, un verdadero caballero sin miedo y sin tacha.

Su sucesor fué el atrevido y vanidoso Alfonso d'Alburquerque, que ya había ido a la India en 1503 y 1506; la segunda vez con Tristán da Cunha, cuyo nombre lleva un islote rocoso del Atlántico. Con Almeida, su jefe, no se llevó entonces en la mejor armonía, porque obraba por cuenta propia en el Oeste y aquél desaprobaba esta dispersión de fuerzas. Socotora fué fortificada; tomáronse Curiate, Mascate y Sohar, y solamente por un salvoconducto del virrey se pudo preservar Ormuz contra la codicia de su subalterno. Pero cuando d'Almeida fué llamado y llegó Fernando Coutinho, en octubre de 1509, con el nombramiento de Alburquerque como capitán general, comenzaron las tendencias de conquista a adquirir cada vez formas más enérgicas. Un ataque contra Calicut, emprendido por ambos caudillos, fracasó completamente y costó la vida a Coutinho, concibiendo entonces Alburquerque, que había quedado con esto libre de trabas,

un plan que fué llevado a cabo con implacable energía. Celébrase a Alburquerque como estrategia genial y era también un carácter noble e íntegro, pero históricamente se nos presenta como un hombre de impetuosa violencia, del temple de Gama, que buscaba enérgicamente alcanzar su objeto a toda costa, sin poder tolerar sobre ello la menor oposición. Así su tiránica inclinación privó a Portugal de uno de sus hombres mejores, Fernando Magallanes, que en un consejo de guerra se manifestó de parecer opuesto a él y por esta causa se vió obligado a dejar el servicio.

Ocurrió esto cuando se trató del asalto de la formidable fortaleza de Goa. El 25 de noviembre de 1510 fué tomada la ciudad, pero solamente a costa de una terrible carnicería. Goa fué convertida en el centro del poderío portugués en la India y así ha permanecido hasta los días actuales. En agosto de 1511 debió caer Malaca, también poderosamente fortificada, donde ya en 1508 Diego López de Segueira había entablado relaciones amistosas con los numerosos chinos que allí vivían. Por último, los birmanos y siameses, después de la destrucción de la dominación malaya, se establecieron libremente en aquella ciudad, al lado de los cristianos. Después de esto, fué obligado el Zamorín de Calicut a permitir la edificación de un fuerte junto a su ciudad, y entonces volvió Alburquerque con todo su poder contra la hasta allí inviolable ciudad insular de Ormuz, que en 25 de marzo de 1515, se entregó por capitulación. En este momento, se hallaba el poderío asiático de Portugal en todo su apogeo. Pero ya se había despertado en Lisboa la envidia contra el dictador y esto produjo su llamamiento, que no le alcanzó en vida. Murió en 16 de diciembre de 1515 y su cuerpo

yace en la capilla por él mismo construida ante las puertas de Goa.

Desde entonces se inicia un lento retroceso. Como capitanes generales, le sucedieron Lopo Soares, de Segueira y Duarte de Menezes ; el último de éstos fué ya nombrado por el rey Juan III, porque Don Manuel había fallecido el 13 de enero de 1521. Estos hombres se mostraron incapaces para aprovechar las circunstancias favorables en la India y como ante todo se trataba de castigar la demolidora inmoralidad de los europeos, decidióse el monarca a enviar allí a Vasco de Gama por tercera vez. El viejo león se disponía con la más firme resolución a barrer el país con férrea mano, pero su energía corporal llegaba a su límite y en 25 de diciembre de 1524 sucumbió a consecuencia del clima mortífero. Sus restos mortales fueron primeramente enterrados en Kochin, y luego trasladados a Vidigueira. De sus seis hijos, cinco habían servido a la patria en el suelo de la India.

Posteriormente, fueron gobernadores Enrique de Menezes, Pedro de Mascarenhas, que ha dado su nombre al archipiélago de Mascarenhas, Nuño da Cunha, García da Noronha. Todavía se consiguió una vez más una espléndida victoria naval sobre los turcos en la batalla de Diu, en 1538, pero solamente con estas hazañas aisladas no podía aspirarse a ningún resultado duradero. En el año 1580 conquistó Portugal Felipe II y sus colonias siguieron la suerte de la metrópoli. España, en vez de tomar posesión de ellas, dejó que se gobernaran por sí mismas y así decayó el poderoso imperio colonial, hasta extinguirse por completo. Malaca y Ceylán fueron ocupadas por los holandeses que sostenían una guerra incesante contra España, y

cuando en 1640 consiguióse la restauración de un reino nacional en Portugal, los establecimientos asiáticos eran ya de escasa utilidad. Solamente cinco posiciones insignificantes recuerdan todavía en nuestros días el antiguo dominio colonial: Diu, en la península de Guzerate; Damao y Goa, sobre la costa de Malabar; Macao, junto a la gran ciudad mercantil china de Cantón, y la mitad de la isla de Timor, de la que la otra mitad pertenece a los holandeses, con Dili como población principal.

Pero ¿hasta dónde se extendieron las posesiones portuguesas del Oriente asiático? Ya desde 1515 recorrían sus buques mercantes la región meridional del Pacífico y en 1517 condujo allí Fernão Peres d'Andrade una gran flota malayo-portuguesa. Jorge de Mascarenhas llegó hasta una gran isla, que denominó la « hermosa » — Formosa — y adquirió informes precisos sobre el Japón. Se culpa a Simón Peres d'Andrade, hermano de Fernando, de haber observado una conducta verdaderamente insensata, haciendo a los chinos objetos de tan graves insultos, que el emperador rompió toda relación comercial y expulsó a los extranjeros. Estos quedaron únicamente en Macao, que se había ocupado por entonces. En una gruta próxima a esta ciudad, debió escribir Camoens, el más famoso poeta portugués, algunos cantos de sus « Lusíadas », de tanta significación para la historia de la época de los descubrimientos. Las islas Bonin (más exactamente Munin; en japonés Muninshima), fueron descubiertas en 1543 por B. de Torres.

El marinero Mendes Pinto pretende haber llegado ya en 1542 al Japón en un buque corsario chino y asegura en la relación de su viaje aventurero, que fué muy bien

recibido con su amigo Diego Peiroto por el Daimio (príncipe) de la isla de Tanogashima. La crítica moderna ha llegado a la conclusión de que en esta narración puede haber un fondo de verdad. En un terreno mucho más firme se apoya el hecho del desembarco del gran misionero San Francisco Javier en la isla de Hondo en el año 1549 y que pudo predicar el Cristianismo — hasta 1551 — con el mayor éxito. Llegó éste a tal punto, que los jóvenes japoneses de la nobleza no temían hacer la larga travesía de Europa, sin más objeto que ofrecer sus respetos al Pontífice. Pero pronto estalló, no tanto por motivos religiosos como por motivos patrióticos, un odio terrible contra cristianos y extranjeros; la religión católica fué exterminada con extraordinaria saña; los españoles y portugueses no pudieron atreverse a aparecer en lo sucesivo en el reino insular. Los holandeses conservaron todavía un tráfico comercial muy limitado, desde su islote de Desima situado fuera del puerto de Nagasaki, pero sujetos a condiciones verdaderamente humillantes, y sin poder penetrar apenas en el interior. La primera descripción auténtica sobre el Japón que circuló por Europa, fué un escrito de Bernardo Varenius (1649), basado principalmente en fuentes holandesas y a éste siguió la meritisima obra de Engelberto Kaempfers (hacia 1700). En el lejano mundo insular de la India posterior, monopolizaron los portugueses casi exclusivamente el comercio de especias. La pimienta, el jengibre, la canela, el cardamomo, podían obtenerse también fácilmente en el Indostán, pero la patria del clavo, mucho más codiciado, estaba en el Extremo Oriente, y así fué enviado en 1511 Antonio de Abreu, desde Malaca hasta las Molucas. El descubridor

de estas islas no fué, como se dice ordinariamente, Francisco Serrão, sino Luis de Varthema. La dominación portuguesa en el archipiélago, como resulta de una visita de inspección de Tristán de Meneses en 1518, fué rápidamente organizada, y hacia 1520 eran ya conocidas las más importantes descripciones geográficas sobre las islas malayas. El nombre de Célebe (sin « s ») aparece por vez primera, según Foy, en Duarte Barbosa. Ya en 1529, el navegante normando Parmentier se hizo a la vela hacia Sumatra, por encargo de su principal el comerciante de Dieppe D'Ango. El rey Manuel puso especial empeño en encontrar las islas del oro y de la plata, que por vagas indicaciones de Plinio y Solino se situaban en la región de las pequeñas de la Sonda, pero tanto los portugueses, como después los holandeses, no pudieron dar con ellas. En uno de estos viajes de exploración, perdió la vida Diego Pacheco.

No podemos dejar de mencionar que desde los primeros tiempos aparecieron en la India comerciantes alemanes. La flota de Almeida iba acompañada de navíos mercantes equipados por genoveses y florentinos, así como también por casas mercantiles de Augsburgo, pero no figuraba ningún veneciano. Bien conocidos son los Welser, Fugger, Hirschvogel, Imhof, que hicieron asociados excelentes negocios, mientras que la firma Höchstatter tuvo que declararse en quiebra por sus especulaciones demasiado atrevidas sobre la pimienta. Los Welser tenían hábiles agentes en Lisboa, como Simón Seiss y Lucas Rem, autor éste de una autobiografía notable en la historia de la civilización. Baltasar Sprenger (¿Springer?) y Hans Mayr, hicieron el viaje a la India (1505) como sobrecargos y nos

han legado notas de gran valor, especialmente las del primero — publicadas nuevamente por F. Schulze, — conocidas con el título de « Expedición marítima ». Posteriormente, desistió el capital alemán por motivos mercantiles de las empresas ultramarinas en este campo, para dirigirse más resueltamente a otro, como veremos.

III. Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo

Algo después que los portugueses, comenzaron los españoles a tomar parte en los descubrimientos y conquistas de Ultramar, pues hacia 1490 no habían concluido todavía de dominar las islas Canarias. La causa de este retraso dependía ante todo, aparte de la guerra contra los moros, de la necesidad de que antes se constituyera la unidad de España, que al fin se realizó desde que la reina Isabel de Castilla dió su mano al rey Fernando de Aragón. Sin un impulso extraño, no parece que este gran Estado de la Península Ibérica hubiera querido figurar en la serie de conquistadores de países. Pero este impulso llegó.

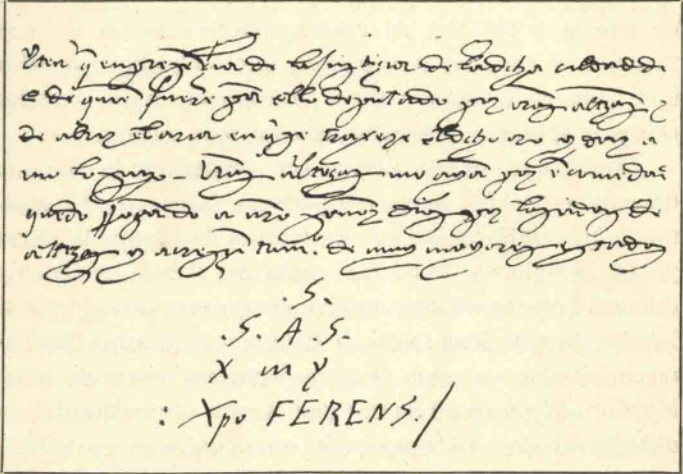
Que América no había sido descubierta en la Antigüedad, consta con toda seguridad, si bien incluso significados filólogos han formulado de pasada toda clase de hipótesis. Está absolutamente probado el descubrimiento y colonización — de cortísima duración, — por parte de los antiguos normandos. Si los pescadores vascos de ballenas pudieron llegar por casualidad a América en sus lejanas correrías al Noroeste, es cuestión que debe quedar en suspenso por falta de documentos precisos. A su vez, los portugueses, desde que se habían posesionado de las Azores, intentaron repetidas veces informarse acerca de la existencia de una

tierra en el Oeste, porque constantemente eran arrojados a la playa productos naturales y hasta objetos verdaderamente extraños. Harrisse ha confirmado que en la época precolombina salieron con este objeto, pero sin resultado alguno, Diego de Teive en 1452, el duque Fernando de Beira en 1457, Juan Vogado en 1462, Ruy Gonçalves en 1472 y Fernando Telles en 1475. Pensábase, como todavía da a entender Mercator en 1569, en la posibilidad de que la Atlántida, de Platón, pudiera al fin ser una realidad, y para los humanistas, que no podían concebir que nada en el mundo fuera desconocido a sus amados clásicos, apareció esto como la cosa más natural.

Hasta qué punto pueda ser verdadera la opinión defendida por los modernos autores franceses, especialmente por Gaffarel, de que los buques de Dieppe llegaban ya en el siglo xv hasta las costas del Brasil, es todavía difícil de precisar debiendo permanecer un poco indecisos. Los nombres de Jean Cousin y Paulmier de Gonneville aparecen citados en estas relaciones por sus viajes de 1488. Mucho más verosímil parece que el gran comerciante Jean d'Ango, al que ya conocemos como hombre verdaderamente emprendedor, comenzara a comerciar desde 1504 con Brasil y Terranova; los estudios de Gaffarel aceptan este espíritu de empresa sin la menor dificultad.

Realmente, el verdadero descubridor del Nuevo Mundo fué el ligur Cristoforo Colombo, llamado por los españoles Cristóbal Colón, conocido también por el nombre latino de Columbus. No todas las circunstancias de su vida han sido ilustradas todavía suficientemente, y la incertidumbre comienza ya respecto a la época y lugar de su nacimiento. El año 1446 señalado por d'Avezac como fecha de su

nacimiento, parece muy verosímil. Los corsos le consideran como hijo de su isla y en Calvi enseñan su casa natal. No parece esto razonable, según Harrise, y así debe desecharse del mismo modo que las pretensiones de las ciudades costeras de Savona, Cogoleto y Nervi. Colón procede más bien de la gran ciudad marítima de Génova, donde su padre, que ciertamente se trasladó después a Savona,



Don y enpresente de la signoria de la dicha ciudad
 de que fuer por el dize de por un algar
 de algar el cual en la signoria de la dicha ciudad
 me lo que - un algar me lo que por la ciudad
 que el signoria de la dicha ciudad por la signoria de
 algar y algar de la dicha ciudad y algar
 .S.
 .S. A. S.
 X m y
 : Xpo FERENS. /

FIG. 7. Autógrafo de Colón

vivía como tejedor; un documento del año 1472 le designa como hijo de un «lanarius de Janua». No aparece comprobado por ningún testimonio auténtico, que estudiara después en Pavía, si bien la circunstancia de que Colón poseyera una cierta educación científica, puede ser explicada de este modo. De cualquier manera que esto sea, es lo cierto que se dedicó muy pronto al mar, que al principio no pasó del Mediterráneo y acaso se refiera a él un docu-

mento descubierto por Gelcich, en el que las autoridades marítimas de Venecia avisan sobre la existencia de un « pirata » Colombo. Luego sirvió el futuro descubridor en navíos ingleses y hasta parece — según dice la « Vida del almirante » compuesta por su hijo (?) — que en uno de estos viajes llegó hasta Islandia. Consta con seguridad que hacia 1481 marchó a Portugal, tomando parte en un viaje a Guinea, y que contrajo matrimonio con una dama de buena familia (de apellido Macedo) y con ella se trasladó algunos años a la isla de Portosanto.

Allí se dedicó a reunir cuantos informes llegaron hasta él, sobre la existencia de una lejana tierra occidental y al estudio de las obras de Literatura que estaban a su alcance, para formarse una idea de la configuración de la superficie terrestre. Elter ha descrito con profundo acierto los trabajos y esfuerzos de Colón para concertar las concepciones de la Antigüedad y de la Edad Media. Un misticismo enérgicamente desarrollado, le guió tanto como sus lecturas científicas y de esto procede que en todos los retratos que conservamos de este hombre notable, de los que el mejor es el del gran pintor español Rincón, aparezca más con una fisonomía de místico que de afortunado aventurero. En la « Bibliotheca Colombina », de Arbolí Faraudos, se hace resaltar entre las obras consultadas por Colón entonces y después, las cuatro siguientes : Marco Polo *De consuetudinibus et condicionibus orientalium regionum*; Petrus Martyr d'Anghiera, *De orbo novo decades* (la primera sobre la nueva época); Eneas Silvio (el Papa Pío II), *Historia rerum ubique gestarum*; cardenal d'Ailly (Alliacus), *Imago Mundi*. Tres escritos de carácter más o menos geográfico, fueron sus principales consejeros. En primer término, como él mismo declara, apreciaba

la « Imagen del Mundo » de d'Ailly, uno de los últimos escolásticos, que constituía un excelente resumen sobre el estado de los conocimientos cosmográficos al desaparecer la Edad Media, y principalmente de esta fuente sacó la convicción de que siendo la esfera terrestre relativamente pequeña, entre las costas occidentales de Europa y la isla Zipangu situada en el Oriente de Asia—fruto de la lectura de Marco Polo—, la distancia no podía ser muy grande. Algunos pasajes de Séneca y el libro apócrifo de Esras, le sirvieron como oportuna confirmación de esta opinión. Este desconocimiento de la realidad, muestra claramente cómo un error puede ser a veces provechoso ; pues si Colón hubiera conocido la verdadera distancia entre las costas occidentales del Atlántico y las orientales del Pacífico, hubiera podido considerar como imposible el plan que de hecho convirtió en principio regulador de toda su vida. Ciertamente, que las interpretaciones usuales en aquellos momentos le eran completamente favorables, como cuando tuvo conocimiento de una carta que el sabio italiano Toscanelli había escrito ya a Lisboa en 1474 y que coincidía plenamente con el círculo de sus preocupaciones.

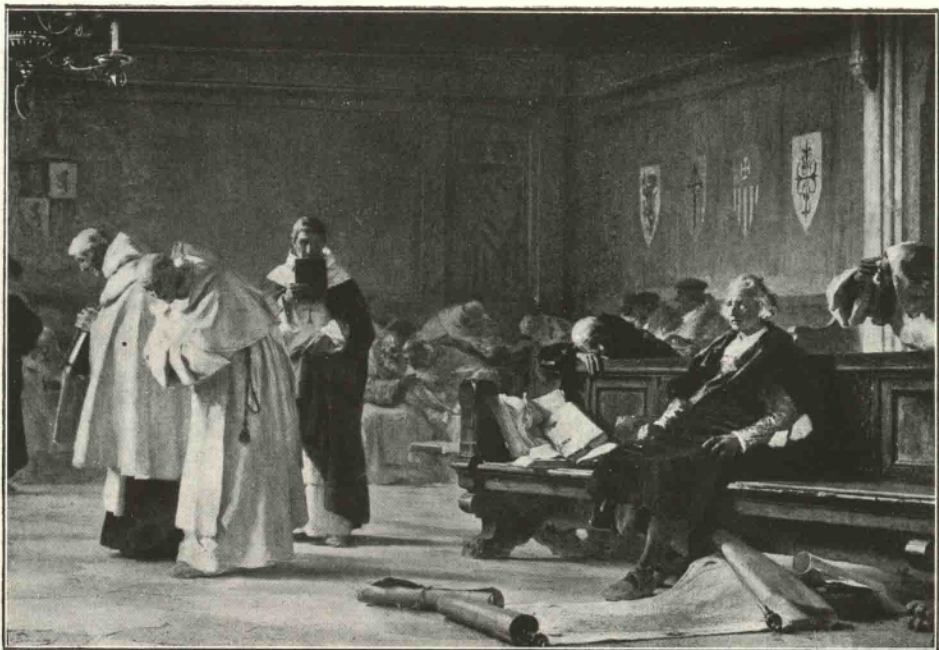
No debemos pasar en silencio que recientemente Della Rosa y H. Vignaud han puesto completamente en duda la existencia de este escrito, con lo que naturalmente nuestra interpretación sobre lo que Colón era y quería, debía ser desechada. En una gran obra que ha aparecido en 1911, hace Vignaud propaganda de su nueva doctrina y se vuelve con acritud contra aquellos que no quieren reconocerle como a un verdadero « iconoclasta ». Niega también Vignaud que haya ejercido un influjo dominante

sobre la actividad de Colón el examen de ningún proyecto científico; asegura en cambio que un viejo marino, del que desgraciadamente carecemos de noticias directas, le comunicó la especie del descubrimiento de un país, y de ello resultó casualmente el descubrimiento de una nueva parte del Mundo. Si esta singular hipótesis ha sido rechazada con toda energía por parte de los autores alemanes e italianos, no ha sido por los motivos que sospecha su autor, sino sencillamente porque todas las relaciones consideradas hasta aquí como de probada autenticidad histórica, no pueden ser destruidas por semejante extravagancia. Volvemos, pues, a la primera versión.

Paolo dal Pozzo Toscanelli (Paulus Florentinus, Paulus Physicus), era un astrónomo de gran cultura. Nacido en 1397, murió en 10 de mayo de 1482, según ha averiguado Uzielli en los registros parroquiales de Florencia, y era por consiguiente un hombre de edad avanzada cuando dirigió al capellán de la corte de Lisboa Fernão Martines la carta latina que ha encontrado Harrise. Razones geográficas le llevaron al convencimiento de que entre Portugal y Zipango el camino terrestre era más largo que la ruta marítima. Calculó el valor de la medida del radio terrestre como más pequeña del que tiene en realidad y no sabía que Ptolomeo en su determinación de la diferencia de longitud entre Cattigara y las islas Afortunadas había incurrido en un gravísimo error. El astrónomo florentino acompañaba su misiva de un mapa-mundi, que debía ser según H. Wagner, una carta de proyección plana, en la que meridianos y paralelos aparecían equidistantes. El informe y el mapa, como Toscanelli deseaba, fueron presentados al rey, para que éste dispusiera el envío de una expedición al

Oeste; la carta del alemán Münzer, antes mencionada al ocuparnos de Behaim, coincidía con estas mismas ideas. Aunque creíase que Juan II no se empeñaría en una nueva y tan lejana empresa, y mantendría firmemente su negativa, todavía volvió a ser solicitado con toda urgencia. Quien así lo hacía era Colón, que mantenía relaciones directas con Toscanelli y era exhortado por éste a alcanzar la gloria de la propagación del Cristianismo en los países más remotos. Tales ideales encontraron en Colón un vivo eco y así se presentó en el año 1483 al rey Juan II con la petición de que aceptara sus planes; como sabemos, fué completamente en vano. Obedeció esto a que las autoridades científicas del Estado aconsejaron al príncipe la repulsa, cosa que no puede censurarse, porque precisamente tenía que resolver por entonces Portugal grandes empresas en la costa occidental de Africa. En todo caso, Colón ofendido profundamente, volvió la espalda al país que no quería comprenderle; posiblemente, fué también impulsado a transponer las fronteras por otros motivos menos confesables.

Acompañado únicamente de su hijo Diego, marchó Colón a España, donde pronto alcanzó la poderosa protección del duque de Medinaceli y del contador mayor de la corte de Castilla, Luis de Santángel. Sin embargo, sus asuntos no prosperaron con mucha rapidez y es conocido, que en la asamblea científica de Salamanca reunida por orden de la reina, se discutieron los particulares argumentos de Colón, que aunque no fuera hombre saturado de ciencia, estaba firmemente convencido de la esfericidad de la Tierra; pero la asamblea, aunque no totalmente, en parte por su jactancia y en parte también



El Consejo de Salamanca rechaza los planes de Colón.
Cuadro de Barabino en el Palacio Orsini, de Génova



Embarque de Colón en el puerto de Palos. Cuadro de R. Balaca, en el Museo de La Plata

por la confusa relación que hizo del asunto, dió aparentemente la razón a sus adversarios. Así, únicamente algunos miembros del alto colegio se pusieron de su parte y la reina se contentó con darle buenas esperanzas. No podía tampoco aceptar ningún plan de tanta importancia, pues ya había comenzado la guerra contra Granada, última fortaleza del Islam en suelo español. Hacia fines del año 1491 estaba Colón tan impaciente, que adoptó la resolución de abandonar España y ofrecer sus servicios al rey de Francia.

Había elegido para su embarque el pequeño puerto de Palos, situado en el extremo Sudoeste de España. En las proximidades de la ciudad, estaba el convento de franciscanos de Santa María de la Rábida y allí se realizó el cambio brusco que nos describe J. Rein. El P. Antonio de Marchena, hizo entrar al extranjero como huésped en el convento, y una vez allí instalado, frecuentó el trato con el médico García Hernández, muy reputado por sus conocimientos cosmográficos, consiguiendo con esto Colón atraer completamente de su parte a estos dos hombres. Marchena, que de antiguo era muy conocido en la corte, envió allí un emisario, quien llegó precisamente en la época más favorable; Granada estaba a punto de entregarse, ocurriendo este suceso en enero de 1492. Con esto se abrieron nuevos horizontes al proyecto hasta entonces detenido y después que fueron vencidas algunas dificultades que surgieron, accedió la reina Isabel al cumplimiento, sino de todas, por lo menos de la mayor parte de las condiciones: Santángel adelantó personalmente la suma necesaria para el equipo de tres navíos; no se piense por ello que esta era muy elevada, pues ascendía a 1.140,000

maravedises, que según S. Ruge equivale a unas 37,500 pesetas. El libro de cuentas de la casa Pinzón, confirma este extremo. Ciertamente que hace 500 años el valor del dinero era distinto al de la actualidad.

Como punto de partida se escogió el puerto de Palos, en consideración a que allí vivía una influyente familia de navegantes, los Pinzón, que ya se habían interesado en el proyecto de hacer una grandiosa expedición al Oeste. Ciertamente que sin su ayuda apenas hubiera conseguido Colón su objeto, pero al fin los Pinzón se pusieron bajo su guía y dirección y es una verdadera injusticia que se haya postergado sus servicios a los de sus ayudantes. Pronto estuvieron aparejados en el puerto tres embarcaciones — que para el concepto de un hombre moderno resultaban muy pequeñas, — a saber : el navío almirante, « Santa María », llamado primitivamente la « Gallega » y que había sido construído en el puerto gallego de Pontevedra ; la « Pinta », al mando de Martín Alonso, y la « Niña » que lo mandaba Vicente Yáñez Pinzón. La totalidad de las tripulaciones, sumaba unos 120 individuos.

El día 3 de agosto de 1492 tuvo lugar la salida de Palos y el 6 de septiembre de Canarias, donde la pequeña flota tuvo que detenerse para reparar averías. Es sabido que el almirante tuvo que luchar con el desaliento y hasta con verdaderos motines de sus subordinados, y parece imposible que la intrepidez de este hombre llegara al extremo de estar, no obstante, siempre atento a la observación de la naturaleza que le rodeaba y pudiera realzar los importantes descubrimientos que hizo. Observó las variaciones climáticas, que le seguían siempre en su avance hacia el Oeste ; descubrió el error de la brújula y

sus cambios locales, que trató de explicarse con singular acierto; reconoció las masas de algas (sargasso), que flotaban en el mar, que a la verdad ya habían sido descritas en la Antigüedad por Scylax y Avienus, pero que por entonces eran desconocidas. La declinación magnética, a lo menos en Alemania, como ya hemos apuntado, había sido ya apreciada por los constructores de compases, pero esta prioridad no disminuye el mérito de Colón, que tampoco debe desmerecer por sus exageradas descripciones botánicas, como las de las algas que pinta como obstáculos a la navegación.

Luchando con dificultades de todo género, marchábase lentamente hacia adelante; numerosos indicios de la existencia de tierras, se debieron considerar como engañosos, y cuando ya amenazaban al almirante serios peligros por la actitud de la tripulación, se consumó el decisivo acontecimiento, el 12 de



FIG. 8. Llegada de Colón a la isla de Guanahani. (Según un grabado español que se presume contemporáneo)

octubre de 1492. La pequeña isla de Guanahaní, que se mostraba a la vista de los expedicionarios, pertenecía al grupo de las Bahama; a cuál de estos numerosos islotes coralinos deba referirse es una cuestión dudosa todavía, a pesar de que numerosos autores — como Becher, Varnhagen, Pietschmann, S. Ruge — se han esforzado en esclarecerla. Con los mayores motivos de verosimilitud, se supone que la Guanahaní de los indígenas y San Salvador del descubridor, sea la isla de Watling, aunque debemos reconocer, con S. Ruge, que acaso nunca se pueda encontrar una prueba rigurosa de esta afirmación, si bien todavía menos de lo contrario.

Los afables y pacíficos seres que habitaban aquel islote, fueron designados por Colón, que suponía haber llegado a la « India », con el nombre de « Indios » y así nacieron las inexactas expresiones de indios e Indias Occidentales que se han mantenido hasta nuestros días. Después de tocar en otras muchas islas, llegó la expedición el 28 de octubre a un extenso territorio; era la isla de Cuba, que según su equivocada preocupación, creyó Colón que se trataba de Zipango. Una manifestación de esta verdadera idea fija, fué que trató a los caniba, los enemigos de los isleños de Bahama, esto es, en realidad los caribes (caníbales), como « vasallos del gran Khan ». Los emisarios del almirante fueron bien recibidos en todas partes, pero trajeron únicamente, fuera de algunos aderezos de oro, las yerbas de « tabaco », con las que los indígenas formaban rollos que solían encender, surgiendo de este modo el hábito de fumar. En busca de otras regiones de más civilización, encontraron luego la isla de Haití, que recibió el nombre de Española. En sus costas sufrió la « Santa

María » sensibles averías, y como al mismo tiempo la « Pinta » se había alejado arbitrariamente, quedó solamente la humildísima « Niña », incapaz para recoger los efectos salvados y las tripulaciones ; una parte de éstas se quedó allí para constituir la guarnición de una factoría, el primer puesto colonial del Nuevo Mundo. Al regresar Colón con la mezquina embarcación que le quedaba, una verdadera cáscara de nuez, corrió serios peligros, llegando hasta arrojar él mismo al mar una relación de su viaje, para que en caso de perecer pudieran llegar a Europa noticias de sus descubrimientos. También en las Azores y después cuando entró en el Tajo, no del todo voluntariamente, le amenazaron obstáculos importantes por parte de los portugueses, aunque al fin pudo continuar libremente su camino gracias a la lealtad del rey Juan II y así, ancló al fin Colón el 15 de marzo de 1493 en el mismo puerto de Palos de donde había salido siete meses antes. Casi al mismo tiempo, llegaba también la « Pinta » que desviada por una tempestad, tuvo que arribar a un puerto del Norte de España.

El viaje triunfal del descubridor desde Palos a Barcelona, donde por entonces estaban los dos reyes, ha sido descrito frecuentemente. Al glorioso recibimiento contribuyeron en gran manera los indios y rarezas tropicales que llevaba consigo. De aquella fecha procede el supuesto lema del escudo de armas de Colón : « A Castilla y León, Nuevo Mundo dió Colón ». Algunos escépticos pretendían que el verdadero objeto del viaje no había sido alcanzado ; entre éstos figuraba el ya citado Pedro Martyr, según la opinión de Bernáldez, hombre avisado, no menos que de carácter, quien ya por entonces mostraba sus

prevenciones, a pesar de la corriente general y no dejaba de tener sus dudas de que se hubiera llegado a Zipango o al verdadero Catay, como no mucho después se demostró. Colón se contentó con la estimación general; a entonces debe referirse la anécdota del huevo, ocurrida en un banquete que se celebró en su honor.

Como consecuencia del regreso de Colón, se concluyó el tratado de Tordesillas, ya mencionado anteriormente. Mientras se llevaban a cabo las negociaciones, hacía Colón los preparativos de su segundo viaje, para el que se le confió una magnífica flota de diez y siete navíos. El 25 de septiembre, hacíase a la vela desde el puerto de Cádiz, tomándose una ruta más meridional y descubriéndose gran número de islas de la cadena de las pequeñas Antillas: Dominica, Marigalante, Guadalupe, Antigua, San Martín y Santa Cruz, todas ellas pobladas por salvajes, pero inteligentes caribes. Desde Puerto Rico, se dirigió Colón hacia Haití, donde al llegar se encontró con la colonia destruida, el fuerte de madera desmantelado y la guarnición asesinada. Puso los cimientos de un nuevo establecimiento y marchó en busca de aquel «país del oro» que su acompañante Alonso de Hojeda quería haber descubierto como el «Ophir» de la Biblia. Confiando a su hermano Diego los beneficios de las minas de oro, se embarcó hacia el «continente asiático», esto es, Cuba; en el camino descubrió Jamaica, la cuarta de las grandes Antillas. La terquedad del almirante llegó a tal extremo, que obligó a firmar a su gente un documento, por el que declaraban encontrarse en la provincia china de Mango, aunque entre ellos había quienes sospechaban el verdadero estado de la situación. Entre éstos estaba el piloto Juan de

la Cosa, cuyo mapa de los nuevos descubrimientos ha sido desenterrado por A. de Humboldt del polvo de una biblioteca de París; este mapa procede del año 1500 y deja percibir sin la menor duda la naturaleza insular de Cuba. La verdad, solamente pudo ser ahogada por estas medidas de rigor. Gravemente enfermo regresó Colón a Haití, donde se encontró con la agradable sorpresa de ver a su hermano Bartolomé, que había sido enviado con tres navíos como Adelantado. Entregándole el mando, Colón emprendió el camino de regreso y sin incidente alguno, pudo anclar en Cádiz el 11 de junio de 1496.

También esta vez fué espléndidamente recibido en la corte de los reyes, pero poco a poco comenzábase a comprender que se estaba muy lejos de haber sido alcanzado el objetivo de establecer una comunicación directa por mar, con los países asiáticos del oro y de las especias. Así encontró el almirante muchas dificultades en sus deseos de volver a su mundo ultramarino y solamente después de insistentes reclamaciones, pudo dejar Sevilla y la desembocadura del Guadalquivir, en 30 de mayo de 1498, pero esta vez nada más que con seis buques. La mitad de éstos los mandó a Haití desde las islas Maderas y solamente con los otros tres, se dirigió a la isla de Trinidad y luego al delta del Orinoco; era la primera vez que pisaba el continente americano. Ante la imponente masa de agua de la « boca del Dragón », se empeñó en la extravagancia de corregir los principios de la geografía matemática que hasta entonces había mantenido tan tenazmente y creer que la esfera terrestre debía tener un abultamiento local, la « cúpula del mundo », donde precisamente hacía nacer los cuatro ríos del Paraíso. Al volver a Haití, se encontró

con un estado de cosas bastante desagradable, pues un cierto Francisco Roldán había levantado bandera de rebelión contra Bartolomé Colón. Las quejas contra Colón hicieron que viniera desde Madrid Francisco de Bobadilla, con plenos poderes para informarse de la situación; pero tan pronto como llegó se puso de acuerdo con Roldán y ambos hermanos, cargados de cadenas, fueron conducidos a Europa como prisioneros de Estado. Cuando el buque que los conducía llegó a Cádiz en noviembre de 1500, fueron inmediatamente puestos en libertad y consta seguramente que los monarcas se disgustaron, porque su antiguo protegido hubiera sido tratado tan injustamente, volviéndole a su gracia. Bobadilla fué llamado, y con Roldán llegóse hasta encarcelarle, y el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, recibió el encargo especial de restituir a Colón sus bienes privados. Solamente que por el mero hecho de nombrar un nuevo gobernador, se sintió el descubridor gravemente ofendido y puso en juego todos sus recursos para que se le indemnizase a su satisfacción. El viaje a la India, de Vasco de Gama, le dió ocasión para adquirir el compromiso de llegar hasta el país de las especias por el lado opuesto, y realmente sirvió esto de motivo para que pudiera hacer el 9 de mayo de 1502 un cuarto y último viaje; pero, desgraciadamente, con medios totalmente insuficientes.

Esta vez pensaba no detenerse en las Antillas y tocar solamente de paso en la Española. Así ocurrió, y a la verdad, tenía bien pocos motivos para detenerse allí, porque Ovando, si no francamente hostil, se mostraba respecto a él muy reservado. Tuvo, sin embargo, la satisfacción de que el buque que conducía a sus dos enemigos Roldán y Boba-

dilla — suerte que se pretende que había sido pronosticada por el almirante — fuera destruido por una tempestad. Colón dirigió constantemente el rumbo hacia el Oeste, tocando en la isla de Guanaya situada ante la costa de Honduras y llegando poco después a la misma tierra firme de América Central. Aquí entró en contacto con la civilización, tan independiente y original, de los mayas del Yucatán, con lo que naturalmente volvió a sus antiguas preocupaciones. Siguiendo siempre la costa, buscaba dar con los países que habían divulgado Marco Polo y Eneas Silvio, y aseguraba que las regiones de Chiriqui y Veragua debían corresponder aproximadamente con la Cattigara de Ptolomeo. Veragua sobre todo, se le aparecía como un territorio de gran riqueza aurífera, y su atrevida fantasía hacía de este país el Chersoneso de oro de los griegos, esto es, la península de Malaca. Cada vez más desesperaba a Colón el triste estado de sus navíos, por cuya causa, al llegar al golfo de Darien, se hizo el viaje de regreso una inaplazable necesidad. Llegó a Jamaica con tres navíos completamente estropeados, y allí se vió obligado a dejarlos abandonados en la playa. En esta isla fué donde Colón consiguió impresionar a los indios que le hostilizaban con la predicción de un inminente eclipse de luna (29 de febrero de 1504), con lo que él y su gente pudieron abastecerse de provisiones. Algunos hombres temerarios fueron en una canoa a pedir auxilios a Haití y después que Ovando puso a su disposición un buque de socorro, regresó el gran descubridor a España en noviembre de 1504 como un pobre náufrago.

Con esto, había terminado definitivamente su misión. Obedeció su retirada a que en aquel mismo mes falleció

su protectora la reina Isabel, y su esposo, que consideraba ya la cuestión desde un punto de vista financiero, sentía enfriados sus entusiasmos por las empresas ultramarinas. Colón alcanzó el merecido honor de ser recibido como grande de España ante la corte, en Segovia, en mayo de 1505, pero no pudo conseguir el reconocimiento de sus derechos al Virreinato de las Indias. Su muerte ocurrió en Valladolid el día 21 de mayo de 1506. Allí fué depositado su féretro provisionalmente, pero la inquietud característica de su vida le siguió después de su fallecimiento y así fueron trasladados sus restos a Sevilla en 1513, luego a Santo Domingo en 1550, después a la Habana en 1796, para ser conducidos nuevamente a Europa en 1898, cuando se arrebató a España la « perla de las Antillas ».

No pueden menos de reconocerse en este hombre ciertos rasgos desagradables, como por ejemplo, sus pretensiones desmesuradas, que en verdad no se compaginaban mucho con su humilde procedencia. Su orgullo y su codicia, son difíciles de disculpar; la afirmación de que murió en la pobreza, es también absolutamente insostenible, como ha probado Duro. Colón vivió en posición desahogada: sus hermanos Diego y Bartolomé ocuparon en Haití, hasta su muerte, altos cargos oficiales. Su único hijo legítimo Diego, que falleció en 1526, consiguió en un pleito el título de « Almirante de Indias ». Su hijo natural, Fernando, educado con todo esmero, reunió en Sevilla la famosa « Biblioteca Colombina ». Si es el autor de la « Vida del Almirante », no muy acabada como fuente histórica, no se ha resuelto con seguridad.

Colón no fué propiamente un hombre de ciencia, a pesar de que poseía una cierta cultura literaria. Faltábale

para ello sentido crítico y tenía por la letra de molde tal superstición, que la aceptaba como verdad indiscutible en todas circunstancias. Maravillábase de no haber encontrado en su primer viaje las islas fabulosas, que también Behaim señalaba en su globo por aquella misma época. Solamente cuando se libertaba de sus doctrinas librescas y observaba por sí mismo atentamente la Naturaleza, se mostraba muy distinto de cuando se guiaba por alguna autoridad. Así, reconoció exactamente la gran corriente ecuatorial y sospechó con mucho acierto que el primitivo istmo de unión entre el norte y sur de « Asia », se debió convertir por la acción de los mares en un cordón de islas. También en lo que dice respecto a los indios y su condición, demostró su talento perspicaz. Ahora que su constante propensión a lo maravilloso y su respeto por las obras impresas, no le dejaron observar el mundo libremente. Su concepto del mundo, como podemos ver por el mapa de Bartolomé Colón — descubierto por F. von Wieser — es completamente opuesto a la realidad. Ya hemos recordado que hacia 1500, había roto Juan de la Cosa con el dogma de la identidad del Nuevo Mundo con el Asia y no mucho después Cantino y Caneiro consideraban a Cuba, según dice Gallois, como una isla independiente, rodeada de numerosos pequeños islotes.

Según esto, ya Colón permanecía aislado de sus contemporáneos y es verdaderamente chocante cómo en su tiempo se citaba su nombre tan raramente y se desconocían sus méritos. Entre los pocos autores que de él se ocupan, debemos citar especialmente al médico de Nürenberg, Jobst Ruchamer, a quien pertenece un folleto que se caracteriza por sus grotescos intentos de traducción al

alemán. Llama a Colón « Cristoffel Dauber » y es designado como « Asombro de los mares » (Almirante del Mare). En la apreciación general de sus contemporáneos, figura el genovés muy por debajo de un aldeano italiano, que fué mucho mejor comprendido por sus explicaciones sobre los descubrimientos. Los viajes del florentino Américo Vespucci aparecieron divididos en cinco partes ; para justificar su éxito, baste decir que la relación de estos viajes fué dirigida en forma epistolar a su célebre amigo Lorenzo de Médicis y que pronto se propagaron en traducciones latinas y alemanas. Así, entre 1508 y 1513, el prior de los benedictinos Bussbach asegura en su notable diario que el descubridor de un mundo hasta entonces desconocido, no es otro que el « español » Americus Vespuccius. Su libro de las *Quator Navigationis* fué de general conocimiento entre todos los que se interesaban por los descubrimientos. A estas gentes, pertenecía Martín Waldseemüller (Hylacomylus), rector de un colegio de la villa actualmente francesa de Saint-Die (*urbs Sti. Deodati*), nacido en 1475 en Radolfzell, junto al lago de Constanza ; este autor, en unión de Lud y Ringman, se preocupó mucho de la publicación y corrección de la colección cartográfica de Ptolomeo. En un breve sistema de Cosmografía, que publicó en 1507, se ocupa en el capítulo IX del descubrimiento de una nueva parte del mundo, a la que propone que debía llamarse América, « la tierra de Americus ». También conservamos mapas originales de Waldseemüller y dos cartas de este autor que se consideraban perdidas, han sido publicadas en 1904 por J. Fischer y F. von Wieser ; la carta marina, lleva asimismo la signatura América. A connaturalizar todavía más esta denominación, contribuyó prin-

principalmente el mapa-mundi (Colonia aus Rhin, 1510) del humanista suizo Glareanus (Loritis aus Mollis, en el cantón de Glaris), donde, como señalan Oberhummer y Elter,

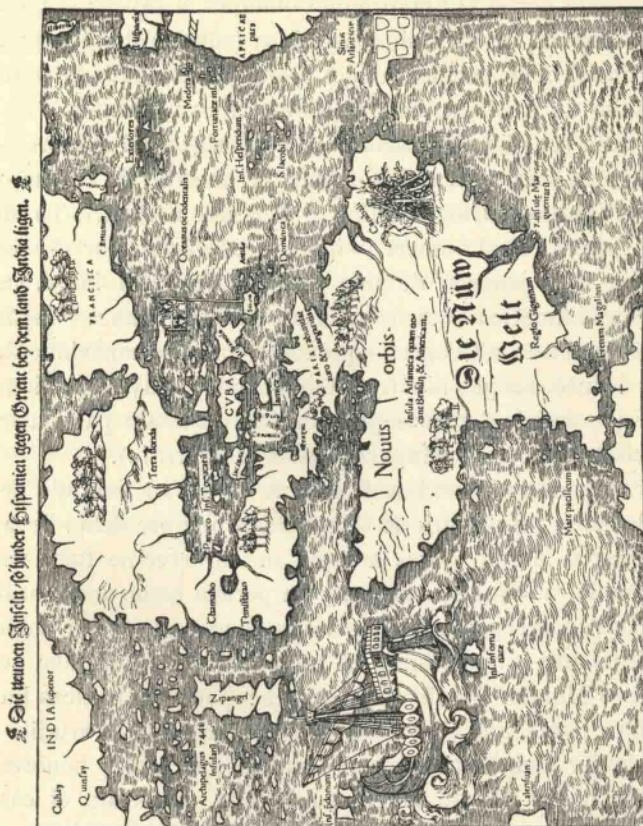


Fig. 9. Carta de América sacada de la Cosmografía de Sebastián Münster.
Edición de 1550

aparece ya una «Terra America»; siguiéronle en este camino Vadianus, Schoener, Stobnicza, Peter Apiano (1520), quienes por libros, mapas y globos propagaron

eficazmente y dieron a este nombre carta de ciudadanía, de tal modo, que hasta hoy no había sido discutido. Colón fué definitivamente olvidado ; solamente tres países han adoptado por él el nombre de Colombia, a saber : el territorio federal de los Estados Unidos (con Wáshington) ; el territorio más occidental del Dominio del Canadá y un Estado de América del Sur (antes Nueva Granada).

Esta sencilla explicación sobre el origen del nombre de América, confirmada históricamente, ha sido, sin embargo, discutida por varios eruditos — J. Marcon, Pinart, Th. de St.-Bris, J. H. Lambert — quienes aseguran, por el contrario, que procede de una designación local india, un monte « Americ » o un territorio « Americapana ». Ningún historiador de la Geografía que tenga un claro conocimiento del asunto, acepta hipótesis tan atrevida, cuya frivolidad ha sido suficientemente probada, de un modo particular, en un trabajo de L. Hugues (Casale-Monferrato).

Algunos se lamentan de que no se hayan honrado debidamente los méritos de Colón, cuyo nombre debía llevar el Nuevo Mundo. Pues aunque su carácter no fuera intachable, aunque su cultura y su pericia como navegante no fueran excepcionales, puede sostenerse esta tesis : Colón únicamente y nadie sino él, pudo ser el descubridor del Nuevo Mundo. En efecto : las preocupaciones críticas hubieran contenido la osadía exploradora de un erudito ; cualquier simple aventurero codicioso de oro y honores, podía haber llegado al Nuevo Mundo siguiendo el casi conocido camino marítimo de la India, en vez de atravesar un océano de superficie inmensa. Pero lo cierto es que Colón reunía para ello las indispensables cualidades : creencia fatalista en su propia estrella, convencimiento

firme y preocupación por el problema, además de los conocimientos necesarios para llevar a la ejecución el plan proyectado. Sin su tenacidad inconvencible, que le hacía volver siempre a su idea fija, seguramente no hubiera realizado su pensamiento; aparte de que su terquedad en afirmar el fantasma asiático, no constituyó ciertamente un obstáculo para el progreso geográfico.

Hemos considerado oportuno estudiar reunidos los cuatro viajes del gran genovés, que abarcan un espacio de doce años. Durante este tiempo y como complemento de estos viajes, se hicieron otros muchos descubrimientos importantes; pero nos parece preferible dejar todas estas hazañas que los conquistadores españoles y portugueses realizaron durante un siglo en América, para formar un capítulo quinto. Mas, en primer término, debemos ocuparnos de otro de los grandes sucesos de navegación, que no desmerecen de las hazañas del descubridor de América, por el que fué revelado otro gran océano, que debe figurar al lado de los mares que surcaron Colón y Vasco de Gama.

IV. La primera vuelta al Mundo y la apertura del Mar del Sur

El convencimiento de que, dada la forma esférica de la Tierra, podía ser recorrida toda entera en un viaje que se hiciera siempre en la misma dirección, era una de las preocupaciones constantes de Colón, y sobre todo en su cuarto viaje hizo notables esfuerzos para encontrar un paso en los mares de América Central. Tampoco Vespucci puso nunca en duda que se pudiera llegar desde América al Oriente de las Indias. Pero hasta doce años después de la muerte de Colón no entró esta cuestión en un aspecto nuevo y definitivo.

Ya nos hemos referido incidentalmente a Fernando Magalhães (en latín, Magellanus), nacido hacia 1480 en Tras-os-Montes, provincia septentrional de Portugal. Como joven oficial, se distinguió frecuentemente en la India bajo el mando de Almeida, pero disgustado con el despótico Alburquerque por la causa que se ha dicho, fué por este motivo trasladado al ejército de África. Ahora que tampoco aquí le fué la suerte favorable, pues fué gravemente herido y además cayó en desgracia con el rey Manuel, posiblemente instigado por el virrey. A consecuencia de su herida se vió obligado a dejar el ejército con una



Alegoría de los descubrimientos

(Dibujo de Ara)



s de Américo Vespuccio
us, 1521)

EDITORIAL LABOR, -S. A.

mezquina pensión, y cuantas solicitudes presentó para su aumento le fueron contestadas negativamente. Se retiró entonces a una vida obscura y bajo la dirección del eclesiástico Ruy Faleiro, se dedicó a estudios de cosmografía. Una carta de su antiguo amigo Serrão, que había tomado parte en la mencionada expedición de Albuquerque a las islas de las Especies, le sugirió una idea que maduró en su aislamiento y llegó a convertirse para él en una verdadera preocupación. A la verdad parecía que estas islas pertenecían a la zona española, según el tratado de Tordesillas, y no creyendo, por tanto, que faltaba a ninguno de sus deberes con la patria, formuló Magallanes el propósito de hacer la oferta de sus proyectos al rey de España. Abandonó Portugal y se trasladó a Sevilla en septiembre de 1517 con sus amigos Ruy Faleiro y Cristóbal de Haro, por ser esta ciudad el asiento de la Casa de Indias, esto es, la autoridad competente para todos los asuntos que se relacionaban con el Nuevo Mundo. Fué allí bien recibido y en el año 1518 se encontraba en Valladolid, donde por aquella época tenía su residencia el emperador Carlos V, cerrándose las negociaciones. Los portugueses se esforzaron entonces en hacer fracasar el proyecto, pues consideraban exacto lo que decía Pedro Martyr, cuando escribe: « De concluirse con éxito el negocio, vendría a nosotros el comercio que Portugal hace con Oriente. » Pero Magallanes y el Gobierno español se mantuvieron firmes, y los poderes que se concedieron al primero, eran ilimitados. Ciertamente, que también eran necesarios, como pronto se verá.

Desde el punto de vista geográfico, el éxito de la importante empresa estaba completamente en el aire, pues nadie podía asegurar si realmente existía un paso para

atravesar el continente americano. ¿No podía ocurrir que separando los dos hemisferios oriental y occidental se extendiera de polo a polo un cinturón terrestre? Esta sospecha no podía ser calificada de absurda, tanto más, cuanto que la parte de la superficie terrestre ocupada por las aguas se consideraba entonces mucho más pequeña que la terrestre. Y de todos modos, Colón no había podido encontrar ningún paso. Dominaba, sin embargo, la idea de que más al Sur, aunque lo cierto es que en vano había sido buscado por Solís en 1514, debía existir un estrecho, y el mismo Magallanes que había de demostrar luego que no era más que una fábula, vió en Lisboa una carta trazada por Behaim, en la que se señalaba este estrecho a los 40° de latitud Sur. Parece también comprobado, según Wieser, que el estrecho citado se señala en un mapa-mundi de Leonardo de Vinci de 1515 y en el globo terrestre de Juan Schoener, y puede asegurarse que Magallanes, de acuerdo con los dos pilotos Jorge y Pedro Reinel, que como él se habían pasado del servicio de Portugal al de España, y a quienes, según las investigaciones de Hamy, se había elegido como consultores científicos del asunto, participaba de la opinión general. El itinerario marítimo de Este a Oeste para llegar hasta las Molucas, dibujado en el mapa de ambos Reinel, debía ser decisivo para Carlos V.

Sobre el viaje de Magallanes, es muy interesante la meritoria monografía de O. Koellikers, y muy recientemente, ha encontrado W. Vogel un manuscrito portugués de un tal Oliveira, nacido en 1507, que legó a la posteridad la relación auténtica de un desconocido que tomó parte en la expedición. Cinco navíos se aprestaron en Sevilla

para este viaje ; según nuestro criterio, causa verdadero asombro la insignificancia de la totalidad de las dotaciones, que apenas llegaban a la de uno de nuestros buques modernos de la ruta de la India. Componíase la tripulación de 239 personas, que podía entonces parecer una cifra suficiente, pero, en cambio, la organización sanitaria y de los almacenes de provisiones no podían satisfacer ni siquiera las modestas exigencias de la época de los descubrimientos. En lugar del astrónomo Faleiro, a quien se esperaba nombrar, fué alistado como primer piloto el italiano Pigafetta, cuyo diario de viaje constituye la más importante narración del viaje marítimo más grandioso y temerario que nunca se haya emprendido. El día 20 de septiembre dejaron los expedicionarios la desembocadura del Guadalquivir e inmediatamente comenzaron las rivalidades nacionales de los capitanes españoles contra el jefe portugués, si bien las rigurosas medidas tomadas por éste, impidieron por algún tiempo que sobreviniera el rompimiento. El estero del río de la Plata les hizo concebir falsas esperanzas, y como tampoco más al Sur se abría ninguna perspectiva, hubo necesidad el 31 de marzo de 1520, de empezar los preparativos para la invernada — la primera que se conoce en la historia de la Geografía —. Tuvo lugar en el puerto de San Julián, a la latitud meridional no muy elevada de $49^{\circ} 15'$, pero en la costa patagónica el clima es bastante duro y las tripulaciones comenzaron a murmurar : « Este portugués nos lleva a todos a la perdición », decían. Se produjo una abierta rebelión, en la que todavía Magallanes consiguió mantener su autoridad ; para desembarazarse de él, pensaron sus enemigos asesinarle a sangre fría haciéndole juzgar por

un consejo de guerra formado por el segundo capitán y un par de los jefes de la revuelta, con pretexto de haberles traído a aquella costa inhospitalaria. Aun logró Magallanes escapar de esta muerte casi segura, en tanto que uno de los buques amotinados, que había abandonado traidoramente la flota, fué capturado y después enviado a España.

Cerca de cinco meses tuvieron que permanecer en el puerto de invierno, construyendo chozas para resguardarse hasta que la estación permitiera continuar la navegación. Casi al principio, encalló uno de los buques, el « Santiago », y a consecuencia de esta pérdida, solamente tres navíos, el « Trinidad », el « Concepción » y el « Victoria », pasaron el angosto y sinuoso estrecho, que al fin había encontrado Magallanes el 21 de octubre. Frecuentemente, se tuvo la impresión de que era una especie de callejón sin salida, pero el 28 de noviembre de 1520 corrían los buques por un mar libre inmenso, de cuya existencia ningún geógrafo tenía conocimiento.

Durante los últimos meses de la invernada, se había estado en contacto constante con los indios, que a causa de los gigantescas proporciones de algunos miembros de su cuerpo, calificó Magallanes con el nombre de patagones (« pies grandes »). Durante la travesía del estrecho, conocido a partir de aquel acontecimiento como estrecho de Magallanes, no se vió a ningún indígena, pero las grandes hogueras encendidas delataban su existencia, por lo que las extensas islas situadas al sur del canal, se llaman desde entonces « Tierra del Fuego ». Todavía hoy se observa lo mismo en estos lugares, como hacen notar Ch. Darwin y E. Nordeńskiöld.

No sabemos si los españoles pudieron apreciar que su nuevo mar era idéntico al que ya habían visto en 1513. Navegóse al principio a lo largo de la costa (chilena) y alejándose después de ella, padecieron los expedicionarios lo indecible, bajo la tortura del hambre. Únicamente Magallanes no se desalentaba y declaró que prefería comer la suela de sus zapatos a regresar. Es ciertamente increíble que navegando su escuadra por toda la Polinesia y Melanesia, nada más que dos islotes tuvieran a la vista — Pukapuka y Flint Island, según Meinecke —. Finalmente, se arribó el 6 de marzo de 1521 a un archipiélago, que Magallanes, a causa de la gran habilidad de sus habitantes para el robo, llamó Islas de los Ladrones. Posteriormente recibió el nombre de Islas Marianas, en honor de una reina de España.

Durante tres días estuvieron estas islas a la vista de la pequeña flota, que muy pronto echó anclas en un gran grupo de islas — archipiélago de San Lázaro, según Magallanes, islas Filipinas en la nomenclatura posterior —. Llegábase a países de nueva civilización, la arábigo-malaya, en las proximidades de los establecimientos portugueses. Frecuentemente hubo necesidad de entrar en relaciones con los indígenas, con grandes precauciones, y la habilidad de Magallanes fué tanta, que algunos príncipes de las islas se pusieron de su parte, convencidos de que el poderío del rey de España sobrepujaba al de Portugal. El sultán de Zebú llegó hasta a dejarse bautizar, porque estaba seguro de que con la protección del jefe español se enseñoraría de las islas vecinas. Efectivamente, le reconocieron vasallaje algunos cabecillas, pero los belicosos habitantes de la isla de Matan, rehusaron hacerlo y pagar



FIG. 10. Magallanes. Grabado de la obra de Dapper *Le nouveau Monde inconnu*. Amsterdam, 1673

el tributo. Atrevida y valerosamente, como siempre, se ocupó Magallanes de dominar la resistencia, y con un puñado de soldados se trasladó en canoas a la isla. Pero allí fué atacado con enorme superioridad y cayó cubierto de heridas después de un heroico combate.

Este fué el fin del gran hombre, cuya memoria, a pesar de algunos lunares, figura a la altura de la de los más grandes conquistadores. Su cuerpo fué abandonado a los enemigos y entonces el príncipe de Zebú, destruida la leyenda de que los españoles eran invencibles, arrojó la máscara y declaró su hostilidad contra ellos. El sucesor de Magallanes, Juan Serrano, cayó vivo en sus manos. En su lugar, pasó el mando a López de Carvalho — posiblemente el autor de la relación antes mencionada — y Gonzalo Vaz de Espinosa, que condujeron los restos de la expedición, según Brunei, desde Mindanao y Palaván al norte de Borneo. Allí fueron diezmados los supervivientes por una nueva y sangrienta guerra, hasta que pudieron encontrar algún descanso en Tidore. Pero entonces les amenazó otro género de peligros por parte de los portugueses establecidos en la próxima isla de Ternate, que previamente habían recibido desde Lisboa el encargo de detener los buques de Magallanes. No obstante, el gobernador dejó de cumplir enteramente el encargo, apoderándose al regreso solamente de uno de los navíos, aunque a la verdad con un rico cargamento, y muy pocos de los españoles que quedaban pudieron ver de nuevo el suelo de su patria. La nave «Victoria» que mandaba Sebastián de Elcano, tomó afortunadamente la ruta en dirección de África, por Buru, Timor y Nueva Amsterdam, alcanzando el continente negro en las inmediaciones de

Fisch-River. De nuevo hicieron sentir los portugueses en Cabo Verde su enérgica enemistad, por lo que Elcano rápidamente levó anclas, y el 6 de septiembre de 1522 llegó al puerto de Sanlúcar. Si bien tuvo la « Victoria » que arrojar al agua una porción del abundante cargamento de especias, los ingresos que produjo la parte que trajo, cubrieron todavía los gastos de la expedición.

Los supervivientes que regresaron a la patria, fueron con justicia tratados como héroes. A Elcano se le concedió el derecho de llevar un escudo de armas simbólico, cuya cimera representaba un globo con el siguiente lema : *Primus circum dedisti me* « tú fuiste el primero en dar la vuelta a mi alrededor ». Entonces ocurrió un interesante episodio matemático-geográfico. Encontrábanse los expedicionarios con que estaban retrasados un día entero con respecto a Europa, siendo así que en el minucioso diario de viaje que había llevado Pigaffeta no podía encontrarse ningún error. La discusión entre los técnicos, llevó al conocimiento de un secreto, cuya realidad ya había sido dos siglos antes explicada acertadamente por el árabe Abulfeda. Se trataba sencillamente de que al hacer un viaje de circunnavegación siguiendo la dirección Este, se ganaba un día, mientras que los que siguieron la dirección Oeste, perdían un día. Este último era el caso de Magallanes y Pigafetta. De esto procede que para corregir tal inconveniente, en los viajes en torno de la Tierra se hace necesaria la costumbre de la moderna navegación, por la que todos los buques al pasar el meridiano límite — se ha aceptado por convención el meridiano de Greenwich — cuentan dos veces el mismo día o saltan un día, según los casos.



Alegoría de los descubrimientos

(Dibujo de Stradanus)



de Magallanes

(521)

EDITORIAL LABOR, S. A.

Universidad Internacional de Andalucía

Otra consecuencia se derivó del viaje de Magallanes, que luego se convirtió en una importante cuestión geográfica, a saber, la existencia de una tierra austral, asunto del que modernamente se han ocupado von Wieser, Raynaud y S. Ruge particularmente. En las representaciones de la superficie terrestre de Schoener y Leonardo, se señalaba una inmensa masa de tierras alrededor del Polo Sur, y esta representación fantástica, que Mercator quiso justificar con argumentos matemáticos, se mantuvo hasta que fué destruída por las exploraciones antárticas de Cook. Las noticias de Vespucci, de las cuales se ocupó la revista alemana *Zeitung aus Presilly Landt*, impresionaron también a Schoener, quien en el año 1520 establece la distinción entre una parte considerable del continente sudamericano, con la designación de « Brasilia sive Papagalli » y el continente austral, que llamó « Brasilia inferior ». La última fué identificada después del viaje de Magallanes con la isla de la Tierra del Fuego, la que, por ejemplo, en el mapa-mundi del matemático francés Oronce Finé del año 1531, figuraba como una gigantesca excrescencia circumpolar. Las noticias sobre la primera « vuelta al mundo », fueron dadas a la publicidad rápidamente y entre los impresos que alcanzaron mayor propagación, figuran la epístola de Maximilianus Transilvanus *De Moluccis insulis* y un escrito explicativo que acompañaba el ingenioso globo terrestre de Schoener *De nuper sub Castiliae et Portugaliae regibus serenissimis repertis insulis ac regionibus*. Ambos proceden del año 1523.

Aunque no inmediatamente, la primera vuelta al mundo tuvo una segunda repetición. Francisco Drake, que la realizó (1577-1580), no se proponía al principio

ejecutar un plan tan extenso, sino solamente continuar sus ataques contra las flotas y colonias españolas, avanzando siempre hacia el Oeste. El primero que conscientemente siguió las huellas de Magallanes, fué el holandés Joris van Spilbergen (1614-1617). Le siguieron casi en seguida sus compatriotas van Schouten, van Noorts y Le Maire, los que en el año 1616 emprendieron un viaje, aunque no fué elegido el estrecho de Magallanes, sino que doblaron el extremo meridional del Continente y Cabo de Hornos, descubriendo la tierra y el paso que después se han llamado de Le Maire. En las Molucas, acertaron a reunirse con Spilbergen. Ya en el siglo xvii comienzan a hacerse frecuentes los viajes de circunnavegación, y perdieron por completo su carácter de hazañas marítimas extraordinarias.

La cuestión de las Molucas, para cuya decisión el arreglo de Tordesillas era insuficiente, se convirtió por entonces en una manzana de discordia entre España y Portugal. La Junta de Badajoz, que se reunió en abril y mayo de 1524 para hacer una determinación de límites más precisa, se disolvió sin conseguir su objeto, porque las comisiones de los dos Estados no se ponían de acuerdo respecto a la diferencia de longitud entre Cabo Verde y las islas de las Especies. A causa de esto, tuvo que encomendarse a la fuerza la última palabra.

En primer término, fué enviada una flota española, bajo el mando de García Jofre de Loaysa, a las islas descubiertas por Magallanes, en cuyo armamento participó con una importante suma la casa Fugger. Con grandes fatigas, se atravesó el estrecho de Magallanes; uno de los navíos quedó aislado de la flota, pero ganó en arribada for-

zosa un puerto mejicano. Loaysa y su adelantado Elcano, sucumbieron a causa de las privaciones, que también en este viaje soportaron los expedicionarios y solamente un corto número de españoles pudo arribar a Tidore el 1.º de enero de 1527. Pero no les fué posible regresar, como tampoco a una escuadra de socorro que condujo desde Méjico Alvaro de Saavedra, a causa de los vientos desfavorables, mientras que proseguir el viaje atravesando las colonias portuguesas, parecía imposible de realizar. Así permanecieron en Tidore los españoles como bloqueados, y solamente les restaba el recurso de aceptar una capitulación para que se les permitiera volver a su patria, siguiendo la ruta de África. El emperador Carlos V, al que reclamaban los acontecimientos de Alemania y con urgente necesidad de dinero, no pudo continuar sus planes relativos al Asia, sino que por un tratado concluído el 22 de abril de 1529, cedió las Molucas definitivamente a la Corona de Portugal.

Más al Norte quedaron todavía a España extensos territorios que podían ser dominados desde tierra mejicana — que desde hacía diez años se había convertido en española —. El primer ensayo de este género, tuvo un éxito desdichado, pues el barco de Grijalba naufragó en 1536 y su tripulación se hubiera perdido sin la ayuda portuguesa. El archipiélago de Galápagos fué por entonces descubierto por Tomás de Berlanga, pero no se ocupó; no se recibió con menos indiferencia el hallazgo de Revillagigedo por Ruy López de Villalobos, si bien, como excelente punto de escala, fué muy frecuentado en los viajes del Pacífico. Esta expedición de Villalobos, trajo resultados importantes; se dirigió por los archipiélagos de

Carolinas y Palaos, hasta el grupo de islas donde Magallanes había alcanzado la muerte. En honor del príncipe heredero, recibieron estas islas el nombre de Filipinas. Pero su suerte no estaba todavía asegurada. Los intentos de llegar hasta Méjico realizados por La Torre y de Retes, fracasaron; el primero fué obligado a volver desde las islas Bonin, y el segundo desde una gran isla, que llamó Nueva Guinea. El mismo Villalobos se vió en la necesidad de rendirse al gobernador portugués de las Molucas, y contentarse con que se facilitara a su gusto el regreso de sus hombres a Europa, divididos en grupos. Villalobos murió a consecuencia de una enfermedad contraída en la isla de Ambón. Hacia 1564, comenzó seriamente la colonización de las Filipinas. Cuatro navíos se hicieron a la mar desde Acapulco, mandados por Miguel López de Legazpi, al que acompañaba Francisco Andrés de Urdaneta, en calidad de primer piloto. Después de haber concluido Legazpi la sumisión de Zebú, se eligió la isla de Luzón, más apartada de la esfera de intereses portugueses, como base principal de la colonización. Urdaneta fué el primero que resolvió el problema de cruzar el Océano Pacífico, siguiendo la dirección occidental-oriental, para lo que era necesario, aprovechando la naturaleza de los vientos « monzones », seguir primero la dirección Norte y llegar hasta muy cerca de las costas japonesas, para entrar en la zona de los vientos regulares. De este modo pudo establecerse una comunicación duradera entre América y el Asia Oriental, sin que fuera preciso restringir la navegación a seguir siempre una misma ruta.

Así se estableció fácilmente la dominación española en Filipinas, aunque en ninguna isla penetrara muy al

interior. Legazpi murió después de algunos éxitos en 1572, y encontró un excelente sucesor en Juan de Salcedo (1572 a 1576), quien destruyó por completo una flota china que trataba de apoderarse de Manila, la capital. La enemistad de Portugal no causó ya más recelos, pues en 1580 fué convertida la metrópoli en provincia española. En cambio, surgió un nuevo y peligroso enemigo en los Países Bajos, que por entonces habían declarado su independencia ; pero la mayor parte de sus empresas coloniales, caen fuera del límite de la época de los descubrimientos.

Con mucha lentitud se fué explorando el sur del Gran Océano. El primero que se distinguió en esta zona, fué el hábil marino español Juan Fernández, quien llegó hasta el grupo de islas que lleva su nombre — Más a tierra y Más a fuera —, que pobló, no con hombres, sino con cabras. « Más a tierra » es la conocida isla de Robinson, cuya historia curiosísima ha descrito S. Ruge. En la segunda mitad del siglo xvii se estableció en ella un indio mosquito semicivilizado, llamado Robin, cuyo voluntario aislamiento fue compartido después por un marino que llegó a la isla, el escocés Alejandro Selkirk. Este episodio fué el fundamento de la popular novela de Defoe, que arregló J. Campes y que traducida a todos los idiomas importantes, alcanzó el más alto grado de difusión. Del nombre de Robin, hízose el de Robinson.

En un segundo viaje, acaso llegara Juan Fernández hasta Nueva Zelanda, aunque no ha sido posible determinar su alcance exacto a pesar de los trabajos de Major. El nuevo puerto peruano del Callao, de donde salió Juan Fernández, era por su ventajosa posición, como dice Lorscheid, el punto natural de partida de todas las expedicio-

nes de descubrimientos en el Mar del Sur, y por este motivo, se buscaba averiguar su situación geográfica con toda la precisión posible. Sarmiento calculó en 1578 la diferencia de longitud entre Lima y Sevilla, con solamente tres grados de error, falta que para aquella época era insignificante. En enero de 1567, dejó Alvaro Mendaña de Neyra el puerto del Callao, y avanzando hacia el Oeste, encontró una supuesta hilera de islas muy ricas en oro, en las que quería ver el « Ophir » del rey Salomón ; de esto procede su nombre de archipiélago de Salomón. Mendaña tocó también al regreso en el archipiélago de Marshall. Un cuarto de siglo transcurrió hasta que se hizo un nuevo intento para recorrer las islas Salomón, pero Mendaña no pudo determinar su situación concreta y fué necesario contentarse con el descubrimiento de las islas Marquesas, donde por vez primera se conoció el árbol del pan ; también tocó esta expedición, a lo que parece, en Wanikoro. Mendaña murió durante el viaje, y el primer piloto Pedro Fernández de Quirós, regresó con la escuadra a Acapulco. Todavía no se ha podido resolver hasta qué punto influyó en los innegables servicios prestados por Mendaña, su segundo Pedro de Sarmiento, hombre de gran cultura científica.

En diciembre de 1605 entregó el virrey del Perú a Quirós, creyendo con esto hacer un nombramiento acertado, el mando de una flotilla para establecer relaciones directas entre América del Sur y Filipinas. Cruzó por el archipiélago de Pomotú, tocó de paso en la gran isla Sagittaria, que acaso sea la de Tahití, y llegó a otro grupo de islas, que por lo regular se ha identificado — aunque contra la opinión de Markham — con el archipiélago al que

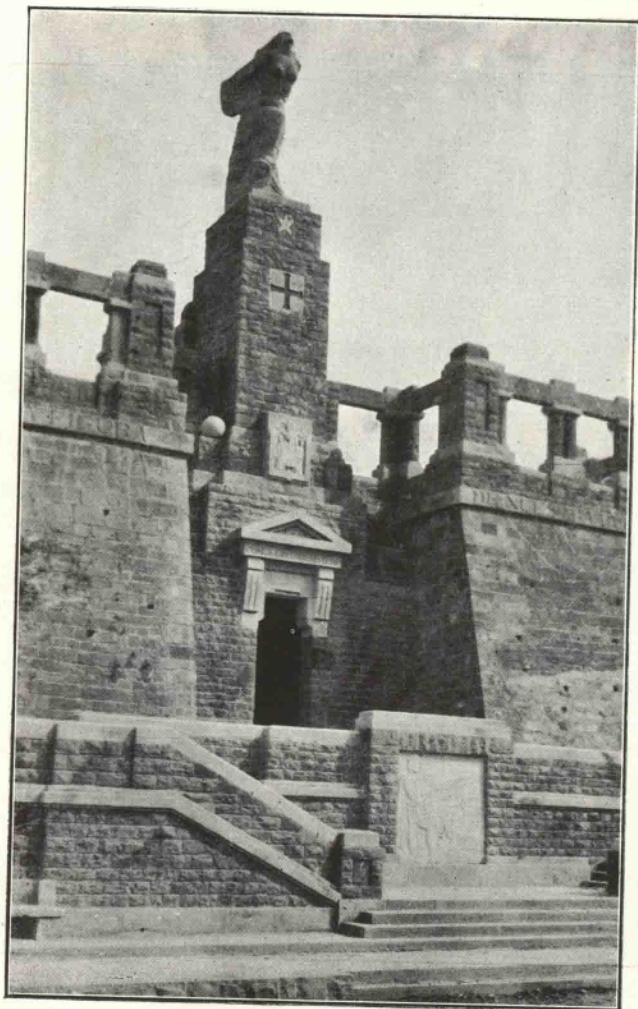
después dió Cook el nombre de Nuevas Hébridas. Allí dejó Quirós abandonados a sus compañeros con manifiesta mala fe, y en su buque almirante regresó a España. El capitán Luis Vaz de Torres quedó con la difícil misión de abrir con sus buques un camino hasta las posesiones españolas de la India posterior. Tocó en las Luisiadas y forzó un paso peligroso, lleno de islotes coralinos, el actual estrecho de Torres. Fué el segundo europeo que vió Nueva Guinea y el primero que contempló el continente australiano ; las montañas de Cabo York se le aparecían como lejanos islotes. En mayo de 1607, encontraba en el puerto de Manila feliz término de esta temeraria y famosa expedición.

La extensión del litoral entre el estrecho de Magallanes y el Perú, era todavía, después de la conquista española, un país desconocido. Por primera vez, hizo en 1536 Alonso de Camargo el recorrido desde el Sur hasta el Callao. En cambio, Francisco de Ulloa y Juan Ladrillero emprendieron sin resultado un viaje, con el objeto de comprobar la posibilidad de pasar el estrecho desde el Oeste y entonces se confió al sabio Sarmiento el encargo de dar con la clave de este asunto ; con uno de sus dos buques, navegó en esta dirección hasta Europa, mientras que su segundo buque se detenía más al Sur, doblando Cabo de Hornos — que entonces no tenía ningún nombre. Esto modificó la hipótesis de la existencia de un continente austral y confirmó la opinión de Pigafetta, de que a una latitud meridional más avanzada se extendía sin interrupción una masa de agua alrededor del globo terrestre.

V. Descubrimientos y conquistas de españoles y portugueses en América

El ansia de dinero, la ambición y en parte también el proselitismo religioso, fueron los móviles principales de la obra realizada por los conquistadores españoles. Los intereses geográficos, que a lo menos en buena parte impulsaron los grandes descubrimientos, quedaron, cada vez más, postergados a estos motivos egoístas. La historia de la época de los descubrimientos, por esta razón, solamente se ocupa de las innumerables campañas y expediciones de conquista, en tanto que estén ligados a la ampliación del horizonte geográfico.

El primer viaje a los territorios descubiertos por Colón, fué realizado por tres hombres que nos son muy conocidos : Alonso de Hojeda, quien llevaba a su servicio a Juan de la Cosa y a Américo Vespucci. Salieron de Cádiz, acertando a llegar a América del Sur en el actual territorio de Surinam, donde quedaron admirados de las extrañas edificaciones lacustres que encontraron a lo largo de la costa Norte de este país y en las que los indios se ponían en seguridad. A Vespucci le trajo esta región litoral el recuerdo de la gran ciudad marítima italiana y por esta causa se le puso el nombre de Venezuela (« Pequeña Venecia »). Hojeda se dirigió desde allí hasta Haití y regresó



Monumento a Sebastián de Elcano, erigido en Guetaria, su pueblo natal.
Obra de Victorio Macho



Hernán Cortés

Cuadro que se conserva en el Museo Nacional de Méjico

a Cádiz, pasando por Cuba y las Bahamas. Posiblemente, fué entonces cuando por primera vez se costeó la isla de Cuba, como parece deducirse del mapa de Juan de la Cosa y de la precisa indicación de Pedro Martyr.

Al mismo tiempo que Hojeda, visitó la costa suramericana Pero Alonso Niño, quien además de la noticia de la gran riqueza de perlas de la isla Margarita, regresó a su patria con el convencimiento de que el Orinoco corría por un dilatado continente. En el mismo año 1499, encontró Vicente Yáñez Pinzón otro poderoso río, al norte de Cabo de Santo Agostinho, esto es, el mismo que luego se llamó de las Amazonas. Como a los portugueses en



FIG. 11. Américo Vespucci, de la obra de Dapper, *Le nouveau Monde inconnu*, Amsterdam, 1673

África, ocurrió entonces a los españoles en el Nuevo Mundo, que al atravesar el Ecuador, conocieron un cielo completamente distinto ; Pedro Martyr, con gran estu-

por, afirma que en el cielo antártico no había ninguna estrella polar.

Este año de 1499, se caracterizó también por otro viaje importante. Dirigía la expedición Diego de Lepe y en ella no se hizo ningún nuevo descubrimiento, pero en cambio, se fijaron relativamente bien los lugares recorri-



FIG. 12. Primer encuentro de Américo Vespucci con los indígenas americanos

dos, pues como compañero de Lepe figuraba Vespucci, quien parece que hizo hasta cinco viajes a América, según resulta de las investigaciones de Hugues. Las informaciones de Vespucci, sirvieron a Andrés de Morales para trazar un mapa de la región Noroeste de América del Sur. Rodrigo de Bastidas siguió el contorno de la costa en el año 1500, penetrando hasta el interior del golfo de Darien.

Intentos posteriores de Hojeda y los dos Guerra, acabaron de precisar este litoral.

Hasta entonces, solamente encontramos en el suelo americano a expedicionarios españoles ; pero, a pesar del Tratado de Tordesillas, que les excluía expresamente, pronto aparecieron allí los portugueses. Ya hemos citado el viaje de Cabral a la India, que si ciertamente alcanzó su objeto, no fué por el camino más corto. Se cree generalmente que Cabral fué arrojado por la violencia de los vientos, en la primavera de 1500, a una tierra que por la abundancia de « palo del bresil » que allí había, recibió el nombre de Brasil ; pero recientemente (en 1892), Baldaque da Silva ha tratado de probar que esta aparente arribada forzosa obedeció a órdenes terminantes de la corte de Lisboa, que ya había enviado en 1495 a Duarte Pacheco con tal misión. En todo caso, llegó Cabral a la misma costa que poco antes había reconocido Pinzón. Primero envió un navío al mando de Lemos hacia Portugal, con la noticia de que había tomado posesión de la tierra de Santa Cruz y continuó luego su viaje a la India. El historiador Navarrete hace notar la gran alegría que hubo en Lisboa a causa del nuevo hallazgo, porque se creía que se había ganado una estación de paso para la ruta de Oriente. Para informarse más detenidamente, envió allí el rey Manuel algunos navíos, en mayo de 1501, encontrándose entre los expedicionarios en calidad de hombre de ciencia, Américo Vespucci, que se había pasado al servicio de Portugal. Únicamente el mapa de Vas Dourado da algunas indicaciones sobre la suerte de la expedición, en la que, como asegura Vespucci con algo de jactancia, se llegó más al Sur que nunca, a los 52° de lat.

Sur, hasta la vista de unos islotes rocosos completamente deshabitados. Muy bien pudiera referirse a las islas Falkland. En el viaje de regreso se dirigió la expedición a Guinea y en septiembre de 1502 alcanzaba con toda felicidad la bahía del Tajo. Ya conocemos la impresión que produjeron en toda Europa las cartas de viaje de Vespucci. No se puede rechazar en absoluto que su autor se propusiera alcanzar un objetivo de mayor transcendencia que el que se logró en la expedición, esto es, encontrar un camino ma-

**Ame-
rico**

Nunc vero & hec partes sunt latius illustratae / & alia quarta pars per Americū Vesputium (ut in sequentibus audietur) inuenta est: quā non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore sagacis ingenij viro Amerigen quasi Americi terram / siue Americam dicendam: cum & Europa & Asia a mulieribus sua sortita sint nomina. Eius sitū & gentis mores ex his binis Americi nauigationibus quę sequuntur liquide intelligi datur.

FIG. 13. Fragmento de la *Introductio Cosmographicae*, donde se da el nombre de América, al Nuevo Mundo, de Américo Vespucci

rítimo hacia el Oeste, y si el resultado no fué favorable, ello no constituye un obstáculo para que le debamos considerar como un espiritual precursor de Magallanes.

De nuevo vemos a Vespucci, dirigiendo como piloto la escuadra de Gonzalo Coelho, en junio de 1503; uno de los navíos se estrelló contra el islote rocoso de Fernão Noronha, pero los restantes se reunieron en la bahía de Todos los Santos, donde después fué edificada Bahía. Vespucci debió conformarse entonces con la fundación de una factoría fortificada bajo los 18° de lat. Sur, y

regresar a Lisboa, donde se le hizo sentir el descontento del rey, que propiamente debía haber recaído sobre Coelho. Esto le impresionó vivamente y nuevamente se alistó bajo la bandera de España, donde en 1506 se le encargó dirigir la ruta a una expedición que salió para América del Sur, recibiendo en 1508 el nombramiento de piloto real y muriendo en 1511. Ese quinto viaje no produjo evidentemente ningún resultado, pero debe figurar en su cuenta, como ha probado Hugues con toda seguridad. ¿Pues a quién puede referirse el Francesco Amerigo Fiorentino que se cita en esta relación? De cualquier modo, Américo Vespucci merece un puesto de honor como descubridor del Brasil, al lado de Cabral.

Con estas expediciones geográficas y comerciales, la nueva posesión portuguesa prosperaba poco a poco. Para convertirla en un Estado tan fuerte como la India, faltaban hombres y dinero; el contingente principal de emigrantes estaba constituido por emigrantes indultados. También se acudió a la participación del capital extranjero. Ya aparecieron en 1504, como se ha dicho, navíos de Dieppe, que hacia 1514, mantenían una comunicación activa entre las Madeira y la « tierra de Presillg », acreditando un documento encontrado por Haebler, que los Welser mantenían en aquellas islas agentes de su casa. Pero el interior del Brasil permaneció durante largo tiempo completamente salvaje, como puede apreciarse por la notable autobiografía de Hans Staden de Homberg (no Homburg), natural de Hesse, quien por el afán de « ver las Indias », se enganchó en el servicio colonial portugués y fué hecho prisionero de los indios caníbales, y solamente gracias a un eclipse de luna pudo obtener su salvación. Los viajes

de exploración se hacen cada vez más raros; el más importante fué el que hizo hacia 1530 Lope de Sousa al Paraguay y Paraná, extraordinariamente fecundo en informaciones etnográficas. Bajo el reinado de Juan III se aplicó un extenso plan de colonización y en 1550 se engrandecieron las ciudades de Bahía y Pernambuco, que hasta entonces eran simples factorías (ambas ciudades destruidas por un incendio). Respecto a la historia posterior del Brasil, que fué en gran parte conquistado por los holandeses entre 1624 y 1650, y únicamente con la ayuda de Cromwell pudo sostenerse, ha conservado desde entonces hasta nuestros días los mismos límites.

También al norte del Nuevo Continente, se dirigió el espíritu de empresa de los portugueses. Acaso antes de 1500, llegó Gaspar Corterreal a la costa norteamericana, y en un segundo viaje, que emprendió con su hermano Miguel, llegó todavía más lejos y así se considera a ambos hermanos como descubridores del Labrador («terra lavorada») y Terranova. En el año 1501 salió Gaspar Corterreal y luego en 1502 Miguel, para hacer una expedición al Oeste, sin que se supiera de ellos en mucho tiempo, y dos buques que envió en 1503 el rey Manuel para averiguar su suerte, regresaron sin resultado. Desde entonces quedó Norteamérica, «terra firma», fuera del círculo de expansión de los portugueses.

Y volviendo a los españoles, hemos de ocuparnos nuevamente de aquel Hojeda de quien ya hemos hablado hace poco, y al que ahora encontramos por segunda vez. Un decreto de 1508 le concedió el gobierno de Nueva Andalucía, incluyendo en su jurisdicción Nueva Granada y Venezuela. El primer intento para establecerse allí,

resultó un completo fracaso ; la mayor parte de los expedicionarios, entre ellos el ilustrado Juan de la Cosa, sucumbieron por las flechas envenenadas de los indios, y únicamente pudieron salvarse a costa de grandes fatigas, el jefe de la expedición y un cierto Nicuesa. Tampoco a ambos aventureros les sonrió mucho tiempo la fortuna. Hojeda se trasladó a Haití y allí cayó en desgracia, hasta el punto de que el gobernador le metió en la cárcel y profundamente impresionado, murió probablemente en Santo Domingo en 1515. Respecto de la suerte de Nicuesa, ya nos ocuparemos más adelante.

Cuando Hojeda abandonó Nueva Andalucía, quedó allí una pequeña guarnición bajo el mando de Francisco Pizarro, al que muy pronto encontraremos en otra relación. En vista de que el gobernador tardaba mucho en volver, embarcó su gente en un navío con rumbo hacia Veragua y durante la travesía fueron recogidos por un tal Enciso. Entre esta tropa reclutada al azar, distinguíase un noble arruinado, Vasco Núñez de Balboa, quien en seguida arrancó a Enciso la autorización para ponerse al frente de la nueva colonia de Santa María. Una antipatía jurada contra la intromisión del « abogadismo » en la política colonial puede, en parte, justificar su conducta con el jurista Enciso, pues consideraba que era cosa completamente superflua llamar eruditos a América ; participaba de la opinión de que bueno era que hubiera allí médicos, pero en ningún caso hombres de leyes. Pero también cuando llegó Nicuesa, que había perdido su buque en la costa del Darien, se negó Balboa a recibirle y aquél tuvo que trasladarse a Haití, en marzo de 1511, con unos pocos hombres que le habían permanecido fieles.

Parece que el buque, ya muy estropeado, de Nicuesa, debió naufragar, pues nunca se volvió a saber de él.

Con unos 300 soldados anárquicos, pero valerosos, se dedicó entonces Balboa a desempeñar por cuenta propia el papel de conquistador. No le resultó su tentativa de traer fuerzas de socorro desde Haití, pues el buque que envió con este objeto, naufragó en las costas del Yucatán y sus



FIG. 14. Vasco Núñez de Balboa toma posesión del Océano Pacífico

tripulantes fueron unos asesinados por los mayas y otros hechos prisioneros. Sin embargo, pudo Balboa, después de haber recibido socorros por otros medios, emprender la marcha hacia la costa de un mar occidental, de cuya proximidad estaba informado por los indios. En 1.º de septiembre de 1513 abandonó las orillas del Mar Caribe y el 25 del mismo mes estaba a la vista de un océano inmenso, al que puso el nombre de Mar del Sur, a causa

de haber seguido su itinerario de Norte a Sur al atravesar el istmo. Vestido con toda su armadura, entró en las aguas — en el golfo de San Miguel —, con la bandera de Castilla desplegada y tomó posesión de todo el litoral « de Polo Norte a Polo Sur », en nombre de la Corona de España. El 19 de enero de 1514, estaba Balboa de regreso en Santa María y envió emisarios a Europa, con un buque que llevaba un rico cargamento de oro y perlas.

Pero cuando llegaron estos emisarios, no estaban los ánimos muy favorables a Balboa. El maltratado Enciso había promovido en España gran escándalo contra él y cuando en el verano de 1514 se presentó Pedrarias Dávila como gobernador de la nueva provincia de « Castilla del oro », iba muy predispuesto contra Balboa. Esta enemistad se contuvo por algún tiempo, hasta que con el nuevo gobierno nombrado a la muerte del rey Fernando, desaparecieron toda clase de consideraciones. Balboa fué llevado ante un tribunal especial, del que formaba parte, además de varios secuaces de Pedrarias Dávila, su enemigo personal, Enciso, y este tribunal parcial condenó al atrevido descubridor, que a la verdad podía merecer algún castigo por su odiosa conducta con Nicuesa, a la pena de muerte. La ejecución se cumplió probablemente en el año 1517. No debe quedar en silencio que, como autoridad de la nueva colonia fué nombrado Enciso, hombre de gran ilustración y autor de una *Summa de Geografía*, y que en el séquito del gobernador, se encontraba Gonzalo Fernández de Oviedo, que escribió una « Historia general de las Indias ». Por lo demás, la administración del gobernador se distinguió del modo más desfavorable, pues indios y españoles fueron por igual maltratados, y así

comienzan las vergüenzas que desde entonces afean los anales de la Nueva España. Y como el gobernador, obraron sus subalternos; los procedimientos por los que Pizarro y Morales se enseñorearon de la isla de las Perlas, en el



FIG. 15. Luchas de los españoles en Méjico. (Según los dibujos aztecas del lienzo de Tlascala)

golfo de San Miguel, muestran a estos dos hombres en su peor aspecto.

En el año 1519, se fundó la ciudad de Panamá; pero como la comarca era insalubre, hubo que abandonarla y

a alguna distancia se construyó una nueva ciudad. Desde el golfo de Nicoya, llegó en 1521 Gil González Dávila hasta un gran lago, en cuyas orillas residía un poderoso cacique llamado Nicaragua ; el lago y el país tomaron nombre de este cacique, conservándolo hasta la actualidad. En esta misma región encontró Andrés Niño una bahía pronunciada, en la costa occidental de América Central, que bautizó con el nombre del obispo Fonseca. Junto al lago de Nicaragua, puso Francisco Hernández de Córdoba los cimientos de la ciudad de Granada. Cuando en el año 1530 la muerte libertó a la colonia de su malvado gobernador, se extendió por el noroeste y nordeste de la América Central española, formándose un poderoso imperio colonial. De esta expansión debemos ocuparnos ahora.

Desde 1511 era gobernador de Cuba Diego de Velázquez y de Puerto Rico Juan Ponce de León. Este último fracasó en una expedición a la península de la Florida, porque allí encontró una firme resistencia por parte de los indios, que tres siglos después tanto dieron que hacer a las tropas de los Estados Unidos ; pero al menos el piloto Antonio de Alaminos, el primero que tuvo conocimiento de la corriente del golfo, pudo bosquejar una carta de la costa de la Florida. Hernández de Córdoba, al que ya hemos citado anteriormente, guió una banda de aventureros buscadores de oro, desde Cuba al Yucatán, donde pudieron contemplar los imponentes templos y construcciones de piedra de los mayas. Le siguió en 1518 Juan de Grijalba, quien fué tan afortunado que pudo hacerse, por medio de cambios, con una cuantiosa suma de oro. En la misma Cuba causó esta hazaña la mayor sensación, y se llegó a la deducción de que al occidente de aquella

península se extendía un poderoso reino, con una extraordinaria riqueza en oro, y así concibió Velázquez el proyecto de enviar una expedición para reconocer el fabuloso Méjico. En Hernán Cortés encontró el hombre que reunía las cualidades necesarias para la ejecución de esta difícil empresa.

Nacido en 1485, había adquirido Hernán Cortés una cierta instrucción en las aulas de la Universidad de Salamanca, que siempre le bastó a sus necesidades y con la que se elevaba sobre el nivel común de la mayor parte de los conquistadores. A los 21 años llegó al Nuevo Mundo y muy pronto se ganó las simpatías de Velázquez. En el año 1518 juntó en la Habana un pequeño ejército, con el que había de alcanzar el objetivo propuesto; constaba solamente de 400 soldados, pero catorce bocas de fuego constituían la principal fuerza de la tropa. Alaminos condujo la expedición hasta la costa del Yucatán, donde Cortés tuvo las primeras manifestaciones de su fortuna, libertando a uno de aquellos españoles que habían caído en 1512 prisioneros de los mayas, y este español, el P. Jerónimo de Aguilar, pudo entonces prestar los más útiles servicios, como conocedor del idioma y del país. El primer combate se trabó junto a la ciudad de Tabasco, en cuya conquista recibió como presente una esclava india, cuyo influjo había de ser tan grande y tan beneficioso. Doña Marina, como se llamó a esta esclava después del bautismo, fué también una intérprete inapreciable. El 21 de marzo llegó la expedición a un lugar situado muy favorablemente y allí fué edificado un fuerte, alrededor del cual se agrupó pronto la ciudad de Villa Rica de la Vera-Cruz. Actual-

mente es Veracruz el puerto más frecuentado de la República de Méjico.

Respecto a la nación con la que iban a entrar en guerra, sabían muy poco los españoles. Sobre la meseta de Anahuac, que se levanta sobre las tierras de la costa en forma de terraza, se habían establecido en la alta Edad Media los toltecas, pueblo pacífico del que procede la agricultura de los indios y un culto sin sacrificios sangrientos, pero cuya dominación hubo de sufrir diversos ataques. Entre las más importantes inmigraciones que siguieron, figuran los aztecas (gentes de Aztlán, el país de las garzas reales). Hacia 1300 parece que fué derribado el poderío de los toltecas y debió comenzar entonces la construcción de la ciudad de las lagunas, Tenochtitlán o Méjico. El nombre de Méjico parece tener la misma significación que Huissiloposchtli (« el Dios del colibrí »); así se llamaba el dios supremo de la mitología azteca, al que podemos considerar como una especie de demonio, que nos recuerda el espíritu malo cuya creencia se conserva todavía hoy en algunas comarcas de Alemania y al que se designa con el nombre de « Visslibussli ». Con bastante rapidez fueron sometiendo el país los belicosos aztecas, distrito por distrito, y especialmente desde Montezuma I, la dominación mejicana fué casi generalmente reconocida. El octavo rey Ahuitzotl conquistó la región más pacífica del litoral y le sucedió el déspota Montezuma II, cuya dureza y tiranía prepararon eficazmente los ataques de los lejanos enemigos.

El rey llegaba a esta elevada dignidad por elección de los jefes de las principales familias, pues en Méjico existía la organización del « clan », de manera análoga a

la que aun tenían los escoceses de las tierras altas en el siglo XVIII. El pueblo no carecía de un cierto grado de cultura, como prueban los templos y puentes encontrados por los españoles; el arte de trabajar el oro, la alfarería y la escritura, tenían un gran desarrollo. No conocían el hierro, pues el primitivo Méjico estaba más bien en la edad del bronce, y las armas de los ejércitos, en cuya manufactura estaban sobremanera adelantados, se hacían con vidrio natural de obsidiana, que producía terribles heridas. La agricultura era objeto de gran estimación; también el comercio, en el que se usaban ciertos artículos por la carencia de moneda corriente, era muy animado y disponía incluso de una formal organización de postas. Desde que A. de Humboldt aludió, a comienzos del siglo XIX, a los manuscritos ilustrados con figuras, mapas y calendarios perfectamente combinados, tiénese cada vez más el convencimiento de que no faltaba tampoco al pueblo mejicano la preocupación por los intereses espirituales. El Olimpo azteca, divulgado especialmente por los estudios de E. Seler, estaba poblado ricamente y casi todas las divinidades, sobre todo el citado Huissiloposchtli, apetecían numerosos sacrificios. Hasta qué punto intervenía la antropofagia en estos sacrificios humanos, como aseguran las relaciones españolas, no lo sabemos claramente, pero en todo caso esta costumbre se hallaba muy desarrollada. En la guerra se buscaba, no tanto la matanza, como hacer cuantos prisioneros fuera posible. Con este pueblo tenía que emprender la lucha el puñado de hombres de Cortés.

La emoción de Montezuma cuando le trajeron la noticia del desembarco de los extranjeros, aumentó todavía porque corría por el país la supersticiosa profecía de que

había de volver el extinguido Dios de la luz de los toltecas y erigir un nuevo reino. Los espías reales habían dicho que los recién llegados eran unos hombres blancos; ¿no podían ser los emisarios de aquella divinidad? De cualquier modo, intentó el rey decidir a los intrusos huéspedes a que se marcharan mediante ricos presentes, pero precisamente ocurrió lo contrario, porque los metales y piedras preciosas únicamente sirvieron para excitar más a los españoles. Hizo además que de esta embajada formaran parte hábiles pintores que reprodujeron con dibujos el aspecto exterior de los intrusos y así pronto se divulgó por la capital el aspecto y vestiduras de los extranjeros, a los que acompañaban unos seres prodigiosos de cuatro patas—América carecía completamente de caballos—y que iban provistos de máquinas de exterminio de las que salían relámpagos y truenos.

En Veracruz hizo Cortés inutilizar todos sus navíos, para mostrar a su gente que estaban cerrados los caminos de volverse atrás, y marchó hacia la meseta. Se dirigió primero hacia la ciudad de Tlascala, que en su orgulloso sentido de independencia nunca había soportado la dominación azteca, y que también se resistió a los españoles. En parte por las armas y en parte por su hábil diplomacia, supo Cortés no solamente concertar la paz con los tlascaltecas, sino hasta formar una alianza para combatir la soberanía azteca, su común enemigo. Reforzado con una excelente tropa auxiliar de indios, siguió Cortés adelante, castigando en el magnífico templo de Cholula con terrible severidad la traición de algunos jefes mejicanos, y sin muchas hostilidades, hizo Cortés su entrada en la misma ciudad de Méjico el 8 de noviembre de 1519, donde

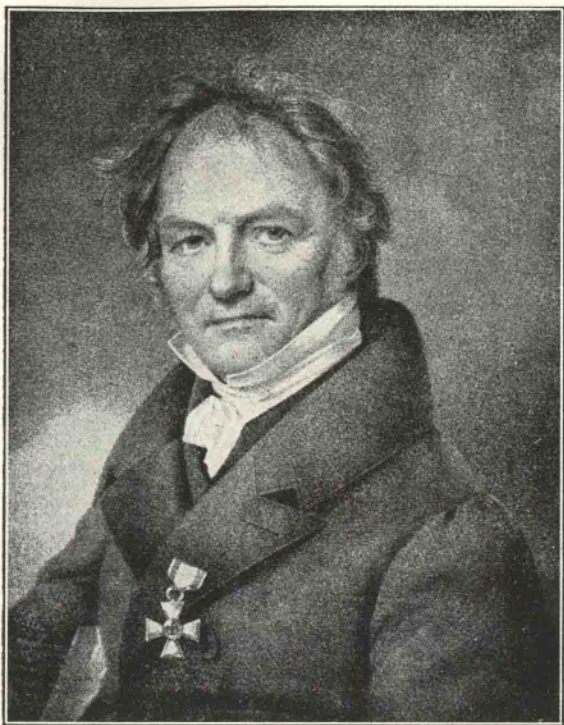
Montezuma se le sometió sin condición. A pesar de la sorda protesta de sus súbditos, la dominación española acaso se hubiera podido consolidar sin luchas, si un incidente no hubiera servido de chispa para inflamar la hoguera de la revolución.

Velázquez estaba celoso por los éxitos de Cortés, y como éste no se mostraba dispuesto a detenerse en su carrera gloriosa, se decidió aquél a reducirle por la fuerza y envió al capitán Pánfilo de Narváez con un fuerte ejército, para capturar al rebelde y ponerse al frente de la expedición. Cortés fué prevenido de lo que se intentaba y dirigiéndose contra el nuevo enemigo, cayó sobre él por sorpresa y atacó su campamento de noche; Narváez, gravemente herido, fué hecho prisionero y al punto sus soldados se pasaron al lado del vencedor. Con 1,300 hombres armados, marchó otra vez Cortés sobre Méjico, donde entretanto habían ocurrido sucesos muy desagradables. Su impetuoso lugarteniente Pedro de Alvarado, por una simple sospecha, había organizado una terrible carnicería contra los habitantes de la capital y Cortés encontró a su gente en la más apurada situación. Los españoles estaban en sus cuarteles sitiados por una multitud llena de indignación.

Las esperanzas de Cortés de que esta multitud pudiera ser apaciguada por una arenga de su rey, resultaron fallidas, pues Montezuma fué recibido con aullidos y toda clase de injurias y herido mortalmente a pedradas. Rehuyendo los cuidados que se le ofrecían, sucumbió de resultas de sus heridas. No viendo Cortés ninguna posibilidad de mantenerse en la ciudad, decidióse a abandonarla en la noche del 1.º al 2 de julio de 1520; su ejército padeció tal



Alejandro de Humboldt



Carlos Ritter

descalabro en la retirada, que desde entonces se llamó a aquella jornada « la Noche Triste ». Sin embargo, Cortés todavía derrotó en Otumba a un ejército azteca que le cerraba el paso y alcanzó felizmente la ciudad de Tlascala, que le permanecía fiel, donde pudo rehacerse y prepararse para reanudar la campaña.

La ciudad enemiga estaba sobre un lago, del que actualmente subsisten escasos restos, y para cortar las comunicaciones de sus habitantes, construyó Cortés en las riberas una flota de barcasas y finalmente, después de terribles combates en las calles, se hizo dueño de la capital, a pesar del valor del nuevo rey Guatimozin — al que en el monumento que se le ha erigido en Méjico se llama Guatemoch —, que defendió la ciudad, barrio por barrio. Más de 100,000 mejicanos debieron encontrar la muerte en los 75 días que duró el sitio. Pero inmediatamente que su rey cayó prisionero, se rindieron los supervivientes. En 15 de octubre de 1522, nombró Carlos V gobernador de Nueva España al afortunado caudillo y éste comenzó con su habitual energía a organizar el territorio que le había sido confiado.

Cortés obró con gran talento administrativo y evitó toda clase de vejaciones inútiles a los indígenas. A la vista de los mapas aztecas trazados sobre tejidos, se formó un plan para hacer recorrer el país en todas direcciones por sus delegados y así consiguieron un importante adelanto los conocimientos geográficos.

En primer término, se procuró averiguar si existía o no el estrecho que en vano había sido buscado por Colón. Hacia el Sur, extendieron sus correrías Cristóbal de Olid y Hurtado de Mendoza, hasta penetrar en el interior de

Guatemala y Honduras, pero debieron regresar sin haber conseguido su objeto, resultando asimismo infructuosas las exploraciones dirigidas al Norte en 1523 y 1524. En cambio, aseguraron los españoles su dominación en las provincias más apartadas. El reino maya de Guatemala, que desde 1500 había roto su unión con Méjico, cayó en poder de Alvarado, quien fundó en 1525 la ciudad de San Salvador. Hacia Honduras marchó Cristóbal de Olid, quien pronto se demostró que estaba vendido al antiguo intrigante Velázquez, por lo que Francisco de las Casas, cuñado del gobernador, le hizo ejecutar en la horca. En el año 1524 se dirigió el mismo Cortés a Honduras y después de muchas fatigas, pudo alcanzar la costa oriental, regresando en un buque a Veracruz. Constantemente se estaban urdiendo conjuras en la Habana y Madrid, contra el hombre coronado por la victoria, que a la larga, no habían de ser infructuosas. Para contrarrestarlas, hizo personalmente Cortés un viaje a España, recibéndole Carlos V en Toledo con todos los honores, quien le concedió el mando supremo de todas las fuerzas militares de Nueva España, pero sin que llevara consigo este nombramiento el gobierno del territorio. Vuelto a Méjico, vivió Cortés unos dos años en sus posesiones, pero nuevamente comenzó a dedicarse a organizar expediciones, que en primer término ganaron la península de California. Únicamente fracasaron las tentativas de Mendoza y Diego Becerra por los motines de las tropas, emprendiendo luego el mismo Cortés otra expedición, en la que empleó dos años (1535-1537) y que como la de Ulloa, que salió un año después, logró famosos resultados. Los gobernadores civiles Nuño de Guzmán y D. Antonio de Mendoza,

se dedicaron a molestar a su colega militar, poniendo a su disposición muy escasos medios para penetrar en la costa del Pacífico, y como poco a poco se iba acentuando esta oposición, Cortés, completamente desazonado, abandonó Méjico por segunda vez. Al lado de Carlos V, hizo la campaña de Argel, pero en lo que se refería a sus aspiraciones, no recibió más que esperanzas, repitiéndose el mismo caso de Colón. Poco estimado por sus contemporáneos, Cortés acabó su vida en 1547.

En Méjico se pensaba principalmente en la exploración del continente Norte. Hacia el 25° de lat. Norte, fundó Francisco Vázquez Coronado, por orden de Mendoza, el establecimiento de Culiacán y allí recogió los informes relativos a los supuestos países del oro — Sonora y Arizona—. Una ciudad de Cibola jugaba en estas relaciones un papel importante, y hacia aquel lugar se puso en camino Coronado el año 1541. La expedición terminó, según la opinión de los españoles, con un verdadero fracaso, por la poca cantidad de oro que se encontró, pero geográficamente ofrece el más alto interés. Mientras el capitán Alarcón apoyaba el avance de Coronado con algunos navíos por el golfo de California, atravesaba el ejército las desoladas estepas de la Sonora, y se convenció de que ni Cibola —según Simpson, una ciudad de cavernas de los indios Zuñi, que todavía subsiste junto al río Bermejo — ni las fábulas que sobre ella corrían, encontraban confirmación en ninguna parte. En varias ocasiones, dividió Coronado su gente y dió a cada uno de los destacamentos órdenes precisas. Melchor Díaz siguió la costa y acertó a reunirse en la desembocadura del Río Colorado del Oeste con la flotilla de Alarcón, que había navegado un buen trecho

remontando el curso del gran río. García López de Cordenao siguió una dirección Noroeste, y la vanguardia, que llevaba por jefe a Tovar, descubrió el famoso Cañón del Colorado, tan visitado por geólogos y geógrafos, y que tanto por los belicosos guerreros que allí moraban, como por la animada descripción que de él se hizo, causó poderosa impresión. Hernando de Alvarado atravesó hacia el Este la divisoria de aguas entre Pacífico y Atlántico, y el mismo Coronado penetró hasta las profundidades del territorio de las praderas norteamericanas. Probablemente, fué él también quien descubrió el Cañón del Río Grande y al llegar al Arkansas, regresó. Hacia mediados del año de 1542, volvía el atrevido caudillo a Culiacán, donde fué poco amablemente recibido por Mendoza, cuyas esperanzas de que se encontrara oro, habían sido burladas. El viaje de Alarcón reveló de hecho la naturaleza peninsular de la Baja California, pero este conocimiento permaneció en el olvido hasta que fué de nuevo señalado en el siglo XVIII por las misiones jesuíticas

Con las hazañas de Coronado termina el interés de los españoles de Méjico por las empresas de exploración. Solamente se hizo una excepción de la costa del Gran Océano, pues los establecimientos de la Antigua y Nueva California (La Paz, San Diego, Monterrey) proceden de entonces ; casi un siglo después, el virrey de Nueva España incluyó estas colonias en el límite de su gobierno, que la República de Méjico ha conservado hasta 1847. Respecto al viaje costero de Juan Rodríguez de Cabrillo, se pretende que llegó hasta el 45° de lat. Norte.

Los gobernadores de las Indias Occidentales, no quisieron tampoco renunciar a la adquisición de territorios

en Norteamérica. Ponce de León hizo en el año 1520 una segunda tentativa a la Florida, pero fué nuevamente rechazado por los belicosos seminolas y murió a consecuencia de un disparo de flecha. Más al Norte llegó Vázquez de Ayllón, encontrando la muerte en la costa de la actual Carolina del Sur, y con esto se dispersó la expedición. De mayor utilidad fué la conducta de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, quien, en primer término, mandó al capitán Alvarez de Pineda para que hiciera un croquis del litoral del golfo de Méjico ; en esta ocasión se reconoció la desembocadura del Mississipí — entonces « Río del Espíritu Santo » —. Al hacerse una determinación de límites, se convino en que Nueva España debía extenderse hasta el río Panuco. La región costera comprendida más allá de este límite, se concedió para que la ocupara a Pánfilo de Narváez, el antiguo enemigo de Cortés, a quien también esta vez abandonó la fortuna, y de todos sus compañeros solamente pudieron salvarse cuatro hombres. Estos supervivientes, bajo la dirección del diestro Cabeza de Vaca, enterado de diversos secretos de Medicina, recorrieron el territorio de las tribus indias de Alabama y Luisiana, atravesando « un gran río », el Mississipí, y llegando, por fin, a Culiacán, donde por entonces mandaba Díaz, el que luego fué compañero de Coronado. Allí dieron noticia del triste fin de Narváez.

Por segunda vez hemos mencionado el río gigantesco, cuyo nombre indio tiene la significación de « padre de las aguas » Propiamente, su verdadero descubridor fué Hernando de Soto, que había llegado a América con Pedrarias Dávila. El 31 de mayo de 1539, desembarcó el ejército de Soto en la costa de la Florida, donde tuvo la suerte de

encontrarse con el español Juan de Ortiz, perteneciente a la tropa dispersa de Narváez, y en él tuvo un excelente conocedor de la lengua y costumbres de los indios. En medio de empeñados combates, hizo Soto su avance hacia el interior; aquí conocieron los españoles por primera vez la cruel costumbre india de arrancar las cabelleras. El caudillo sucumbió el 21 de mayo de 1541 a consecuencia de las fiebres tropicales, y Ortiz no le sobrevivió mucho tiempo. Luis de Alvarado, que tomó el mando, hizo a su gente que levantara cuarteles de invierno en las riberas del Mississipí e inmediatamente, a pesar de la escasez de medios, construyó siete botes, con los que alcanzó felizmente el golfo de Méjico. Pero muy pronto comenzaron los botes a hacer agua y así el viaje costero se convirtió en una fatigosa caminata a pie a lo largo del litoral y solamente unos pocos supervivientes pudieron llegar a los puestos avanzados de Nueva España y lograron salvarse. El recorrido de Soto figura dignamente al lado del de Coronado y tal fué la importancia de ambas expediciones, que en la primera mitad del siglo XVI ya habían explorado los españoles una gran parte del territorio norteamericano.

En cambio, tuvieron los españoles una participación muy escasa en el reconocimiento de las costas atlánticas de América del Norte. El único hombre que a este respecto cabe citar, no fué propiamente español, sino como Magallanes, un portugués que se había pasado al servicio de Castilla, llamado Gomes (en español Gómez). Éste mandaba el navío que con manifiesta mala fe abandonó a la flota de Magallanes, y solamente en consideración a sus especiales conocimientos náuticos pudo escapar al castigo

que merecía. Como delegado en las deliberaciones de la ya citada Junta de Badajoz, sostenía que debía existir un paso hacia el Noroeste y se comprometió a dirigir una expedición en su busca. Los resultados obtenidos no fueron precisamente los deseados, pero hizo, en cambio, un croquis de gran mérito del contorno de la costa de Massachusetts hasta la bahía de Chesespeake. En esta carta se reconoce perfectamente la desembocadura del Hudson y durante mucho tiempo llevó esta región la designación de Tierra de Esteban Gómez.

En poco tiempo se fué extendiendo la dominación española de América Central, cada vez más en la dirección de América del Sur. Después del descubrimiento del golfo de Nicoya, se pusieron en camino Juan Solano y Alvaro de Acuña, el año 1516, para trasladar los establecimientos coloniales desde la insalubre «tierra caliente» de la costa, a la «tierra fría» de la alta meseta, mucho más favorable a los europeos. A la fundación de Esparza, siguió la de Cartago, cuya ciudad fué desde 1522 residencia del gobernador. La ocupación prosperó porque los indios eran poco belicosos, y sin grandes luchas pudo consolidarse. No sabemos con seguridad por qué causa se dió a este país el nombre de Costa-Rica, cuando precisamente ofrece tan escasos recursos en la costa de ambos mares. Desde 1530, se hizo la conquista del Monte de los Escudos, en la que se distinguió Pedro de Alvarado, y cuando en 1540 se dió el mando de esta región a Diego Gutiérrez, convirtiéndola en provincia independiente, podíase considerar la dominación definitivamente consumada.

El norte de Suramérica, como hemos expuesto, no pudo ser dominado en mucho tiempo a causa de la valerosa

resistencia de los indígenas, los indios caribes. Ya desde 1520 se habían establecido algunos puestos fortificados junto a la costa, que vivían en constantes escaramuzas con los indios. Por este tiempo, comienza a jugar un papel importante en la conquista el elemento alemán, que modernamente nos es bastante bien conocido, gracias a las investigaciones de H. A. Schumacher y Haebler. La mayor parte de los historiadores españoles, no han disimulado su aversión contra esta intervención extranjera y atribuyen a la crueldad de los soldados alemanes toda clase de crímenes, en forma que este episodio de gentes no españolas, causa una impresión poco agradable. Sin embargo, ya la Crónica rimada del honrado Castellanos, que empezó su carrera como soldado deseoso de ganar honra y dinero y terminó su vida como cura de un pueblecito, es en este respecto muy digna de estimación, así como tampoco puede despreciarse por el interés que ofrece para el estudio de la Geografía física y contiene una relación completamente auténtica y exacta de las penalidades de los alemanes en Venezuela; por esta razón, ha podido influir en la mayor medida en las investigaciones de Haebler, al lado del examen de los archivos españoles y del particular de la casa Welser. Era una leyenda muy extendida que en la región septentrional de América del Sur, se encontraba el verdadero país del oro. « El Dorado » significa propiamente no tal país, sino un hombre dorado, esto es, aquel cacique que bañaba su cuerpo cubierto de polvos de oro en el lago de Guatavitá, como con tanta amenidad ha narrado A. de Humboldt. Recientemente, se ha ocupado también Schumacher de este asunto, examinando la bibliografía donde se encuentra el mito de

El Dorado. Creíase que el Dorado estaba situado en la alta cuenca del río de las Amazonas, y de 1541 a 1544, se emprendieron expediciones en su busca ; pero a ejemplo de otras fábulas geográficas de las que ya hemos hablado— las Amazonas, el preste Juan de las Indias —, su emplazamiento variaba de lugar y Walter Raleigh buscaba en 1545 « el nuevo Dorado » en el Orinoco. Sobre este territorio tan lleno de atractivos, tenía la gran casa comercial de los Welser de Augsburgo, indiscutibles títulos de propiedad ; ya en 1528, según Haebler, habían recibido la investidura de estos territorios Jerónimo Sailer y Enrique Ehinger — de Thalfingen, junto a Ulm, por cuya causa se le llama no pocas veces Dalfinger —, pero en 1531 pasaron a Bartolomé Welser, a quien el emperador Carlos V debía créditos considerables. Pero no debía constituir este país una prenda de garantía, como se lee corrientemente, sino un feudo de la Corona, cuya explotación se dejaba a la libre voluntad del feudatario.

Los únicos medios a que acudieron los Welser, eran los conocidos y ensayados. Reclutaron una tropa de veteranos lansquenetes y ésta fué enviada bajo la dirección de Ambrosio, hermano de Enrique Ehinger, para tomar posesión de la provincia que se les había concedido. Al lado de Ehinger, figuraban como tenientes experimentados Federman y Hohermuth. Ciertamente que se puede culpar a los guerreros alemanes de algunos excesos, pero los crímenes de que les acusan los españoles, no tienen pruebas positivas. Tampoco son de gran fuerza las acusaciones de Las Casas, el mismo que para aliviar a los pobres y débiles indios impulsó el comercio de esclavos negros, pues están al mismo tiempo influídas de un injusto

patriotismo y de un humanitarismo exagerado. En todo caso, la explotación desde el punto de vista económico no produjo ningún provecho, en parte a consecuencia de la desertión de Federman, y el valeroso caballero de Franconia Felipe de Hutten, un primo de Ulrico, a quien se concedió el mando supremo en 1535, no pudo tampoco mejorar este estado de cosas. Así, se decidió Bartolomé Welser en 1545, a mandar a su propio hijo, que llevaba el mismo nombre que él, con el encargo preciso de restablecer el orden; con esto empieza el acto final de la infortunada tragedia. Hutten y el joven Welser se reunieron pronto, pero haciendo burla de los derechos feudales que les correspondían, la audiencia de Santo Domingo nombró gobernador de Venezuela al infame Juan de Carvajal, con manifiesta hostilidad. Por medio de una sorpresa nocturna, cayeron Hutten y Welser en su poder, siendo encerrados en calabozos y en el año 1546 fueron juzgados sumarísimamente y ejecutados. No obtuvo Carvajal ningún provecho de este crimen, pues a poco se hizo cargo del mando un alto comisario enviado desde Haití y por su parte, fué el miserable condenado a la pena infamante de morir ahorcado; pero la casa Welser, estaba ya hastiada de la concesión imperial. Sin desistir formalmente de sus derechos, se desligó Bartolomé el Viejo del funesto país y en 1555 renunció definitivamente al feudo. Ya algunos años antes, se había hecho a Juan de Villegas gobernador de Venezuela; Nueva Granada, cuya completa sumisión había terminado en 1536 Gonzalo Giménez de Quesada, fué elevada en 1547 a la categoría de capitanía general independiente.

El nombre de Perú — propiamente « Biru » — fué oído por vez primera por algunos españoles en las cam-

pañas de Panamá. Primitivamente aplicado a un distrito de Colombia, pronto se extendió a un gran reino, de cuyo poderío y riquezas habían llegado hasta el Norte noticias confusas. Sobre la Puña, la meseta intermedia de los Andes, y alrededor del lago Titicaca, se había establecido el pueblo civilizado de los aymarás, que parecen tener grandes analogías con los toltecas del antiguo Méjico. Sus principales familias entraron en relación con el vecino pueblo de los quichúas, que pronto se mezclaron con los aymarás para formar una nación compacta. En guerras afortunadas y a partir próximamente del año 1000 d. de J. C., extendieron poderosamente los Incas su dominación a casi toda la zona occidental de América del Sur con excepción de Colombia, y por último, como lo hace suponer un antiguo manuscrito jeroglífico encontrado por A. de Humboldt, conquistaron la elevada meseta de Quito.

El Estado incásico se apoyaba sobre principios teocráticos, y así el soberano, a quien se miraba como « hijo del Sol », debía ser honrado como una verdadera divinidad. Esencialmente basada en el culto de los astros, la religión de los peruanos era más elevada que la de los mejicanos, si bien no carecían enteramente de sacrificios humanos. Los sacerdotes, entre los que figuraban una especie de vestales consideradas como « vírgenes del Sol » y la nobleza, formaban una clase social aparte de la masa del pueblo, en el que no existían categorías. La tierra y el suelo pertenecían al Inca, por lo que no había cultivadores libres, sino simplemente arrendatarios. Sin embargo, la agricultura estaba muy desarrollada, pues se atribuye a los primitivos peruanos el conocimiento del uso del guano (palomina) como abono, y también merecen grandes elogios

por su habilidad como arquitectos y artífices. La carencia de escritura, era compensada en parte por los abigarrados



FIG. 16. Francisco Pizarro, Según la ilustración de Dapper, *Le nouveau Monde inconnu*

« quipos » o recordatorios; con su ayuda, podían transmitirse al pueblo las órdenes gubernativas, cosa necesaria en un organismo público tan bien constituido. El tráfico disponía de un buen sistema de comunicaciones, salvando las carreteras valles y montañas por medio de gradas o escalones, obras que solamente podían obedecer a las necesidades de un activo comercio. Las recientes excavaciones de lugares de sepulturas realizadas sistemáticamente por Reiss y Stübel, sobre

todo el célebre campo de los muertos de Ancón, han arrojado mucha luz sobre las costumbres de los peruanos, de las que nos dan una imagen exacta las formas de enterramiento — los cadáveres aparecen momificados y pues-

tos en cucullas —. Sin duda era un Estado pacífico y civilizado, en el que pudieron los españoles dar rienda suelta a sus ansias de botín.

En la sociedad constituida para la conquista del Perú, figuraban tres hombres: Francisco Pizarro, al que ya conocemos; el leal y valiente Diego Almagro; finalmente, como socio capitalista, un sacerdote, Hernando de Luque. La resistencia que encontraron los tres socios para la ejecución de su plan, especialmente de parte del gobernador de Panamá, fué vencida por Pizarro, que hizo personalmente un viaje a España y logró de Carlos V la

autorización que hasta entonces se les había denegado. En la primavera de 1532, desembarcó Pizarro en la costa peruana y después de algunos días, se encontró en Cajamarca con el inca Atahualpa, que allí le esperaba. Éste,



FIG. 17. Atahualpa, último inca de los peruanos; grabado de la obra de Dapper

que poco antes había expulsado del trono a su hermano y colega Huáscar, con lo que se había enajenado las simpatías populares, tenía el temor de que a pesar de ser tan poco numerosos los exploradores españoles, pues apenas constaba su tropa de unos 200 hombres, podían intentar algo contra él y cuando les visitaba en su campamento, dispusieron aquéllos groseramente y so pretexto de haber roto una empalizada, una horrible carnicería contra su séquito. El inca fué hecho prisionero y prometió por su libertad pagar un exorbitante rescate ; C. Markham, calcula que el oro que se reunió en el espacio de dos meses, pasaba de cuatro millones y medio de ducados. A pesar de esto, Pizarro condenó al inca, culpable a su vez de otros delitos de sangre, disfrazando el asesinato con una especie de fallo judicial, e intentó entonces la rápida sumisión de todo el reino. Pero la conquista se detuvo mucho tiempo por las numerosas disensiones, y Juan Pizarro, el mejor de los cinco hermanos que habían tomado parte en la campaña, perdió la vida ante la antigua capital de Cuzco. Almagro estaba por entonces, como veremos, ausente en una expedición ; regresó precisamente en el momento oportuno de ayudar a los españoles en un crítico apuro. Entre él y Pizarro pronto se declaró una abierta enemistad y Hernando Pizarro, a quien su hermano había entregado el mando, hizo estrangular al prisionero Almagro en su mismo calabozo. Posteriormente, alcanzaron ambos hermanos el castigo de su infamia : Hernando tuvo que languidecer mucho tiempo en prisión, y Francisco, que desde 1535 vivía como virrey en el palacio de la ciudad de Lima que él mismo había fundado, fué asesinado por los amigos de Almagro, a la

cabeza de los cuales se había puesto el hijo de éste, el 26 de julio de 1541.

De este modo, cayó el Perú en la mayor anarquía y la corona se vió obligada a enviar una persona de su especial confianza para el restablecimiento del orden. Primero se presentó Cristóbal Vaca de Castro; el joven Almagro, que se declaró contra él fué vencido y entregado a la cuchilla del verdugo. El menor de los cinco hermanos Pizarro, Gonzalo, se comportó del mismo modo contra el nuevo gobernador Blasco Núñez, pero la fortuna le fué más favorable y venció a éste en un combate junto a Quito, en el que Núñez fué muerto. Extraordinariamente encolerizado, nombró entonces Carlos V al sacerdote Pedro de La Gasca, al que revistió de los poderes de un dictador. También contra él alzó Gonzalo Pizarro la bandera de la rebelión, y como en la batalla de Cuzco, dada en 9 de abril de 1548, la suerte le volvió las espaldas, se vió obligado el último de los hermanos Pizarro a subir las gradas del patíbulo. La administración de La Gasca fué muy acertada y cuando regresó a España el año 1550, pudo dejar el virreinato nuevamente asegurado y reorganizado.

De Almagro y Gonzalo Pizarro debemos ocuparnos un poco más extensamente, pues ambos figuran con propia personalidad en los anales de la época de los descubrimientos. La expedición antes citada de Almagro, tuvo lugar al pretendido país de oro de Chile; ocurrió en los años de 1535 a 1537. El recorrido se hizo por la alta meseta andina, hasta pasar el lago Aullagas, y entonces, con grandes fatigas y peligros atravesó la línea de la cordillera y descendió a la costa. Por aquí siguió Almagro hasta el río Maule (35° de lat. Sur) sin encontrar los fan-

tásticos tesoros, y tomó entonces el camino de vuelta, por el litoral y el desierto de Atacama, para intervenir después del modo que conocemos en los sucesos del Perú.

Gonzalo Pizarro, por su parte, emprendió en 1540 una expedición desde Quito a un falso «país de las especias» entonces muy famoso y que naturalmente tenía el mismo fundamento que «El Dorado». Después de atravesar los Andes, llegaron los españoles a las selvas vírgenes del río Napo, y con objeto de proveerse de víveres, cortaron penosamente algunos árboles para construir un buque. Bajo la dirección del hidalgo Francisco de Orellana, navegó la embarcación río abajo, pero no volvió a aparecer y Pizarro se vió en la necesidad de regresar con su gente hacia Quito, siguiendo el difícil camino de la cordillera. Únicamente unos pocos expedicionarios pudieron resistir las fatigas.

Ciertamente que Orellana tenía el propósito de cumplir su encargo, pero con un buque tan frágil no pudo regresar a causa de la rápida corriente y él mismo estuvo a punto de morir de hambre. En primer término, repuso la tripulación sus fuerzas en un lugar donde se asentaba una aldea india, y entonces se decidió Orellana, que tenía a su lado al fraile Carvajal, a construir un navío más grande y sólido, que fué confiado a las aguas. El río Napo desagaba en otro río, que les pareció «como un mar inmenso» y se dejaron arrastrar por la corriente, hasta desembocar realmente en el mar. Con buen éxito, se dirigió Orellana desde aquí hacia el Norte, atravesando la masa de agua que arrastra el Orinoco, y en la isla Margarita tuvo la suerte de encontrarse con sus compatriotas. Orellana marchó a España y en 1544 quiso esta-

blecer una colonia en la desembocadura de aquel río gigantesco, al que puso su nombre, pero él y la mayor parte de sus compañeros sucumbieron a causa de las enfermedades. La posteridad no conoce este curso de agua como Río de Orellana, sino como Río das Amazonas (portugués), a lo que sirvió de fundamento una narración de Carvajal. Éste cuenta en la relación de su viaje — incluida en la obra histórica de Oviedo — que en la confluencia de un gran afluente, el que nosotros conocemos actualmente con el nombre de Río Negro, encontró un pueblo habitado solamente por mujeres, que parecían « como amaçonas ». El viaje de Orellana, al que a la verdad no le quedaba otro camino que elegir, debe ser considerado de todos modos como una empresa extraordinaria, que nadie repitió, hasta que dos siglos después siguió la misma ruta el francés La Condamine.

Entretanto, se habían establecido los españoles al sur de la colonia portuguesa del Brasil. Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís habían combinado sus trabajos de exploración y en 1509 encontraron el poderoso La Plata, cuyo estuario les pareció como el comienzo del estrecho buscado. A pesar de la hostilidad de los portugueses, fué nuevamente Solís en 1515 a este territorio, por creer que sería posible llegar desde el Este al mar descubierto por Balboa. Pero cuando desembarcó en las orillas del Plata con un contingente reducido, todos los españoles fueron muertos por las flechas de los indios, y de este modo fracasó el primer ensayo de colonización en aquellos países.

En 1527 repitieron los españoles más seriamente estas tentativas. Sobre el estuario de La Plata fué edificado un fuerte del Espíritu Santo, y en 1535 puso Pedro de

Mendoza, el nuevo « Adelantado de las tierras del río de La Plata », los cimientos de la ciudad de Buenos Aires. De los sucesos ocurridos en las dos décadas siguientes, nos informa, al lado de las fuentes literarias españolas, la relación original de un alemán, que merece la mayor confianza por su ingenuidad, y que en todo este período de los conquistadores tuvo una activa participación. La relación de la vida de Ulrico Schmidel de Straubing, ha sido rehecha por las investigaciones biográficas de Mondscheim y los trabajos especialmente críticos de Langmantel; también los españoles han parado en ello su atención y L. Domínguez publicó en 1901 una traducción comentada del original, al mismo tiempo que las memorias de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que era el gobernador por entonces. Nació Schmidel, por lo que podemos saber, en la primera década del siglo de la Reforma y por su afición a las aventuras — completamente semejante en esto a Hans Staden — se decidió a la edad de treinta años a alistarse en el pequeño ejército reunido en Sevilla por Mendoza. No parece que llegara nunca a ser oficial, pero desempeñó, sin embargo, cargos de cierta confianza. Cuando en 1553 se había establecido en el Paraguay, fué llamado a su patria por una carta de su hermano y se resolvió entonces, acompañado solamente por indios, a atravesar un territorio totalmente inexplorado, hasta que alcanzó la costa, donde encontró un navío que se dirigía a Sevilla, terminando aquí la misión que le había llevado a las Indias. Pasando por Amberes, se vió de nuevo en Straubing en la primavera de 1554, pudiéndose presentar, por fin, ante los ojos del hermano que tan urgentemente le reclamaba. Posteriormente tuvo que abandonar su ciudad natal por

ser partidario de la Iglesia Reformada, estableciéndose en Ratisbona en 1562, donde murió algunos años después. Precisamente la circunstancia de que careciera Schmidel de una educación elevada, hace que la narración de sus aventuras sea absolutamente sincera, por lo que su descripción nos merece entera confianza.

Después de Mendoza, cuyo nombre conserva la conocida estación final argentina del ferrocarril transandino, en lugar de la primitiva Buenos Aires se fundó otra nueva ciudad de este mismo nombre emplazada en lugar más favorable, concediéndose su regimiento al nuevo Adelantado Domingo Ayolas. Éste tomó por asalto Lambare, la aldea principal de la poderosa raza de los indios guaraníes, y trasladó a aquel punto, que llamó Asunción y que es actualmente capital del Estado independiente del Paraguay, la residencia de su gobierno. Las mismas tropas eligieron como caudillo, cuando Ayolas fué derrotado en una campaña desgraciada, a Martínez de Irala, y el nuevo Adelantado Cabeza de Vaca, no pudo hacer prevalecer contra él su autoridad. Irala era hombre de carácter enérgico; sometió completamente a los guaraníes y llegó en una campaña que hizo al Norte hasta el interior del Gran Chaco y el sur de Bolivia, con lo que entró en contacto con los puestos avanzados del virreinato del Perú. Allí no fué muy bien recibido por sus compatriotas, temerosos de tal competencia, e Irala recibió la orden concreta de no pasar más adelante. Es muy curiosa la indicación de Schmidel sobre los emisarios enviados al virrey: «estaban sentados encima de los mismos correos y así iban hacia Lima a presentarse al gobernador», esto es, se hacían llevar en hamacas por peones dedicados

especialmente a eso. Irala ahogó a la vuelta una sublevación en la Asunción y gobernó hasta 1569 la colonia que había extendido considerablemente por el Oeste y Mediodía. Nuevamente fué elevada Buenos Aires a la categoría de capital por el capitán general Juan de Garay. Poco después, se estableció en otro lugar del Plata una nueva ciudad, siendo emplazada en un sitio donde se alzaba un monte. Uno de los marineros de Magallanes en ocasión en que se aproximaban a la desembocadura del río, exclamó : « Monte video » ; este nombre ha conservado hasta hoy la capital del Uruguay.

Con gran lentitud consolidaron los españoles la colonización del centro y sur de Chile ; residía allí un pueblo valeroso, célebre por su habilidad en el manejo de larguísimos venablos, los araucanos, que tampoco se habían dejado dominar por los incas. La historia de la conquista, como asegura Polakowsky, es una cadena de heroicidades indias y valentías españolas. A consecuencia de la expedición de Almagro, la estrecha faja de terreno del Norte pertenecía ya en la primera mitad del siglo xvi al virreinato de Lima. El enérgico Pedro de Valdivia, que por otra parte no se detuvo ante nada y a quien nos recuerda el conocido puerto de su nombre, en gran parte habitado por alemanes, hizo avanzar la frontera española hasta el río Biobio, pero en 1550 fué muerto por los indios. La autonomía del territorio indio encontró después oficial reconocimiento y aún disfruta de una cierta libertad la provincia de Arauco, dentro de la actual república de Chile.

Después de haber concluído con lo que se refiere a los descubrimientos y conquistas de ambos pueblos ibéricos,

réstanos solamente ocuparnos del estado de los conocimientos geográficos, como resultado de aquellas empresas, en la segunda mitad del siglo. Respecto a lo que sabían los españoles, podemos informarnos con toda exactitud por una obra que apareció en 1571, de Juan López de Velasco, que ocupaba en la « Casa de Contratación », de Sevilla, la cátedra de Cosmografía. En esta obra, ya se tenía conocimiento de que América — designación que el autor no emplea nunca, lo que resulta bastante extraño — estaba dividida en dos extensas masas de tierra, unidas por un istmo de anchura muy desigual y la figura de América del Sur aparece en una carta sencilla, dibujada con toda exactitud. Mucho peor trazada resulta la costa atlántica de América del Norte y todavía más del lado del Pacífico, pues solamente una parte de Baja California estaba medianamente explorada. Muy insegura es la noticia de que en 1529 el griego Apóstolos Valerianos, pasado al servicio marítimo de España con el nombre de Juan de Fuca, había atravesado realmente el estrecho que separa la isla de Vancouver del Continente, y que ahora lleva su nombre. Hasta mucho después se consideraba posible la comunicación entre Asia y América a una latitud más elevada, pero la mayor parte de los geógrafos eran principalmente de la opinión más antigua de que debía existir un estrecho entre ambos continentes. También Velasco habla de este « fretum Aniano » como de una realidad. Según Ruge, se ve por primera vez esta designación misteriosa en el mapa de Bolognino Zalterio de 1566, aunque Sandler supone que ya en 1562 y de nuevo en 1568 fué usada esta expresión por el famoso cartógrafo piamontés Jacobo Gastaldi. Generalmente se relaciona la palabra « Aniano » con el

Annam, pero Sandler pretende que «Ania» equivale a Tierra de Ainu (Norte del Japón) y «Tolomán», cuyo país sitúa Marco Polo al norte del puerto chino de Zaitun, corresponde a Itelmania (Kamtschatka). Los viajes por este estrecho, de Salvatierra (1568) y Maldonado (1588), pertenecen, así como la expedición de Juan de Fuca, al reino de la fábula; la resolución del viejo enigma fué debido, sin saberlo, al cosaco Deschnew (1649), y con completo conocimiento de lo que pretendía, al danés Vitus Bering (1728). Hasta mediados del siglo XVIII se conservó en los libros de Geografía el nombre de estrecho de Aniano y en el año 1610, bastante antes de haber realizado Deschnew un viaje con tanta fortuna, buscó el holandés Jan Corneliszoon Maij, cuyas notas ha dado a la publicidad la Sociedad Escocesa, el paso citado, y sin las masas de hielo que se interponían, hubiera encontrado seguramente el camino que perseguía. El estado de conocimientos de los españoles hacia el año 1540, por lo que se refiere a sus posesiones americanas, está excelentemente caracterizado en la obra cartográfica del gran cosmógrafo Alonso de Santa Cruz. A F. de Wieser se debe una edición moderna de este antiquísimo atlas colonial y en él se observa que, especialmente las islas de las Indias Occidentales están dibujadas con toda perfección.

Ahora debemos indicar en esta relación una cuestión de economía política. Frecuentemente se ha tratado de calcular la multitud de metales preciosos que las colonias españolas ofrecieron a la metrópoli en el transcurso de un siglo; los galeones de la plata, a juzgar por algunos que posteriormente fueron apresados por los corsarios ingleses y holandeses, llegaban siempre cargados de sumas

extraordinarias, por lo que no se concibe que tales tesoros no ejercieran alguna influencia en la Hacienda constantemente arruinada del « Reino en el cual no se ponía el sol ». Herrera, Navarrete, Adam Smith, Alejandro de Humboldt y con un carácter especial Soetbeer, han hecho cálculos sobre el particular. Pero muy recientemente, considera F. de la Iglesia que los cálculos de estos autores son completamente equivocados, y según los datos que arrojan los libros de cuentas que conservamos de la « Casa de Indias », de Sevilla, la mayor parte de las rentas coloniales se empleaban en aquellos mismos países, pues las flotas, ejércitos coloniales, aparato de empleados e iglesias, consumían corrientemente enormes cantidades. De todos modos, plantéase con esto un problema sobre el que aun no puede decirse la última palabra.



nicos, enviaron ocasionalmente emisarios a la Corte de los Zares, y las relaciones de algunos embajadores, como la de Jovius, no carecen de valor, pero son de escasa importancia geográfica. El primero que entabló relaciones comerciales con Rusia fué el citado Herberstein, un noble de Carniola, de antiquísimo linaje alemán. Nacido en 1486, estaba desde su juventud familiarizado con la lengua eslovena y a causa de esto, le fué fácil aprender el ruso y adquirir una multitud de datos que a otro cualquiera se le hubieran escapado. Fué a Moscú por dos veces, en 1517 y 1526, y sus *Rerum Moscovitarum Commentarii* fueron publicados en Viena en 1549. Pero ya antes de la publicación de esta obra, se tenían muchos conocimientos de sus viajes, y un folleto sobre los sármatas, que dió a la imprenta en 1518 el profesor de Ingolstadt Juan Eck, el que luego fué adversario de Lutero, apoyábase de una parte en Herberstein y de otro lado en una disertación asimismo muy precisa del canónigo de Cracovia Mateo de Miechow, que nuevamente ha dado a luz el geógrafo de Hamburgo Michow. Entonces se divulgó que el Don desembocaba en el Ponto, y el Volga (Rha, Itil, Etilia), lo hacía en el mar Caspio, que no había tales montes de los Rhipeos, y que en el lugar donde se situaban estas supuestas montañas, se extendían dilatadas lagunas; que el Mar Blanco era un golfo del Océano Glaciar Artico, y que en éste vertían los ríos Mezen y Petchora. En el mapa de los *Commentarii* aparecen también el Ural, el Obi y el Irtych. Todavía estaba Siberia fuera del área de influencia rusa, pues las campañas del jefe cosaco Yermak en el Khanato de Sibir, comenzaron en 1557. Pero se habían dado a conocer multitud de noticias nuevas y

seguras, y se concibe que esta ojeada sobre un mundo hasta entonces desconocido, produjera la exclamación de entusiasmo del joven humanista Ulrico de Hutten: «La vida es un encanto».

En la exploración de Norteamérica se distinguieron



FIG. 18. Sebastião Cabot, grabado de un retrato contemporáneo

varios italianos al servicio de Inglaterra y Francia. Giovanni Gabotto, un ligur que vivía en Venecia desde 1461, se trasladó a Inglaterra con sus tres hijos Ludovico, Sebastián y Santo, y en 1490 se hizo ciudadano de Bristol, que era entonces la segunda ciudad del reino. En este emporio comercial encontró fácil acogida el pensamiento de hacer grandes viajes marítimos, y Gabotto padre, a quien

desde entonces siempre se llama John Cabot, recibió del rey Enrique VII, en el año 1497, una especie de patente de descubrimientos, a lo que debió de contribuir la noticia de que Colón había hallado nuevos países. En su consecuencia, vemos a Cabot al año siguiente en la costa norteamericana; Dawson cree que llegó hasta Nueva Escocia y Cabo Bretón. Después de los normandos, él fué el primero que vió el Nuevo Mundo y puso el pie en el Conti-

nente. Con qué carácter tomó parte en una segunda expedición, es, según Errera, una cuestión todavía indecisa. Parece, sin embargo, completamente real que John Cabot tuvo también el mando en esta expedición, según Harrise, el mejor conocedor de la época, aunque en esta empresa haya pasado a primer término su hijo Sebastián, quien no parece que tuviera entonces una personalidad de primera fila, sino que más bien se adornó con plumas ajenas y se apropió la gloria de su padre.

En relación con otros episodios históricos, tenemos que mencionar varias veces a Sebastián Gabotto. En 1503, debió hacer una lejana expedición al Noroeste, y en 1512 se puso a sueldo de España, para en 1517 pasarse de nuevo al servicio de Inglaterra. Por segunda vez le ganó Carlos V, y en 1522 se ofreció a los venecianos para el reconocimiento del paso del Noroeste. Nuevamente le encontramos como piloto para conducir una escuadra española al estrecho de Magallanes recientemente descubierto, y por el incumplimiento de los compromisos contraídos, debió ser castigado con algunos años de destierro a la costa argelina. Desde 1547 hasta el año 1557 en que ocurrió su muerte, vivió indudablemente en territorio británico, preocupado constantemente con el proyecto de encontrar un camino marítimo para llegar hasta la China.

Entre los dos Corterreal y Gómez, a quienes ya conocemos como exploradores del mar costero de América del Norte, figura cronológicamente el florentino Giovanni Verrazzano, cuya vida y principales circunstancias han sido puestas en claro, especialmente por Hugues. No es una cosa absolutamente cierta, según Peragallo, que Verrazzano sea el mismo navegante Juan Florentino, que Carlos V hizo

ejecutar por sus piraterías. El rey Francisco I tomó a su servicio a Verrazzano, a quien públicamente se le reconocía como hombre experimentado en asuntos de navegación, y le ordenó en 1523 que se hiciera a la vela para Norteamérica, hacia donde salió del puerto de Dieppe. Alcanzó la costa por el actual Estado de la Carolina del Norte y se dirigió hacia arriba, hasta llegar al paralelo 50°; aquí permaneció algunos días, para dibujar un croquis exacto del litoral. A la latitud de Terranova naufragó su navío, cosa que describe con gran amenidad de estilo; Harrise dice que sus informes sirvieron para que el continente de América del Norte pudiera ser representado en los mapas con mucha más precisión que antes, y A. de Humboldt le elogia por haber sido el primero que observó las diferencias entre los climas astronómico y físico. Parece que el ilustre marino francoitaliano debió perder la vida en un viaje hacia el Brasil, en el año 1528.

El interés de los franceses por las empresas transatlánticas, quedó en suspenso casi durante dos decenios. En el reinado de Carlos IX, los emigrados hugonotes que construyeron Fuerte Carolina, no se pudieron sostener a causa de los ataques de los españoles y su constante hostilidad contra los protestantes. Pero en cambio, ya antes de esto, un atrevido navegante de Saint-Malo, donde siempre se había mantenido el espíritu de los antiguos normandos, consiguió notables éxitos en el Norte. Parece que desde tiempos muy antiguos, pescadores osados llegaban hasta el Banco de Terranova, y siguiendo su ruta, Jean Cartier visitó en 1534 el estuario del río San Lorenzo y la isla exterior de Anticosti. Al año siguiente, entró en el curso del río, encontrando la aldea india de Quebec y

al regreso vió, desde lejos, una colina que llamó Mont-Royal — ahora Montreal —. Invernó en las riberas del río y en julio de 1536 volvió a Saint-Malo, donde sus relatos sobre el país de Canadá — el nombre de Nueva Francia, propuesto por Verrazzano, no había prosperado — causaron mucha impresión. El Sieur Francisco de la Roque fué investido con el dominio feudal de este territorio de tanto porvenir, cuya colonización debía conceder a Cartier, quien fundó un establecimiento junto a Quebec, aunque este primer intento fracasó y Cartier tuvo que remontar por cuarta vez el San Lorenzo para recoger y repatriar los restos de la desengañada colonia. La transformación del Canadá en una posesión francesa tuvo lugar en el siglo xvii, por los esfuerzos admirablemente dirigidos de Maisonneuve, Frontenac y Samuel Champlain, cuyo nombre lleva el lago que descubrió en el Estado de Nueva York, y si durante la guerra de los Siete Años, que hasta en América repercutió, se rompió la relación política con Francia, la influencia de ésta ha sido tan grande, que aun en nuestros días dominan en todo el bajo Canadá el idioma y las costumbres francesas.

Los dos Cabot habían estado dominados por la misma preocupación que Colón y Magallanes ; consistía ésta en que debía existir un camino marítimo a través de la masa continental de América. Verrazzano y Cartier recogen esta tendencia, pero muy pronto adquiere tal cuestión enorme significación para el comercio de los dos pueblos protestantes que se mantenían en hostilidad constante con España, deseosos de obtener a toda costa un camino hacia la India completamente independiente de las posesiones españolas. Desde mediados del siglo xvi el problema de

los pasos del Nordeste y del Noroeste estuvieron a la orden del día, y si entonces no se pudo encontrar la solución, es absolutamente cierto que ejerció un profundo influjo en el conocimiento de las regiones árticas.

Con el plan de buscar un camino hacia el Noroeste, salió en 1553 Sebastián Cabot, que era por entonces un decrepito anciano. Ya Verrazzano había sostenido que Europa solamente llegaba hasta el 71° de lat. Norte y Olaus Magno se había pronunciado por la posibilidad de realizar un viaje de circumnavegación en torno al Asia. Gerardo Mercator, apoyándose en Plinio, describía el promontorio de Tabin — así se ha llamado « a la punta más avanzada del Cabo Tscheliuskin » — como el saliente más septentrional del Asia. Por instigaciones de Cabot, se construyó una sociedad comercial moscovita, la que en 1553 envió tres navíos al mando de Hugh Willoughby, Ricardo Chancellor y Stephen Bourrough. El primero y el tercero tuvieron que invernar en la costa de Laponia y como la expedición no estaba preparada para este caso, pocos hombres escaparon con vida.

Más afortunado fué Chancellor, en cuyo navío se encontraba también por casualidad Bourrough. Chancellor penetró en el Mar Blanco y, a semejanza del normando Othario, abrió un mercado con los indígenas en el lugar donde luego fué edificada Arkangelsk, y se aventuró hasta la corte de los Zares, en Moscú, donde ultimó con feliz éxito un ventajoso tratado de comercio. A este suceso, se refiere un pasaje del *Demetrius*, de Schiller (« es un navío mercante inglés, y para llegar hasta nosotros ha encontrado un camino por los hielos »). En 1556 partieron de nuevo Chancellor y Bourrough, pero el primero perdió

esta vez su navío y la vida, mientras su colega navegaba alrededor de la costa escandinava, descubría Nueva Zembla y la isla de Waigats y la entrada del mar de Kara, que no pudo forzar. La compañía se contentó con estos resultados y no emprendió ya más expediciones marítimas, sino que buscó tener conocimiento de la situación mercantil de Rusia, y en el año 1558 visitó su agente Tomás Jenkinson la ciudad de Astrakán, hacía poco libertada de la dominación tártara, y desde allí atravesó el Mar Caspio y penetró hasta el Turquestán. Cuatro años después encontramos al mismo Jenkinson en Kaswin, para obtener del Sha de Persia un tratado de comercio beneficioso para la compañía. Como conocía el manejo de instrumentos astronómicos, pudo hacer un trazado de mapas mejor que sus antecesores, y solamente para aquellos lugares donde no pudo ir, hubo que conformarse con las representaciones menos perfectas de Herberstein. Así se hacía desaguar todavía el Obi en un cierto lago Kitaisk, cuya determinación, como puede comprenderse, ha sido perseguida en vano.

Hacía mucho tiempo que Cabot había muerto, pero el impulso por él dado fué realmente eficaz y por tercera vez, se hicieron, en 1580, a la vela unos navíos ingleses, para alcanzar el lejano objetivo del paso del Noroeste. Los dos capitanes eran Carlos Jakman y Arturo Pet. Aunque sus dos navíos se extraviaron, pudieron reunirse conforme al programa convenido en el lado oriental de la isla de Waigats. A causa de los témpanos flotantes que arrasaba el mar de Kara, no se atrevieron a penetrar en él. Al regreso, se separaron de nuevo y Jakman tomó el rumbo hacia Islandia, donde desapareció sin dejar rastros.

Pet regresó felizmente a su patria, y su relación constituye uno de los elementos de más valor de la importante colección de narraciones de viaje de Hakluyt. Desde entonces renunciaron los ingleses a forzar el paso del Noroeste y abandonaron el campo a los holandeses. Esto mismo



FIG. 19. La Reina Isabel de Inglaterra. (Al fondo está representada «la destrucción de la Armada Invencible».)

ocurrió con el paso del Noroeste. Cabot no había podido conseguir su objeto, y no tuvo mejor resultado un cierto Ricardo Thorne. Medio siglo transcurrió hasta que el proyecto fué seriamente recogido; esto ocurrió en el período que más sobresalió por su esplendor espiritual y material, la época de la reina Isabel. Una nueva obra de Payne y Bearley (*Voyages of the Elizabethan Seamen*,

Oxford, 1907), reúne todas las relaciones originales de los navegantes que se distinguieron en este aspecto, con las ilustraciones necesarias.

El primero que salió fué R. Hawkins (1562-1568), sin obtener resultado seguro. Le siguió J. Frobisher (en latín Forbiserus), cuyos tres viajes tuvieron lugar de 1576 a 1578. Geográficamente, no produjeron el fruto esperado, pues el Frobisher-Sund, que debía ser el «estrecho de Magallanes del Norte», apareció como una simple, pero también profunda desgarradura, separada por la «Meta incógnita» (término desconocido) del estrecho de Hudson, aun más profundo. Además de esto, el dorado metal, del que se condujo a Inglaterra un cargamento entero como si fuera verdadero oro, se convirtió en virtud de un examen más detenido en piritas azufrosas de escaso valor.

El rico comerciante W. Saunderson constituyó entonces una sociedad para el descubrimiento y explotación del nuevo camino hacia la India, y en el marino John Davis, de reconocida habilidad, se creyó encontrar el hombre a propósito para el caso. Davis salió de Darmouth en el año 1585, costeando Groenlandia sin conocerla, tanto, que llegó a creer que con la «Tierra de la Desolación» había incorporado a la Geografía un nuevo territorio, y continuó por la costa de Norteamérica hasta el límite de los hielos flotantes. Allí descubrió el estrecho llamado justamente de Davis, considerándolo como un confuso agregado de islas, pero entre las que supuso que debía extenderse hacia el Oeste, sin la menor duda, un camino practicable. Un cuarto intento de Frobisher (1586) no dió tampoco solución al enigma, y entonces se acudió nuevamente a Davis, quien salió en mayo de 1587 y exploró

la costa occidental de Groenlandia hasta el paralelo 72. A pesar de que el camino estaba lleno de obstáculos por las masas de témpanos, sobre cuya existencia fué el primero que informó detenidamente, atravesó por segunda vez el estrecho de su nombre, y encontró entonces la entrada del estrecho de Hudson. En una carta que escribió a Saunderson, expone las grandes esperanzas que puso en este hallazgo. Pero la amenaza de la guerra española (« la Armada invencible ») estorbó la realización de sus proyectos y dió a la actividad de los ingleses otra dirección muy distinta. Documentos hallados recientemente por Foster, hacen ver que Saunderson y Davis se propusieron entonces el plan de llegar hasta la India navegando directamente alrededor del África. En el año 1590 partió Davis con el « Samaritano », pero ya en la costa marroquí encontró su camino cortado por los españoles, que después de varios combates le obligaron a regresar. También quedó sin resultado la expedición de lord Cavendish (1586-1588).

Mientras vivió la gran reina, las preocupaciones políticas dejaron poco espacio para reanudar las navegaciones al Noroeste, de las que fué el principal protector e instigador el consejero de la Corona lord Walsingham, aun antes de morir Isabel. En el reinado de Jacobo I, resurgió el espíritu de expansión. Enrique Hudson hizo ya una tentativa en el año 1609, remontando el curso del río llamado desde entonces de Hudson, hasta la comarca de Albany, y al año siguiente recibió la orden de buscar un camino marítimo precisamente al Sur de la « Meta incógnita », de Frobisher. Hízolo así y con justicia se llama desde entonces aquel paso, estrecho de Hudson. Le pareció haber

encontrado el anhelado camino, y entonces varios patriotas, dirigidos por sir Thomas Smith y sir John Wolstenholme facilitaron los medios para que Hudson pudiera realizar un nuevo viaje de descubrimiento. Pero de este viaje no regresó. Se sabe que hacia fines de julio de 1610 llegaba a la isla de Salisbury y avanzaba por el sur del mar libre que lleva su nombre — bahía de Hudson — y cuando se disponía a invernar bajo los 52° de lat. Norte, la tripulación, indisciplinada, llegó a amenazarle con la muerte, y finalmente, en julio de 1611, no lejos de Cabo Wolstenholme, estalló una abierta rebelión. Hudson fué abandonado en una chalupa abierta, con su hijo y ocho marineros que le permanecieron fieles ; nunca más se ha vuelto a saber de aquellos infelices. En el año 1612 salieron dos navíos, al mando de Button y de Ingram, en seguimiento de sus huellas ; pero como no se pudo encontrar a los desaparecidos, hubo que desistir de las pesquisas. La afirmación de Button, de que según la observación de las mareas, debía existir una comunicación entre la bahía de Hudson y el Océano Pacífico, estimuló nuevos intentos para buscar esta unión.

Se confió entonces misión tan delicada a Roberto Bylot, que era personalmente un hábil marino, y que además tuvo la suerte de que se le diera como auxiliar a un hombre de especial experiencia y pericia, William Baffin, que ya había mandado una expedición a Groenlandia, y que aceptó con raro desinterés servir como piloto a las órdenes de Bylot. Él fué el primero que aplicó prácticamente el método de la distancia lunar a la determinación de latitudes, que desde un punto de vista completamente teórico, había sido defendido mucho antes por Juan Werner y Peter Apiano.

Cuando el « Discovery », de Bylot, llegó en mayo de 1615 al estrecho de Hudson, extendíase por el entonces titulado Canal de Fox un camino hacia el Norte, y estudió Baffin los cambios temporales de las corrientes en la costa de la isla de Southampton, y se convenció, al contrario que Button, de que las olas de las altas mareas procedían del Océano Atlántico. Esta observación destruía el proyecto y decidió a ambos jefes a regresar a la patria, cosa que se realizó tan rápida y felizmente, que el « Discovery » arribó a Inglaterra sin que hubiera ocurrido a bordo ni un solo fallecimiento.

Un último recurso pareció ofrecerse después de haber sido rechazado el estrecho de Hudson, que hubiera alguna probabilidad a una latitud más elevada. Para hacer este ensayo se prestó Baffin, y así, navegando bajo la misma dirección, corría el « Discovery », en 1616, por un mar libre que se extendía al norte del estrecho de Davis, nuestra actual bahía de Baffin. Allí donde ésta se estrecha para formar el Smith-Sund, situado bajo el paralelo 78, se corrió el navío hacia la costa americana, y entonces se encontró realmente la entrada del paso del Noroeste al que conducen el Lancaster-Sund y el Jones-Sund. Sólo que el paso que hacía poco se ofrecía libre a Baffin y Bylot, se hallaba aquella vez cubierto de témpanos de hielo, por lo que no invitaba a confiarse en él, cosa que nunca se ha censurado a Baffin. Rodeado de hielos, el buque avanzaba con dificultad, hasta que, por fin, encontró, afortunadamente, el camino de vuelta a su patria. Los escritos de Baffin a Wolstenholme, muestran los resultados de su experiencia y acaban por declarar que la ruta que él mismo había defendido anteriormente, no debía existir

en realidad. Con esto terminaron durante dos siglos los esfuerzos ingleses, hasta que se inició un nuevo período, ilustrado con los nombres gloriosos de John Franklin, Ross, Mac Clintock y Mac Clure.

Como hemos indicado, los territorios del paso del Noroeste formaron en el último período un exclusivo campo de acción de los holandeses. Ciertamente que al principio tuvieron que contar con la rivalidad británica, y Oliverio Brunel, que en 1565 se atrevió a ir desde la península de Kola a Rusia, fué encarcelado por los rusos a consecuencia de las instigaciones inglesas. Pero Brunel consiguió dominar estos obstáculos, y pudo botar al agua un navío mercante junto al convento de Cholmogory, en las cercanías del emporio comercial de Archangelsk, fundado en 1584. Un viaje que emprendió al país de los samoyedos, tuvo escaso éxito: sufrió un naufragio, abandonando Rusia y desapareciendo con esto de nuestra vista. Brunel debió realizar después varios viajes a Groenlandia, bajo la bandera danesa.

Pero el impulso no había sido dado inútilmente. Baltasar de Moucheron propuso en 1593 al Sthathouder Mauricio de Orange el proyecto de llegar hasta la China por el mar de Kara, y consultado el cartógrafo Plancius sobre la posibilidad de este plan desde el punto de vista científico, se hicieron a la vela, sin demora, cuatro navíos, de los que dos, al mando de Cornelius Corneliszon Naij y Brandt Ijsbrandszon Tetgales eran del Gobierno y los otros dos, puestos al mando único de Guillermo Barentz, pertenecían a la ciudad de Amsterdam. Los dos buques del Gobierno penetraron por la puerta Ugriana (estrecho de Nassau de los holandeses), en el mar de Kara, pero

regresaron desde la misma entrada sin motivo para ello. Barentz se vió obligado a proceder de igual manera, porque la gran isla de Nueva Zelanda le cerraba el paso. No obstante, en 1595, una fuerte escuadra de siete navíos, salió « para llegar desde el Norte a los reinos de la China y Japón », solamente que como esta expedición había partido mucho más tarde, o sea en 2 de julio, se encontró ante Waigats con una impenetrable masa de hielo. A pesar de ello, se recogieron algunas noticias de los habitantes de la costa, como que la de más al este del Obi, vertía otro gran río en el Mar Polar, el « Gilissy » o Jenissei, y que entre las desembocaduras de ambos ríos, realizaban los rusos un animado comercio.

El Sthathouder se decidió por esta causa a proseguir el proyecto, prometiendo a quien alcanzara tan feliz resultado, una cuantiosa recompensa metálica. También las autoridades de Amsterdam se mostraron entonces optimistas; enviaron en 1596 dos buques al mando de Jan Corneliszon Rijp y Jacobo Hendrickszon Heemskerck, con la misión de llegar hasta el Jenissei, permanecer allí el invierno, y a la primavera siguiente continuar hacia el Este. El reconocimiento de la necesidad de hacer una invernada con arreglo a un plan, constituía un importante progreso.

Ya el 9 de junio descubrió Rijp la isla de Bären, que desde 1603, solían visitar frecuentemente los buques balleneros ingleses, y ocho días después, vió los pintorescos acantilados de un grupo desconocido, el de Spitzberg. Más allá, se juntaron nuevamente, en 1.º de julio, ambos navíos y otra vez volvieron a separarse. Rijp pensaba que precisamente doblando la península de Tabín, alcanzaría una latitud más alta, pero los hielos que se extendían en la

costa oriental de Spitzberg, le impidieron proseguir adelante. A pesar de los importantes descubrimientos geográficos conseguidos, la ruta mercantil hacia Quinsay permanecía cerrada.

Heemskerck pudo llegar en su derrotero más al Este, doblando la punta septentrional de Nueva Zembla, sólo



FIG. 20. La expedición de Barentz construyendo su cuartel de invierno (Según WEER, *The Free voyages of William Barentz to the arctic regions*)

que inmediatamente después se vió en la necesidad de hacer invernada en condiciones mucho más desfavorables de las que se habían previsto. Como todos reconocían la entereza y la competencia de Barentz, que a semejanza de Baffin y por afición al asunto de la expedición se había contentado con el cargo de piloto, fué investido entonces

del mando. La prisión entre hielos, transcurrida en su mayor parte sin luz de sol duró desde el 16 de agosto al 14 de junio, y el ejemplo de Barentz mantuvo a la tripulación, entre la que ya empezaba a cebarse el escorbuto, en la mayor actividad. Como el buque no podía huir del círculo de hielo, se construyeron botes, y en éstos pudo alcanzar Heemskerk con la mayor parte de su gente, la costa firme de Rusia y con ella la salvación, pero en cambio, el excelente Barentz murió durante el viaje. En 1871 encontró el noruego Carlsen las moradas de la invernada, todavía muy bien conservadas, dando a este lugar el nombre de Barentz para su gloria imperecedera.

Durante mucho tiempo quedó, con esto, olvidado el proyecto de un viaje de navegación en torno al Asia. Por la influencia de los escritos de Kepler, en correspondencia con la necesidad físico-teológica, formulada por Elíseo Roeslin, de la existencia de un mar polar libre, decidióse, en 1611, la Compañía holandesa de las Indias Orientales a enviar una vez más dos navíos para la resolución del viejo problema; pero sus jefes Naij y Cat, se convencieron de que por entonces era insoluble. Estos esfuerzos y los capitales consumidos en los descubrimientos realizados, se compensaron abundantemente porque las aguas de Spitzberg contenían una gran riqueza en pesca y ballenas.

Desde 1597, trasladáronse hacia aquí preferentemente navíos ingleses, dirigidos más al Este que los de los hábiles arponeros vascos. También apareció en 1607 un buque para el reconocimiento de las circunstancias geográficas, cuyo capitán era el experimentado Hudson; posiblemente fué en este viaje, a lo menos así lo cree Barrow,

cuando vió el único volcán insular de la zona glaciaria, al que en 1611 los holandeses dieron el nombre de Jan Ma-
jen. Entre ingleses y holandeses, que también por enton-
ces continuaban con gran energía sus ansias de conquista,
surgieron vivas diferencias, hasta promoverse una guerra
sangrienta, a la que por fin se puso término en el reinado
de Carlos I, por la conclusión de un tratado que determi-
naba los respectivos campos de acción. A aquella época
corresponde el período de esplendor de Spitzberg; en-
tonces nació la pequeña ciudad de Smeerenberg, en cuyos
talleres había artesanos para proveer a las necesidades
de la colonia veraniega. Ruinas de las casas de madera y
numerosas cruces, son para los actuales pasajeros, mues-
tras de este pasado.

El siglo XIX trajo la resolución de los pasos del Nor-
oeste y del Noroeste. Que el primero existía realmente, aun-
que su utilidad práctica fuera completamente nula, fué
puesto fuera de toda duda en 1851 por Mac Clures, en cuya
travesía empleó tres años, marchando siempre en direc-
ción occidental a través de un archipiélago rodeado de
hielos. A. E. de Nordenskiöld probó que el paso del
Noroeste era más práctico y menos peligroso, con su expe-
dición realizada en el « Vega », en los años 1879 y 1880, en
la que casi sin invernada — y aun ésta muy corta y sin
peligro alguno — pudo conseguir su objetivo. No obs-
tante, este paso del Nordeste se halla tan elevado en lati-
tud, que solamente de una manera muy limitada puede
servir los intereses del comercio mundial.

Respecto a los límites cronológicos de la época de los
descubrimientos, deben ser determinados con una cierta

libertad. Aproximadamente, transcurren unos dos siglos desde que aparece en escena Enrique el Navegante, hasta que se apoyan los estímulos de los descubrimientos polares, en el segundo decenio del siglo xvii. A manera de buena piedra terminal, debemos aceptar el viaje de circunnavegación, ya indicado, de Le Maire y van Schouten, y a esta misma fecha corresponde el mapa de Waghenauer y Hondius, recientemente encontrado por J. Fischer en el palacio de Wolfegg, y que muy característicamente se titula *Novissima et exactissima totius orbis terrarum descriptio magna* (1611), en la que los puntos esenciales del contorno de África y América presentan la forma precisa. Los grandes países coloniales aparecen esencialmente como en nuestros mapas modernos, con excepción naturalmente de Australia, cuyo contorno litoral fué por primera vez reconocido por el gran descubridor Abel Tasman. En este hecho encontramos una tardía, pero espléndida culminación de la era de los descubrimientos en su sentido más restringido, pudiéndose señalar como momento preciso para su conclusión, la fecha en que se hizo la mencionada representación cartográfica. Y en el año 1612 comienza también la colonización holandesa en la costa de Guinea.

BIBLIOGRAFÍA

- AHLENIUS, *Die älteste geographische Kenntniss von Skandinavien*. Upsala, 1898.
- ASHER, *Henry Hudson the Navigator*. Londres, 1860.
- AMAT DI SAN FILIPPO-UZIELLI, *Studi biografici e bibliografici sulla Storia della Geografia in Italia*. Roma, 1882.
- BARROS-LAVANHA-DO CONTO, *Asia. Décadas 1-12*. Lisboa, 1778 a 1788; edición alemana (compendiada) de Soltau. Brunswick, 1821.
- BAUM, *Die Demarkationslinie Alexander VI*. Colonia 1890.
- BREUSING, *Leitfaden durch das Wiegenalter der Kartographie bis zum Jahre 1600*. Francfort a. Mein., 1883.
- DE JONGE, *De opkomst van het Nederlandsch Gezag in Oost-Indië*. La Haya, 1862.
- ERRERA, *L'epoca delle grande scoperte geografiche*, Milán. 1902.
- J. FISCHER, *Die Entdeckungen der Normannen in Amerika*. Friburgo i. B., 1902.
- J. E. FISCHER, *Sibirische Geschichte*. San Petesburgo, 1768.
- GALLOIS, *Les géographes allemands de la renaissance*. París, 1890.
- GOSCH, *The Danish Expeditions to Greenland*, Londres. 1896.
- GÜNTHER, *Adam von Bremen, der erste deutsche Geograph*. Praga, 1894.
- *Johann von Eck als Geograph*, Munich. 1892 (Investigaciones sobre la historia de la cultura y de la literatura bávara, 2 tomos).
- *Martin Behaim*. Bamberg, 1890.
- *Geschichte der Erdkunde*. Leipzig-Viena, 1904.
- HÄBLER, *Kolonialunternehmungen der Fugger, Ehinger und Welser im 16. Jahrhundert*. Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin, tomo 27.
- HAKLUYT, *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*. Londres, 1598-1600. 1809-1812.

- A Selection of curious, rare and early Voyaga and Histories*, etc. id. 1812 (1).
- HAMY, *Etudes historiques et Géographiques*. París, 1896.
- HARRISE, *Chr. Colomb devant l'histoire*. París, 1892.
- *The Discovery of America*. id. 1892.
- *Découverte et évolution cartographique de Terre Neuve*. id. 1896.
- HASSETT, *Die Polarforschung; Geschichte der Entdeckungsreisen zum Nord-und Südpol von den ältesten Zeiten bis zur Gegenwart*. Leipzig, 1902.
- HERRERA, *Historia general de los hechos de los Castellanos*. Madrid, 1601-1615.
- HÜMMERICH, *Quellenuntersuchungen zur ersten Indiefahrt Vasco da Gamas*. Munich, 1897.
- *Vasco da Gama und die Entdeckung des Seeweges nach Ostindien*, id., 1898.
- HUGUES, *Cronologia delle scoperte e delle esplorazioni geografiche*. Milán, 1902.
- *Storia della Geografia e delle scoperte geografiche*. Turín, 1884-1889.
- V. HUMBOLDT, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique dans les 15^e et 16^e siècles*. París, 1836-1839; edición alemana de L. Ideler. Berlín, 1836-1852.
- KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerikas in ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes*, Berlín. 1892.
- *Historia de la Geografia*. Barcelona, 1926. (COLECCIÓN LABOR).
- KUNSTMANN, *Die Kenntnis Indiens im 15. Jahrhundert*. Munich. 1862.
- *Die Fahrt der ersten Deutschen nach dem portugiesischen Indien*. id., 1862.
- LAMPE, *Grosse Geographen; Bilder aus der Geschichte der Erdkunde*. Leipzig, Berlín, 1915.
- LAS CASAS, *Historia de las Indias*, 4 tomos. Madrid, 1875 (nueva edición).
- LANGMANTEL, *Ulrich Schmiedels Reise nach Südamerika in den Jahren 1534-1554, nach der Münchener Handschrift herausgegeben*. Tübingen, 1889. (Biblioteca del Círculo Literario de Stuttgart, tomo 184).

(1) Como una especie de continuación deben ser considerados los volúmenes publicados por la « Hakluyt Society », que casi llegan a 100, en los que aparecen las más importantes relaciones de viajes de diversas épocas, acompañadas parcialmente de trabajos críticos.

- MAJOR, *The Life of Prince Henry of Portugal* Londres, 1868.
- MARKHAM, *The Voyages and Works of John Davis the Navigator*. Londres, 1880.
- NAVARRETE, *Viajes y descubrimientos*. Madrid, 1825-1837.
- A. E. v. NORDENSKIÖLD, *Facsimile-Atlas to the early History of Cartography*. Stockholmo, 1889.
- *Periplus, an Essay on the early History of Charts and Sailing Directions* id., 1897.
- PARKMAN-KAPP, *Die Pioniere Frankreichs in der Neuen Welt*. Stuttgart, 1875.
- PESCHEL, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*. Stuttgart. 1858.
- PESCHEL-S. RUGE, *Geschichte der Erdkunde bis auf A. v. Humboldt und C. Ritter*, 2.^a edición. Munich, 1876.
- PURCHAS, *The Pilgrimes*. Londres, 1625.
- RAVENSTEIN, *Martim de Bohemia*. Lisboa, o. a.
- REIN, *Zur Entdeckungsgeschichte Amerikas, Geographische und Naturwissenschaftliche Abhandlungen*, I. Leipzig, 1892.
- RITTER, *Geschichte der Erdkunde und der Entdeckungen*, 2.^a ed., Berlin, 1880.
- RUGE, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen* Berlin, 1881.
- SCHÜCK, *Der Kompass*, I-II. Hamburgo, 1913-1915.
- SCHUMACHER, *El Dorado ; aus der Geschichte der ersten amerikanischen Entdeckungreisen*, Comunicaciones de la Sociedad Geográfica de Hamburgo, 1889-1890.
- SENSBURG, *Poggio Bracciolini und Niccolo de Conti in ihrer Bedeutung für die Geographie des Renaissancezeitalters*. Comunicaciones de la Sociedad Geográfica de Viena, 1906.
- VARNHAGEN, *Historia geral do Brasil*. Rio de Janeiro, 1855.
- VIVIEN DE ST.-MARTIN, *Histoire de la géographie et des découvertes géographiques*. Paris, 1873.
- H. WAGNER, *Die Rekonstruktion der Toscanelli-Karte*. Informes de la Sociedad Científica de Göttinga, 1894.
- *Das Rätsel der Kompass-Karten im Lichte der Gesamtentwicklung der Seekarten*. Discusión del XI Congreso Geográfico alemán, Berlin, 1896.
- V. WIESER, *Magalhaësstrasse und Australkontinent auf den Globen des Johannes Schoener*. Innsbruck, 1881.
- WAPPAEUS, *Untersuchungen über die geographischen Entdeckungen der Portugiesen unter Heinrich dem Seefahrer*, I. Göttinga, 1842.
- YULE, *The Book of Ser Marco Polo*, Londres, 1875.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Acuña, Alvaro de, 119.
Adam de Brema, 18, 20.
Agathodaemon, 12.
Agripa, 13.
Aguilar, P. Jerónimo de, 108.
Ahuitzotl, 109.
d'Ailly, 61.
Alaminos, Antonio, 107, 108.
Alarcón, 115.
Alberto Magno, 34.
Albiruni, 16.
d'Alburquerque, Alfonso, 51.
Alejandro VI, 44.
Alemán, 5.
Alfonso V, 36.
Alfredo, 17.
Almagro, Diego, 125, 127, 132.
d'Almeida, Francisco, 50, 51.
Alonso, Martín, 66.
Alonso de Santa Cruz, 44.
Alvarado, Hernando de, 116.
— Luis de, 118.
— Pedro de, 112, 114, 119.
d'Ango, Jean, 59.
Antonino, Itinerario de, 13.
Apiano, Peter, 77, 147.
Ari Marsson, 20.
Aristóteles, 5.
Atahualpa, 125.
Avienus, 7, 8, 67.
Ayllón, Vázquez de, 117.
Ayolas, Domingo, 131.
Azurara, 30.

Bacon, Roger, 31.
Baffin, William, 147, 148.

Balboa, Vasco Núñez, 103, 104,
105, 129.
Barbosa, 56.
Barentz, Guillermo, 149, 150
y ss.
Barni, 20.
Bastidas, Rodrigo de, 98.
Bastón de Jacob, 37.
Becerra, Diego, 114.
Behaim, Martín, 37, 40, 42, 64,
75, 82, 136.
Beira, Fernando de, 59.
Bering, Vitus, 134.
Berlanga, Tomás de, 91.
Bethencourt, 34.
Bobadilla, Francisco de, 72.
Bourrough, Stephen, 142.
Brunel, Oliverio, 149.
Bussbach, 76.
Button, 147.
Bylot, Roberto, 147, 148.

Ca da Masser, Lubardo, 48.
Cabeza de Vaca, Alvar Núñez,
117, 130, 131.
Cabot, Giovanni, 138, 139.
— Ludovico, 138.
— Santo, 138.
— Sebastián, 138, 139, 142,
144.
Cabral, Pedralvares, 49, 99,
101.
Cabrillo, Juan Rodríguez, 116.
Cadamosto, Alvise, 35.
Camargo, Alonso de, 95.
Camoens, 54.

- Caneiro, 75.
 Cantino, 75.
 Cao, Diego, 37, 38, 40, 42.
 Carignano, Giovanni da, 32.
 Carlos V, 113, 115, 121, 125, 127, 139.
 Carlsen, 152.
 Cartier, Jean, 140, 141.
 Carvajal, Juan de, 122, 128, 129.
 Carvalho, López, 87.
 Casas, Francisco de las, 114, 121.
 Cavendish, Lord, 146.
 Cintra, Pedro de, 36.
 Clavus Niger, Claudius, 20.
 Clintock, Mack, 149.
 Clure, Mac, 149, 153.
 Coelho, Gonzalo, 100, 101.
 — Nicolao, 45, 47.
 Colón, Bartolomé, 71, 72, 74, 75.
 — Cristóbal, 20, 27, 58 y ss., 82, 96.
 — Diego, 74.
 Condamine, La, 129.
 Conti, Niccolo, 27.
 Cook, 95.
 Cordenao, García López, 116.
 Corneliszon Naij, Jan, 134.
 — Naij, Cornelius, 149.
 — Rijp, Jan, 150.
 Coronado, Francisco Vázquez, 115, 116, 118.
 Corterreal, Gaspar, 102, 139.
 — Miguel, 102.
 Cortés, Hernán, 108, 110, 111, 112 y ss.
 Cosa, Juan de la, 71, 75, 96, 97, 103.
 Cousin, Jean, 59.
 Coutinho, Fernando, 51.
 Covilhão, Pedro de, 43.
Crónica de Guinea, 30.
 Cunha, Nuño da, 53.
 — Tristán da, 51.
 Champlain, Samuel, 141.
 Chancellor, Ricardo, 142.

 Da Noli, 35, 36.
 Dalorto, Angelus, 32, 33.
 Dante, 31.
 Dávila, Pedrarias, 105, 117.
 Davis, John, 145, 146.

De Moluccis insulis, 89.
 Deschnew, 134.
 Díaz, Bartolomé, 42.
 — Diniz, 35.
 — Melchor, 115.
 Dikuil, 14.
 Dorado, El, 120, 128.
 Dourado, Vas, 99.
 Drake, Francisco, 89.

 Eanes, Gil, 34.
 Eck, Juan, 137.
 Edrisi, 16.
 Ehinger, Ambrosio, 121.
 — Enrique, 121.
 Elcano, Sebastián de, 87, 88, 91.
 Enciso, 103, 105.
 Eneas Silvio, 61, 73.
 Enrique el Navegante, 29, 33, 34, 35, 36.
 Enrique VII, 138.
Ephemerides de Regiomontano, 38.
Epistola ad Sygerum, 31.
 Eratóstenes de Alejandría, 8.
 Erik Rauda, 19, 21.
 Escovar, Pedro de, 36.
 Especies, País de las, 128.
 Esquilo, 5.
 Esteras, Alvaro, 36.
 Estrabón, 10.
 Etico, 13.

 Faleiro, Ruy, 81, 83.
 Federman, 121, 122.
 Fernandes, Alvaro, 35.
 — João, 35.
 — Tristão, 35.
 Fernández, Juan, 93.
 — de Oviedo, 105.
 Fibonacci, Leonardo, 17.
 Florentino, Juan (v. Verrazano), 139.
 Francisco I, 140.
 Franklin, John, 149.
 Frobisher, 145, 146.
 Frontenac, 141.
 Fuca, Juan de, 133, 134.
 Fugger, Familia de los, 56.

 Gama, Paulo de, 45, 47.
 — Vasco de, 15, 44, 48, 50, 53, 72.

Garay, Francisco de, 117.

— Juan de, 132.

Gasca, Pedro de la, 127.

Gastaldi, Jacobo, 133.

Glareanus, 77.

Gomes, Diego, 35.

— Fernão, 36, 118.

Gómez, 139.

Gonçalves, Ruy, 59.

González, Alfonso, 35.

— Dávila, Gil, 107.

Grijalba, Juan de, 91, 107.

Guatimozin, 113.

Gunbjörn, 19.

Gutiérrez, Diego, 119.

Guyot de Provins, 31.

Hannon, 6, 7.

Harf, W. von, 16.

Haro, Cristóbal de, 81.

Hawkins, 145.

Heemskerk, 151, 152.

Heithon, 24.

Hendrickszon Heemskerk, Jacobo, 150.

Herberstein, Segismundo, 136, 137, 143.

Hernández de Córdoba, Francisco, 107.

Herodoto, 6.

Hesiodo, 5.

Himilcon, 7.

Hippalus, 9.

Hipparco, 12.

Hirschvogel, 56.

Historia general de las Indias, 105

Hochstätter, 56.

Hohermuth, 121.

Hojeda, Alonso de, 70, 96, 97, 102, 103.

— Diego de, 70.

Hondius, 154.

Huáscar, 126.

Hudson, Enrique, 146, 152.

Hutten, Felipe de, 122.

— Ulrico de, 138.

Ibn Batuta, 16.

— Gubayr, 16.

— Hauqual, 16.

— el Wardí, 16.

Ijsbrandszon Tetgales, Brandt, 149.

Imhof, 56.

Indicopleustes, Cosmas, 13.

Ingram, 147.

Irala, Martínez de, 131, 132.

Isabel de Inglaterra, 144.

Itinerarium Hierosolymitanum, 13.

Jacobo I, 146.

Jahuda Cresques, 33.

Jaime de Mallorca, 33.

Jakman, Carlos, 143.

Jenkinson, Tomás, 143.

Jovius, 137.

Juan II, 36, 38, 43, 64.

Juan III, 53, 102.

Kepler, 152.

Ladrillero, Juan, 95.

Latini, Brunetto, 31.

Legazpi, Miguel López de, 92, 93.

Leif, 20.

Lemos, 99.

Lendas da India, 45.

Leonardo de Vinci, 82, 89.

Lepe, Diego de, 98.

Levi ben Gerson, 38.

Libro del Nilo, 8.

Loaysa, García Jofre de, 90, 91.

Longjumel, Andreas de, 23.

Lopes, Tomé, 50.

López de Segueira, Diego, 52.

Lud, 76.

Luque, Hernando de, 125.

Magallanes, Fernando, 52, 80, 87, 89.

Magno, Olaus, 142.

Maire, Le, 90, 154.

Maisonnette, 141.

Maldonado, 134.

Manuel « El Afortunado », 44.

Marchena, 65.

Maricourt, Pierre de, 31.

Marignolli, Giovanni di, 25.

Marino de Tiro, 11, 32.

Martyr, Pedro, 69, 81, 97.

— d'Anghiera, Petrus, 61.

Mascarenhas, Jorge de, 54.

— Pedro de, 53.

Massudi, 16.

Mauricio de Orange, 149.

Mauro, Fra, 26.

- Mayr, Hans, 56.
 Médicis, Lorenzo de, 76.
 — Portulano, llamado del s, 33
 Mela, Pomponio, 12.
 Mendaña de Neyra, Alvaro, 94.
 Mendoza, Hurtado de, 113,
 114, 115, 116, 131.
 — Pedro de, 150.
 Menezes, Duarte de, 53.
 — Enrique de, 53.
 Mercator, Gerardo, 142.
 Mhoit, El, 15.
 Miechow, Mateo de, 137.
 Montecorvino, Giovanni da, 24.
 Montezuma I, 109.
 Montezuma II, 109, 110, 112.
 Morales, Andrés de, 98, 106.
 Moricelli, Lancelot, 34.
 Moucheron, Baltasar, 149.
 Münzer, 64.

 Naddodr, 19.
 Narváez, Pánfilo de, 112, 117,
 118.
 Necao, 6.
 Neckam, Alejandro, 31.
 Nicuesa, 103.
 Niño, Andrés, 107.
 — Pero Alonso, 97.
 Noorts, van, 90.
 Nordenskiöld, A. E. de, 153.
 Noronha, García da, 53.
 Nova, João da, 49.
*Novissima et exactissima totius
 orbis terrarum descriptio
 magna*, 154.
 Núñez, Blasco, 127.

 Olaus Magnus, 22.
 Olid, Cristóbal de, 113, 114.
 Oliveira, 82.
 Ophir, País de, 7.
Ora maritima, 7.
 Orellana, Francisco de, 128, 129.
 Oronce Finé, 89.
 Orosio, 17.
 Ortiz, Juan de, 118.
 Othario, 18, 142.
 Ovando, Nicolás de, 72, 73.

 Pacheco, Diego, 56.
 — Duarte, 50, 99.
 Paiva, Alfonso de, 43.

 Parménides, 5.
 Parmentier, 56.
 Paulmier de Gonneville, 59.
 Peiroto, Diego, 55.
 Peres d'Andrade, Fernão, 54.
 — — Simón, 54.
 Periegetes, Dionisio, 12.
 Pet, Arturo, 143.
 Pians Carpini, Giovanni, 24.
 Pigafetta, 83, 88, 95.
 Píndaro, 5.
 Pineda, Alvarez de, 117.
 Pinto, Mendes, 54.
 Pinzón, 99.
 Pizarro, Francisco, 103, 106,
 125, 126.
 — Gonzalo, 127, 128.
 — Hernando, 126.
 — Juan, 126.
 Pizigani, 33.
 Platón, 5.
 Plinio, 11, 142.
 Polo, Andrea, 25.
 — Maffeo, 25, 26.
 — Marco, 25, 26, 27, 61, 73, 134.
 — Niccolo, 25, 26.
 Ponce de León, Juan, 107, 117.
 Pordenone, Odorico da, 25.
 Ptolomeo, Claudio, 12, 32, 33,
 76.
 Pytheas, 9, 10.

Quator Navigationis, 76.
 Quesada, Gonzalo Giménez de,
 122.
 Quirós, Pedro Fernández, de 94,
 95.

 Raleigh, Walter, 121.
 Rávena, Anónimo de, 13.
 Regiomontano, Juan, 38.
 Reinel, Jorge, 82.
 — Pedro, 82.
 Rem, Lucas, 56.
*Rerum Moscovitarum Comenta-
 rii*, 137.
 Retes, 92.
 Ringman, 76.
 Robin, 93.
 Rodríguez de Lima, 43.
 Roeslin, Eliseo, 152.
 Roldán, Francisco, 72.
 Roque, Francisco de la, 141.

- Ross, 149.
 Roteiro, 45.
 Ruchamer, Jobst, 75.
 Ruysbroek, Guillermo, 24.

 Saavedra, Alvaro de, 91.
 Sailer, Jerónimo, 121.
 Salcedo, Juan de, 93.
 Salomón, 7.
 Salvatierra, 134.
 San Francisco Javier, 55.
 Santa Cruz, Alonso de, 134.
 Santángel, Luis de, 64, 65.
 Santarem, João de, 36.
 Sanudo, Marino, 32.
 Sarmiento, Pedro de, 94, 95.
 Saunderson, 145, 146.
 Schiltberger, Juan, 27.
 Schmidel, Ulrico, 130, 131, 136.
 Schoener, 77, 89.
 Schouten, van, 90, 154.
 Scylax, 67.
 Segueira, 53.
 Seidí Alf, 15.
 Seiss, Simón, 56.
 Selkirk, Alejandro, 93.
 Serrano, Juan, 87.
 Serrão, Francisco, 56, 81.
 Smith, Thomas, 147.
 Snåbjörn, 19.
 Soares, Lopo, 50, 53.
 Solano, Juan, 119.
 Solís, Juan Díaz de, 82, 129.
 Soto, Hernando de, 117, 118.
 Sousa, Lope de, 102.
 Spilbergen, Joris van, 90.
 Sprenger, Baltasar, 56.
 Standen, Hans, 101, 136.
 Stobnicza, 77.
Summa de Geografia, 105.
 Syger de Fontancourt, 31.

 Teive, Diego de, 59.
 Telles, Fernando, 59.
 Thorfinn Karlsevni, 21.
 Thorkel, 20.
 Thorne, Ricardo, 144.
 Thule, 10.
 Thycker o Dietrich, 20.
 Titianus, Maes, 11.
 Tordesillas, Tratado de, 44.
 Torre, La, 92.
 Torres, Luis Vaz de, 95.

 Toscanelli, Paolo dal Pozzo, 62, 63, 64.
 Tovar, 116.
 Transilvanus, Maximilianus, 89.
 Tristão, Nuño, 35.

 Ulloa, Francisco de, 95.
 Urdaneta, Francisco Andrés de, 92.
 Usodimonte, 33.

 Vaca de Castro, Cristóbal, 127.
 Vadianus, 77.
 Valdivia, Pedro de, 132.
 Valerianos, Apóstolos, 133.
 Varenius, Bernardo, 55.
 Vaz de Espinosa, 87.
 Velasco, Juan López, 133.
 Velázquez, Diego, 107, 108, 112, 114.
 Velho Cabral, Gonzalo, 34.
 Verrazzano, Giovanni, 139, 140, 141, 142.
 Vesconte, Pedro, 32.
 Vespucci, 76, 80, 89, 96, 97, 98, 99, 101.
 Villalobos, Ruy López de, 91.
 Villegas, Juan de, 122.
 Vitoria, Pascual de, 25.
 Vitry, Jacques de, 31.
 Vivaldi, 33.
 Vogado, Juan, 59.

 Waghenaer, 154.
 Waldseemuller, Martín, 76.
 Walsingham, Lord, 146.
 Welser, Familia de los, 56, 101, 120, 121, 122, 136.
 Werner, Juan, 147.
 Willoughby, Hugh, 142.
 Wolstenholme, John, 147, 148.
 Wulfstan, 18.

 Yáñez Pinzón, Vicente, 66, 97, 129.
 Yaqût, 16.
 Yermak, 137.

 Zalterio, Bolognino, 133.
Zeitung aus Presilly Landt, 89.
 Zeno, Antonio, 22.
 — Nicolás, 22.
 Ziegler, Jacobo, 18.

ÍNDICE DE MANUALES PUBLICADOS

1. Introducción experimental al estudio de la Química	Prof. R. BLOCHMANN
2. Introducción al estudio de la Botánica: La planta.....	Prof. A. HANSEN
3. Teoría general del Estado.	Dr. O. G. FISCHBACH
4. Mitología griega y romana	Prof. H. STEUDING
5] 6] Introducción al Derecho hispánico	Prof. J. MONEVA
7. Economía política	Prof. C. J. FUCHS
8. Tendencias políticas en Europa durante el siglo XIX.....	[Prof. K. T. HEIGEL y Dr. F. ENDRESS
9. Historia del Imperio bizantino.	Dr. K. ROTH
10. Astronomía.....	J. COMAS SOLÁ
11. Introducción a la Química inorgánica..	Dr. B. BAVINK
12. La escritura y el libro.....	Prof. O. WEISE
13. Los grandes pensadores (Introducción histórica a la Filosofía).	Prof. O. COHN
14. Los pintores impresionistas.	Prof. BÉLA LÁZÁR
15. Compendio de Harmonía.....	Dr. H. SCHOLZ
16] 17] Gramática castellana	Prof. J. MONEVA
18. Hacienda pública, I: Parte general....	Dr. VAN DER BORCHT
19] 20] Hacienda pública, II: Parte especial...	Dr. VAN DER BORCHT
21. Cultura del Renacimiento	Prof. R. F. ARNOLD
22. Geografía física	Prof. S. GÜNTHER
23] 24] Etnografía (Estudio general de las razas)	Prof. HABERLANDT
25] Historia de la Medicina, I: Edad Antigua 26] y Edad Media.....	Prof. P. DIEPGEN
27. Concepción del Universo, según los grandes filósofos modernos	[Prof. L. BUSSE Prof. FALCKENBERG
28. La poesía homérica	Prof. G. FINSLER
29. Vida de los héroes: Ideales de la Edad Media, I	Prof. W. VEDEL
30. Historia de la Literatura italiana.....	Prof. K. VOSSLER
31. Antropología	Prof. E. FRIZZI
32] 33] Zoología: Invertebrados	Prof. L. BÖHMIG
34. Meteorología.....	Prof. W. TRABERT
35] 36] Aritmética y Álgebra	Prof. P. GRANTZ
37. La educación activa	J. MALLART Y CUTÓ

ÍNDICE DE MANUALES PUBLICADOS

38.	Islamismo	Prof. MARGOLIOUTH
39.	Gramática latina	Prof. W. VOTSCH
40.	Kant.....	Prof. O. KÜLPE
41.	Prehistoria, I: Edad de la piedra	Prof. M. HOERNES
42]	Estilografía (Historia de los estilos ar-	
43]	tísticos)	Prof. K. HARTMANN
44.	Introducción a la Química general	Dr. B. BAVINK
45.	Trigonometría plana y esférica	Dr. G. ESSENBERG
46]	Física teórica, I: Mecánica. Acústica.	
47]	Luz. Calor	Prof. C. JÄGER
48.	Psicología aplicada	Prof. TH. ERISMANN
49]	Historia de la Literatura inglesa	
50]	Historia de la Medicina, II: Edad Mo-	Prof. A. M. SCHRÖER
51]	derna y Contemporánea	Prof. P. DIEPGEN
52]	Orientación profesional	Prof. J. RUTTMANN
53.	Geología, I: Volcanes. Estructura de las	
54]	montañas. Temblores de tierra.....	Prof. F. FRECH
55]	Historia de la Geografía	Prof. KRETSCHMER
56]	Historia del Derecho romano, I	Prof. R. VON MAYR
57]	Grafología.	Prof. SCHNEIDEMÜHL
58]	Derecho internacional público.....	Prof. TH. NIEMEYER
59.	Historia de las Artes Industriales, I:	
60]	Antigüedad y Edad Media	Prof. G. LEHNERT
61]	El teatro.	Prof. CHR. GAEHDE
62]	Historia de la Economía, I: Antigüedad	
63]	y Edad Media.....	Dr. O. NEURATH y
64]	Introducción a la Ciencia	Prof. H. SIEVEKING
65]	Socialismo.....	Prof. J. A. THOMSON
66]	Marfiles y azabaches españoles.....	RAMSAY MACDONALD
67]	Historia de la España musulmana	Dr. J. FERRANDIS
68]	Historia de Inglaterra	Prof. A. G. PALENCIA
69]	El Parlamento	Prof. L. GERBER
70]	Orientación de la clase media	Sir C. P. ILBERT
71]	La pintura española	Dr. L. MÜFFELMANN
72]	La época de los descubrimientos.	Prof. A. L. MAYER
73]	Cooperativas de consumo	Prof. S. GÜNTHER
74]	India.....	Prof. F. STAUDINGER
75]	La escultura de Occidente	Prof. S. KONOW
76]		
77]		
78]		
79]		Prof. H. STEGMANN

80.	Prehistoria, II: Edad del bronce.....	Prof. M. HOERNES
81.	Introducción a la Psicología.....	Prof. E. v. ASTER
82.	Cultura del Imperio bizantino.....	Prof. K. ROTH
83]	España bajo los Borbones	Prof. ZABALA LERA
84]		
85.	Prácticas escolares	R. SEYFERT
86.	Cubiertas y artesanados españoles....	J. RÁFOLS
87]	Geología, II: Ríos y mares.....	F. FRECH
88]		
89]	Historia de Francia	R. STERNFELD
90]		
91.	Derecho canónico	E. SEHLING
92]	Geografía económica	W. SCHMIDT
93]		
94.	Historia del arte romano	H. KOCH
95]	Psicología del trabajo profesional....	ERISMANN-MOERS
96]		
97.	Geografía de Bélgica	P. OSWALD
98]	Historia de la Literatura latina.....	A. GUDEMANN
99]		
100.	Arte árabe.....	AHLENSTIEL-ENGEL
101]	Historia del Derecho romano, II	R. VON MAYR
102]		
103.	Geografía de Francia	E. SCHEU
104.	Política económica.....	VAN DER BORCHT
105.	Romántica caballerescas: Ideales de la Edad Media, II	W. VEDEL
106]	Historia de la Pedagogía.....	A. MESSER
107]		
108.	Artes decorativas en la Antigüedad...	F. POULSEN
109.	Psicología del niño	R. GAUPP
110]	Historia de Italia	P. ORSI
111]		
112.	La Música en la Antigüedad	K. SACHS
113.	Química orgánica.....	B. BAVINK
114.	Zoología, II (Insectos)	J. GROSS
115.	Prehistoria, III: Edad del hierro	Prof. M. HOERNES
116.	Desarrollo de la cuestión social	F. TONNIES
117]	Historia de la Literatura portuguesa..	F. DE FIGUEIREDO
118]		
119]	Historia de la Literatura alemana....	M. KOCH
120]		



R34121